This book is due at the WALTER R. DAVIS LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold, it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RETURNED	DATE DUE	RETURNED
JUN 14 2011			
	JAN 25 2011		
Form No 513, Rev. 1/84			

L. RODRIGUEZ EMBIL

LA INSURRECCIÓN

NOVELA

LIBRERIA OLLENDORFF.

LA
INSURRECCIÓN

DEL AUTOR

Gil Luna, artista, novelas cortas. (Á punto de agotarse.)

EN PREPARACIÓN:

Lo más triste, novela.
De paso por la vida.
Almas obscuras.



Justo González [illegible] agosto 31 de 1929

LUIS RODRÍGUEZ-EMBIL

LA INSURRECCIÓN

NOVELA



PARÍS
SOCIEDAD DE EDICIONES LITERARIAS Y ARTÍSTICAS
Librería Paul Ollendorff
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50

Á LA GRAN PATRIA HUMANA.

Á CUBA, MI AMADA TIERRA NATIVA.

Á LA SANTA MEMORIA DE MIS PADRES.

Juzgo superfluo decir que no hay en este libro el propósito de resucitar ningún rencor, ya, felizmente, muerto y olvidado, sino el de evocar el recuerdo épico de una lucha de héroes para señalar, por último, uno de los caminos que, á mi modo de ver, conducen hacia el Porvenir.

No es ésta, en el estricto sentido de la palabra, una novela histórica. — *La Historia no es nada, la Imaginación lo es todo*, ha dicho Anatole France, queriendo sin duda hacer resaltar la superioridad de la Leyenda sobre la simple y árida narración de hechos. Pero hay períodos y hombres, y en Cuba los ha habido, y más de una vez tan excepcionales, que á la sola evocación de unos y otros parecen estrecharse y confundirse las fronteras (nunca muy dilatadas, por otra parte) que separan los dominios de la Leyenda de los de la Historia.

En los días, lejanos ya, del bregar que en estas páginas se rememora, siendo yo poco más que un niño, comenzaron aquéllas á ser escritas, entre las nieblas y tristezas de la emigración y las inquietudes engendradas por lo incierto del resultado de la gran contienda. Terminada la cual, poco á poco, á intervalos muy irregulares, proseguí mi obra, olvidada á menudo por preocupaciones de índole diversa. Concluída ella también, la he guardado durante largo tiempo; antes que ella he publicado otra que obtuvo una acogida superior á mis previsiones. Al correr de los años, mi estilo, mi procedimiento artístico se han ido modificando... Guardaba por eso celosamente mi primera obra, dudando en darla á luz... Mas á la postre me han decidido á hacerlo la insis-

tencia cariñosa de estimables amigos para que la publique y el pensamiento de que, con todas las faltas de que pueda adolecer este libro, que contiene, después de todo, algo de lo mejor de mi alma, debe ser entregado al juicio de los hombres, y en especial de mis compatriotas, para quienes fué escrito. Sea aquel juicio adverso, favorable ó indiferente, yo, el autor, quedo tranquilo : he cumplido mi propósito, he dado de mí lo que podía, contribuído en la medida de mis fuerzas á la recordación de un hecho memorable en la Historia, y dicho, al recordarlo reverentemente, mi sentir acerca de lo que creo con toda sinceridad que debe ser la Patria futura, la Patria sin odios ni fronteras de mañana. Siento que he realizado mi deber.

Mi deber, digo. ¿Por ventura es menos trágica, para la tierra milagrosamente bella donde nacimos los cubanos, la hora actual que las horas pasadas? Acaso ésta lo es aún más. El cubano, de hirviente sangre hispana en su mayoría, sin preparación política apenas, sin experiencia casi, actuando en un medio ambiente poco propicio, y con una amenaza constante suspendida sobre su cabeza, debe dar pruebas de ser un pueblo unido, laborioso, previsor, sereno, ejemplar. Y debe darlas, á riesgo quizá de su propia existencia colectiva. Pocas veces, si alguna, se halló un pueblo en condiciones en que fueran más indispensables la tolerancia y la previsión, el vigilante dominio propio, el sacrificio, llegado el caso, del interés personal en aras del interés común, todas las virtudes, en suma, que emanan de una amplia, firme y desenvuelta conciencia nacional.

La formación, el desarrollo de esta conciencia constituye, pues, la más urgente tarea, y acaso la obra de más alto y verdadero patriotismo, en que pueda hoy un escritor, en Cuba, tomar parte. Y para ello, nada más eficaz tal vez que contribuir á recordar los hechos pasados, hacer sentir al pueblo su unidad, hacerle sentirse *uno* al través de las generaciones, de los sacrificios realizados, de la sangre derramada, de las proezas cumplidas á través del tiempo y del espacio.

Yo aporto, en este libro, mi piedra á ese gran edificio espiritual del Pasado, de un pasado reciente, tan envuelto ya,

no obstante, en las nieblas de las lontananzas heroicas, y sin el cual no hay Nación verdadera. « Quien tenga una palabra que decir, dígala, el que no, que se calle », exclamó en cierta ocasión el coloso cuya figura parece dominar todo un siglo. Yo trato aquí de decir mi palabra humilde, después de otros que han dicho ya la suya, más elocuente y bella, convencido de que, como susurra al final de este volumen mismo un personaje esencial, invisible y eterno, el que combate por su pueblo combate por los pueblos, si lo hace en espíritu de verdad, de justicia y amor.

Acertado ó no, he procedido, al escribir esta obra, de acuerdo en un todo con mi conciencia, como creo que es el deber estricto de todo escritor hacerlo en todas ocasiones. Amo á Cuba, mi patria; sobre todo desde que he viajado, ama mi corazón el país bendito que guarda la tumba venerada de mis padres, mis recuerdos más caros y mis más entrañables amigos. En mis ya prolongadas peregrinaciones aprendí también á respetar á España, donde he residido, su pasado asombroso, sus tesoros incomparables de arte, la tristeza generosa con que soporta el peso de sus reveses. Y, al dar hoy al público esta obra de mi primera juventud, siento que, al través de todas las transformaciones que en nuestro corazón y nuestra mente van operando el tiempo y los sucesos, la idea de la humana fraternidad, que es la idea capital de la obra, permanece brillando en lo más alto del horizonte de mi espíritu, serena y pura, como una estrella de luz inmortal.

L. R.-E.

Amberes, Bélgica-Viena, Austria, 1910.

PRIMERA PARTE

LA CONSPIRACIÓN

LA INSURRECCIÓN

Salió en aquellos momentos D. Isidro González — el amo y cultivador del *sitio* — por la puerta de su pobre vivienda, y dirigióse, á la aún pálida luz del sol recién aparecido, en dirección del lugar donde los dos bueyes de su yunta, rumiando filosóficamente, aguardaban la hora de la *fagina* y el pesadote arado á que ya venía á uncirlos su dueño. Siguiendo éste su costumbre de más de quince años, llevaba entre los labios un magnífico veguero que había encendido después de tomar, al levantarse, su taza de café humeante y oloroso, fiel, también en esto, á otro hábito no menos antiguo y arraigado.

D. Isidro avanzaba lentamente, cubierta la cabeza con el amplio sombrero de yarey, que casi nunca se quitaba. Bajo el ala de éste, en el rostro franco y leal del guajiro, tostado por el sol, brillaban dos ojos obscuros con cierto aire, natu-

ral, al parecer, en ellos, de astucia y de sagacidad bondadosa. En su tranquila mirada, por lo demás, reflejábase el alma de González, y veíase que debía de ser ésta, como su cuerpo, fuerte y sana. Las manos, grandes y llenas de callos, iban á ponérsele muy pronto, con el contacto de la tierra, como ya estaban de anteriores días sus zapatos de baqueta — medio inclinados hacia un lado, cual barca combatida por las olas — y la parte inferior de los bastante usados pantalones que le cubrían de medio cuerpo abajo dejaban adivinar la forma algo arqueada de las piernas, forma probablemente debida á añeja costumbre, en su posesor, de montar á caballo. Y, por último, de la cintura arriba tan sólo llevaba una camisa medio abierta por la parte del pecho y con la faldeta en libertad y al aire libre, salvo en el costado derecho, en el punto donde se veía un cuchillo de monte, detalle éste que completaba su indumentaria sencillísima.

Llegó González á donde estaban los bueyes y, mientras los uncía, comenzó á cantar á media voz, con la música de una *guajira* ya vieja y muy vulgar, una décima de autor ignorado, tal vez improvisada por él, que tenía sus ribetes de improvisador, cualidad nada extraña entre guajiros. Raro era que no hubiese empezado antes, lo cual parecía indicar en él la preocupación de alguna idea fija. Sin darse, empero, cuenta, iba alzando más las notas á cada verso del quejum-

broso canto, en tanto que los bueyes, mirando con sus ojos melancólicos y anticipadamente resignados el lugar de sus diarias tareas, seguían rumiando con inalterable calma. Al estar concluyendo la operación de enyugarlos, cantaba ya D. Isidro en voz alta ; pero cuando terminó por fin, y alzó la cabeza después de tomar el aguijón que estaba sobre el suelo junto al arado, quedóse algunos instantes mudo é inmóvil antes de echar á andar, contemplando el para él, aunque familiar, siempre nuevo paisaje que tenía á la vista.

El *sitio* de su propiedad extendíase en primer término, rodeado de una empalizada que protegía otra cerca de altos cardones erizados de mordientes púas ; estaba aquél lleno de siembras, y salpicado aquí y allá de grupos de palmeras que, sólo á trechos, le prestaban apacible sombra.

La cerca y empalizada dichas no tenían más que una tranquera, la cual daba al camino que conducía al pueblo de los Pinares, distante media legua corta al frente. Á izquierda y derecha, grandes sábanas en las cuales se veían otros muchos *sitios*, algunas estancias y varias vegas, y, por detrás, llanos también, que terminaban en abruptas y elevadas lomas.

Porque no era el lugar en que estaba enclavado el *sitio* una extensión de terreno dedicada exclusivamente á algún cultivo determinado,

sino una reunión de *sitios* y vegas repartidos por toda su área y que cultivaban en persona sus mismos dueños ó sus arrendatarios.

De todo había allí : por todas partes veíanse las frutas de la tierra balancearse al impulso del viento en las frondosas copas. Los platanales brindaban sus racimos suculentos, los caimitos y zapotes sus redondas pomas, su encendida carne los mameyes, y los anones su dulzura y su dulce acidez los tamarindos. Otros árboles también, aunque salteados todos — en las haciendas no suelen abundar porque quitan el sol á los sembrados — crecían hermosos y rozagantes en la campiña; mientras ya en grupos, ya separadas y solas, melancólicas, las palmas alterosas parecían dominar á todos los demás árboles con el imperio absoluto é indiscutible de su mayor belleza y galanura.

Igual variedad se observaba en los terrenos. Cada propietario sembraba el suyo de aquello que por más conveniente tenía, y de esto resultaba la más vistosa y completa variedad de casi todos los productos que se cosechan en el suelo de los trópicos. Aquí un cuadro de yucas, un buniatal allá, más lejos un bosquecillo de cañabravas, y junto al tono verde claro de éstas, y separados á veces tan sólo por una frágil empalizada, el más oscuro de los matojos de tabaco. Hortalizas había también, melones y calabazas en algunos lados, tomates ó semilleros en otros,

y era, en una palabra, aquel rincón de Cuba una á modo de Exposición de sus frutos y cultivos — Exposición que, por lo general, no tenía otros visitantes que los propios *expositores*, los dueños, cuya residencia estaba en el bohío que cada una de las pequeñas fincas tenía en uno de sus extremos.

En los instantes precisos en que el sitiero D. Isidro, el aguijón en la derecha mano y la izquierda en el arado apoyada, miraba el paisaje antes de emprender sus labores, el astro del día lanzaba ya de lleno sus primeros rayos, los que parecía saludar la Naturaleza toda con los murmullos de su brisa, los quejidos de sus palmas, los gorjeos de sus sinsontes, los aromas silvestres que brotaban y subían de entre la yerba y los surcos bañados del rocío de la mañana. En el patio del bohío, donde tenía González un pequeño corral, escuchábase resonar el clarín del gallo convocando á los hombres á la lucha cotidiana de la existencia, y ladraban los perros, y mugían las vacas en las vecinas estancias, y relinchaba el potro de D. Isidro cerca de la casita, donde pasaba la noche; y la Creación despertaba entre himnos de amor y gritos de vida y entusiasmo.

Parado quedóse el buen González, como queda dicho, admirado y conmovido, cual si fuera la primera vez que contemplaba el hermoso y sobe-

rano espectáculo; y su espíritu, aunque inculto, lleno de aquellas hermosuras, iba impregnándose inconscientemente en el perfume de amor y poesía que en su derredor exhalaban las cosas todas. Lanzó por último un hondo suspiro, en que iban envueltos quién sabe qué recónditos anhelos, qué súplica ardiente y fervorosa, y, arreando los bueyes y siguiendo su lento andar, unió sus cantos — esta vez á todo pulmón, como si quisiera ahogar en notas sus pensamientos — á los mil de la Naturaleza, en tanto que las copas de los altos cocoteros se teñían de color de rosa, y los pájaros en ellas abrigados gritaban y agitábanse ruidosa y desentonadamente.

Á poco, tomaba el mismo camino y dirección igual el hijo mayor, soñoliento y perezoso, deteniéndose á cada paso para bostezar, esparrancarse con exagerados estiramientos de brazos y dislocaciones de cintura, y proseguir después su marcha, caída la cabeza y las manos en los bolsillos. Representaba tener veinte ó veinte y dos años; no muy fornido, pero tampoco débil. Un ligero bozo le sombreaba el semblante, aunque indolente, bastante agradable y expresivo. Vestía de modo análogo á su padre.

Apenas llegado á la vista de éste, oyó que le gritaba, interrumpiendo su canto:

— ¡Vaya, Juaniyo, bete despabilando, que ya es hora! Mía á tu padre, ya pegao á la brega, y es más biejo que tú!

— ¡Á eso boy, padre, á eso boy! — replicó Juanillo, de nuevo, y acaso por centésima vez, dando un bostezo.

— Pues mira, hijo, púyame un poco á ese condenao animal, que no paese sino que no quiere jalar del arao, y que es más haragán que tú toabía. *¡Perla fina!*

Juanillo tomó el aguijón é introdujo su punta en el torso del buey, el cual, sintiendo el escozor, se decidió á mover sus pesadas patas. Padre é hijo continuaron su monótona y dura faena, más ó menos activamente, hasta la hora del almuerzo, en que retornaron al bohío.

En éste habitaba toda la familia de González, compuesta, además de Juanillo y él, de su esposa legítima Dª. Rosa Cundiales y de su hija Teresa, ó Tera, como en todo el cuartón se la llamaba.

Era el consabido bohío un ejemplar de los que se encuentran á menudo en los campos de Cuba, construídos de guano casi siempre : moradas semi primitivas donde consume el labrador su existencia obscura é ignorada, pero no pocas veces tanto más dichosa cuanto más obscura.

Un pequeño portal, de piso de tierra al igual que las otras divisiones de la casita ; cuatro cuartos formando, junto con el portal, un cuadrilátero casi perfecto, de los cuales cuartos uno — aquel en que estaba la puerta de entrada y salida — hacía de sala, otro — el que á la sala seguía

— de comedor, y los dos restantes de dormitorios, componían la humilde morada. Hallábase ésta, pobre, escasa, pero aseadamente amueblada, como convenía á la pobreza y á las inclinaciones de sus dueños.

La cocina se encontraba en otra habitación, construída aún más toscamente que el bohío, y á alguna distancia de éste, á causa del humo que la leña, de que se hacía uso para cocinar, en ella despedía.

Entre bohío y cocina había una especie de pequeño patio; en medio de él, un pozo que surtía de agua á la familia; á uno de los costados, el corral, en que reinaba, con el poder de sus tremendos espolones y de su erguida cresta, un enorme gallo padre, regalo de un amigo de D. Isidro.

Acabado que fué el almuerzo de los dos hombres, ambos, padre é hijo, después de reposar un rato, volvieron á la siembra y la labranza, dejando en los quehaceres de la casa á las dos mujeres.

Y así, sin ningún incidente, transcurrieron las horas, perezosas, lentas como los pasos de la yunta sobre el terreno removido, rumiando la vida con impasible exactitud, y devorándola sin prisa y sin retardo, á bocados eternamente iguales.

Llegaron por fin, tras prolongada labor, las horas de la tarde. Luego, aparecieron las prime-

ras vagas tinieblas del crepúsculo... D. Isidro González suspiró, al rendir la jornada aquel día, no de cansancio, sino de oculto gozo.

Se acercaba la noche, que él aguardaba, sin decirlo, desde el amanecer, con más ansia que de costumbre, quizá para desembarazarse un poco, pasando una parte de él á otro pecho humano, del peso de aquella misteriosa idea que le había hecho guardar silencio en los primeros minutos de la madrugada, cantar después muy alto olvidándose á veces de la letra ó variándola sin advertirlo, y trabajar con cierta extraña y febril actividad durante todo el día.

Eran tan serenas é iguales las noches en el *sitio* como los días, y raras aquellas en que no se presentaba algún amigo y convecino á tomar café y charlar un rato, comúnmente sobre los trabajos del día, las siembras y cosechas, las sequías y las lluvias, y otros mil asuntos semejantes, relacionados casi todos con las faenas del campo y con sus propios y peculiares incidentes.

Amigos del sitiero eran todos sus convecinos, y amigos verdaderos y fieles que lo trataban con casi respetuoso afecto, y entre quienes gozaba hasta de cierto prestigio y autoridad, nacidos de diversos orígenes y de circunstancias que le elevaban algo sobre el nivel general de las gentes que le rodeaban.

D. Isidro, en efecto, pertenecía á la privilegiada y por allí casi desconocida clase de los que pueden leer un papel cualquiera sin tropezones y á primera vista. No carecía, por otra parte, de inteligencia natural y buen sentido práctico, que en ocasiones suele suplir la falta de la primera.

Las condiciones de su carácter enérgico y

firme, no exento, sin embargo, de benevolencia y bondad, también contribuían á aquella influencia prestigiosa; pero ésta tenía una razón aún más sólida y profunda en que apoyarse; y esta razón, que es indispensable consignar, venía á ser la base más fuerte que á aquella autoridad servía de asiento.

González había formado, durante la memorable guerra del 68, en las filas de la Revolución; y éste era justamente el título más alto que podía ostentar al respeto y estimación de los guajiros.

La historia de la guerra, terminada hacía ya próximamente diez y siete años, iba adquiriendo poco á poco é insensiblemente en la imaginación de aquéllos, y en la del pueblo todo de Cuba, los contornos y tintes de la leyenda. Los relatos de las penalidades sufridas por los insurrectos, de sus hazañas portentosas, de la resistencia, que parecía sobrehumana, opuesta por un puñado de héroes á las fuerzas de toda una nación, llenaban de natural orgullo á los cubanos, y de veneración hacia aquellos hombres que á tales extremos de heroísmo habían llegado.

D. Isidro, pues, disfrutaba en su hacienda, con justicia, de una parte de esta veneración; y, en las ocasiones en que eran numerosos sus visitantes, — cosa que en algunas, aunque no frecuentes, sucedía, — solía referir, á instancias de aquéllos, algún *paso*, como él los llamaba, de

su vida de guerrero, mientras escuchaban los demás en profundo y emocionado silencio, interrumpido solamente, aquí y allá, por exclamaciones de aprobación ó de aplauso.

Otras veces refería los horrores de la vida de los patriotas: sus marchas bajo un sol de fuego, sedientos y sin encontrar un mísero arroyuelo donde apagar la sed; los heridos sin un mal jergón donde descansar los miembros destrozados; los vestidos hechos jirones y los pies descalzos; las fatigas, los peligros y dolores de todo género de aquel Calvario atroz y admirable. Y estos horrores y otros muchos, lejos de asustar á quienes los oían referir, no servían sino para hacerles desear con ansia generosa que pudiese llegar un día en que les fuera dado probar que también ellos sabían sacrificarse por la patria.

Mantenía vivo el narrador de este modo el patriotismo en los rústicos pechos de sus oyentes; y acaso, con patriótica previsión, no lo hacía sin idea de que así sucediese, para que, al llegar de nuevo el día de la prueba, que se acercaba, no estuviesen aquellos corazones apagados y muertos, y pudiesen llevar á la conflagración inevitable su chispa de entusiasmo.

La noche del día en que principia este relato, que era uno del mes de Marzo de 1895, no había, sin embargo, acudido nadie aún, á las ocho, á la casita, ni en caso de que alguien hubiese acudido

habría estado el antiguo insurrecto para *pasos* ni historias.

Su gruesa cónyuge Dª. Rosa, mujer de unos cuarenta y ocho años, de rostro satisfecho y saludable, compañera excelente, bonísima madre de sus hijos y no menos buena *mujer de su casa*, que le miraba á ratos á hurtadillas durante la comida y, terminada aquélla, en el portal donde se había él sentado, algo distante de la puerta junto á la cual estaba ella con Tera, confeccionando entre ambas un sombrero, concluyó por dejarlo con sus pensares por entonces, ya queno parecía querer darle cuenta de ellos, y esperando que se le pasaría la taciturnidad que aquéllos le causaban.

Sabía ella bien que no era del agrado del marido que cuando estaba así le dijesen nada, y sabía asimismo que cada vez que iba al pueblo se repetía la historia, por uno ó dos días, hasta que se le quitaba el *enfurruñamiento*. Y había ido la tarde del día anterior .

— Mala yerba pisa Isidro en ese pueblo dichoso, — pensaba Dª. Rosa, algo intrigada, á pesar de todo.

Pero se resignaba, confiando en aclarar sus dudas con paciencia y tiempo.

Tera se había vuelto loca de contento con todo lo que había traído en aquel último viaje su padre, sin fijarse, naturalmente, en otra cosa que en los cintajos y adornos y en el vestido que

éste trajo en los serones de su cabalgadura, y que estaban destinados á ser lucidos en el *guateque* que iba á tener efecto el próximo día del Santo de la muchacha, en celebración del susodicho Santo, y para el cual faltaba ya poco más de una semana. Á aquéllo sólo creía ella, como creían muchos, que había ido González; pero bien se sabían que no á éso sólo los que estaban metidos de lleno en sus planes y combinaciones.

De algún tiempo hacía, iba al pueblo más á menudo que ordinariamente, cosa que á nadie había extrañado, á causa del oportuno pretexto que le suministraba la proximidad de la fiesta referida, y las compras á ella consiguientes. De estos viajes solía venir preocupado y con papeles ocultos, los cuales repartía entre los que él sabía que eran de fiar y estaban al tanto de sus manejos. Y estos papeles se relacionaban algo con la conspiración que, al decir de algunos, se tramaba ya hacía tiempo, y que al parecer tenía ramificaciones por todo el territorio de la Isla.

Todo esto, unido á los antecedentes del personaje, dejaba sospechar con algún viso de fundamento que no era éste del todo ajeno á aquella conspiración en la que casi nadie, más que los propios interesados, creía. Pero algo más serio que lo acostumbrado había acontecido en la última visita de D. Isidro á los Pinares, á juzgar por su aspecto. Á nadie, sin embargo, había dicho una palabra del asunto todavía, quizá porque no había

ido aún á visitarle — aunque no podía tardar mucho, pues la noche anterior no había comparecido, y nunca pasaba sin venir dos seguidas á menos que algo grave y desusado ocurriera — su más íntimo amigo y cercano vecino D. Francisco Torres, principal depositario y co-partícipe de todas sus confidencias y esperanzas.

Era casi seguro que llegase el último de un momento á otro, probablemente con su hijo Andrés, grande amigo también y camarada de Juanillo, y, poco más ó menos, de su misma edad.

Lo mismo que su progenitor, era aquél asiduo visitante del bohío, y más raro aún que no hubiese llegado ya; pues apenas si pasaba noche en que no cayese como llovido del cielo, casi al caer sobre la tierra las tinieblas de la noche, en la humilde morada, á ver á Juanillo, y también la linda faz de diosa rústica de su bella hermanita, á creer lo que se admitía generalmente por todos.

Á éstos, pues, aguardaba D. Isidro en el reducido portal de su vivienda, sentado á horcajadas sobre un taburete de cuero, con los brazos cruzados sobre el espaldar, y reclinado el busto sobre los brazos. Con el falso pretexto de tomar la brisa de que precisamente carecía aquella templada y calmosa prima noche y la atmósfera aquella, recargada de emanaciones de la tierra y de susurros de insectos y mosquitos, se había aislado un poco, para poder entregarse con libertad á sus íntimos pensamientos, de su esposa

é hija, las cuales junto á la puerta seguían tejiendo un sombrero de guano para Juanillo, que estaba á su vez en el interior á la sazón.

No molestaban á González gran cosa madre é hija, entretenidas como se hallaban en su labor y en la interesante y animada charla que sostenían.

Versaba ésta, inevitablemente, sobre el próximo *guateque*, para el cual habíase dado cita en casa de la familia de González toda la juventud del contorno; y sobre los preparativos que se hacían, y los trajes y diversiones que habían, respectivamente, de lucirse y prepararse. Aseguraba Tera con alegría que reinaba un gran *embullo* en todos los alrededores, y no era extraño que así fuese, dada la afición general y decidida al baile, y á todos los demás atractivos que la esperada fiesta prometía ofrecer.

Debían *echarse* dos gallos, el uno *indio*, y *canelo* el otro, los dos mejores que en una legua á la redonda había, y que traerían en persona sus respectivos dueños; y Juanillo, que poseía una agradable voz y gusto especial y el necesario sentimiento para cantar las *guajiras*, había prometido lucir estas cualidades si se lo pedían, y amenizar así la fiesta con un nuevo y hermoso atractivo.

En esto estaban, y en tejer las dos mujeres el sombrero, y en caer sin cesar D. Isidro en el pozo sin fondo de sus profundas y escondidas re-

flexiones, cuando hizo por fin su acostumbrada aparición D. Francisco, siguiendo su costumbre, aunque sin el esperado acompañamiento de su hijo.

Era este D. Francisco, cariñosamente conocido por D. Pancho, hombre de edad más bien madura, recias patillas y cuerpo grandón y fuerte como la quiebra-hacha. Tenía fama de haber sido un poco calavera en sus mocedades, y de ser algo dado á bromas, pero no á las pesadas en todo caso, sino á las inofensivas y ligeras. Por excelente amigo y buen sujeto se le tenía por lo demás, condescendiente y sencillo en el fondo, á despecho de su voz un tanto desapacible y bronca y de su recia y atlética figura, que en sus buenos tiempos, según rumores, no había dejado, sin embargo, de tocar en el corazón á más de una sensible é impresionable guajira.

— Felises á toa la compañía — exclamó en voz alegre y estentórea en cuanto llegó, sin dar la mano á nadie, por no ser costumbre. — ¿ Qué hay por acá?

— Ya lo pues ber — dijo con aire cansado D. Isidro.

— Na de particular, D. Pancho — respondieron casi al propio tiempo ambas mujeres.

— ¿ Y Andrés? — añadió Dª. Rosa, haciendo coro á Juanillo, que en aquel momento salía y, apenas hubo saludado al gigante, ya le dirigía la misma pregunta.

— ¡ Canario! ¡ y qué interés se toman por el muchacho! — dijo él sonriendo y mirando maliciosamente á Tera, que con sus ojazos negros le interrogaba también, pero que los bajó en seguida ruborizada. — Ayá lo dejé — prosiguió un poco más serio — algo constipao, por eso no ha benío hoy. Y el probe lo ha sentío de berdá. Y yo también; afigúrense : dejarlo solo en arma. Pero me arrecordó que estarían aquí ustedes con cuidao creyendo mayor la cosa, y por eso he benío.

Solo, en efecto, había quedado Andrés, pues solos vivían él y su padre, el cual había quedado á su vez viudo hacía algunos años, y con aquel hijo únicamente.

Pero tenía otra causa D. Francisco que le impulsaba á hacer la visita acostumbrada, á pesar de que le dolía dejar por un rato solitario á su hijo; y era que sabía el viaje de D. Isidro la tarde anterior, y que debía haber traído éste de los Pinares noticias de interés é importancia.

— No es na — repitió aún. — Mañana está toabía más güeno que yo mismo.

Creyó Juanillo, sin embargo, que debía ir á hacer compañía y ver á su amigo, y como se lo aconsejaran también Dª. Rosa y González, calóse el sombrero usado, y, despidiéndose « hasta luego », se marchó *con recuerdos de todos*, como en las cartas, para Andrés, y una recomendación que le hizo Tera, sonrojándose de nuevo, para que viniera aquél al día siguiente.

La recomendación era innecesaria, y ella lo sabía; pero sabía también — porque su instinto femenil ya se lo había comenzado á enseñar, y estas enseñanzas las aprovechan todas las mujeres desde las primeras lecciones, maravillosamente — que á Andrés le causaría vivo placer el que ella le enviase á decir algo en particular, aunque fuera la cosa más insignificante, ó más inútil, del mundo.

— ... pa hablar del baile — concluyó Tera, cuando su hermano salía ya del portalito.

— ¿ Y tú qué dises, Isidro de los demonches? — exclamó entonces D. Pancho, al ver á aquél pensativo y callado, contra su costumbre — ¿qué te pasa que estás tan seriote?

Enderezóse González en su taburete, y, alzando los brazos como para estirar los miembros encogidos, sin responder palabra á la brusca interpelación del otro le dijo lentamente :

— Tengo que hablarte, Pancho.

— ¿ Que tienes que hablarme?

— Sí — (concluyendo de estirarse y el medio bostezo con que había acompañado aquella operación.)

— Pues na, cuando quieras pues mandar — replicó D. Pancho que, en el fondo, como se sabe, ya esperaba aquello.

— Bueno, pues ahora mismo. Traite un taburete de esos de ayá dentro, y bente pa acá con él.

Cuando hubo hecho el hombrón lo que se le indicaba, observó Dª. Rosa que se alejaban algo más los dos hombres.

— ¡ Qué! ¿ ya están ustedes con sus miste-

rios y sus cosas? — les preguntó sonriéndose. — Cuidao ¿ eh?

— No hay cuidao, no hay cuidao, son cosas de hombres que no conbiene que oigan las mujeres... por ahora.

— Entonses — replicó ella, como si estuviera picada — no me interesa tampoco. ¡ Pa lo que sirben toos ustedes los hombres!

Con esto echóse á reir de nuevo, y, demostrando que, en efecto, no le interesaba poco ni mucho la conversación de los dos amigotes, prosiguió la suya y su trabajo con Tera, sin cuidarse más del asunto.

Los dos compinches quedaron juntos un tanto lejos, en un extremo del cobertizo. Alumbrábalos la luna en creciente, iluminando asimismo todos los árboles, chozas y sembrados de los contornos con su luz que parecía la cabellera desatada de la tierra envolviendo á ésta; reinaba un gran silencio de soledad y reposo, que interrumpían de vez en cuando la voz sonora y vibrante de un gallo que cantaba alguna hora, el ladrido seco y áspero de algún perro y el triste y lánguido susurro de unos árboles cercanos que apenas agitaba la imperceptible y perfumada brisa. Todo yacía en solemne paz en aquellos deliciosos campos, que á la paz y la ventura parecían tan sólo destinados. Y todo vestía la luna de inmaculado ropaje, prestando tintas fantásticas á los altos frutales solitarios y á las cer-

cas altas y severas, y haciendo destacarse en el horizonte los humildes perfiles de las casitas de los labradores.

No habían dado, sin embargo, las nueve, hora en que apenas comienza en las ciudades la vida nocturna, que entre aquella sencilla gente apenas si existía. — Los dos amigos quedaron unos instantes mudos, y acaso algo conmovidos, dando chupadas al rico veguero que en la boca encendido tenían, doliéndose quizá confusamente en el fondo del alma de tener que hablar de planes que no fuesen de paz y amor, de ese amor y esa paz que derramaba el cielo por toda la tierra, en aquella espléndida y estrellada noche. Tal vez el corazón, en un segundo tan solo, les dijo bajo, muy bajo, que era una lástima y un horror que los hombres hayan quebrantado desde hace siglos y siglos la ley de amor que rige á pesar de los propios hombres la Creación entera, y que fué un mal, un mal espantoso y la fuente de muchísimos otros males, aquel principio que convirtió á los hermanos en *extranjeros* y enemigos, que hizo á unos dueños de los otros y obligó á éstos, y que les obligaba á ellos mismos á turbar con frases de conspiraciones y desagravios la dulce y apacible calma de la Naturaleza.

Pero no tuvieron tiempo de detenerse en estos pensamientos, acaso demasiado trascendentales. La realidad inmediata se imponía : la amarga realidad de que aquellos campos de divina her-

mosura, y sus habitantes, no eran libres; y de que era preciso libertarlos...

Tosió D. Pancho suavemente. D. Isidro arrojó entonces poco á poco el humo que tenía en la boca, y luego dirigió la palabra al primero, que se había sentado, silencioso, al lado suyo.

— Ya debes de figurarte de lo que te tengo que hablal — le dijo sin mirarle y con aire preocupado.

— Ya me lo voy suponiendo, ya — replicó el otro, dando á su vez una tremenda chupada á su tabaco. — Ya me lo presumí desde que te agüeité esta noche tan seriote y tan callao. Pero benga, á ber si es lo mismo que yo había creío.

González aproximó un poco más su asiento al de su amigo, recostóse de espaldas contra un horcón que quedaba junto á aquél, y, envolviéndose y envolviéndole en una nueva bocanada de denso humo, prosiguió:

— Ayer tarde fuí al pueblo.

— Ya lo sé, hombre; ¿con esa salimos? Si ya lo sabía hace un año, como lo sabe toitico el mundo cuando tú bas. ¿Y qué hay de nuebo por ayá?

— Bueno, pues ahora berás: de nuebo, algo pa ti, y mucho pa otros que no saben de la misa la media.

— Á ber, á ber — dijo Torres, entrando ya en interés.

— Pues naitica, sino que parese que pronto ba á ser la buya.

Diciendo esto bajó la voz un poco más; precaución superflua, porque Dª. Rosa y Tera, únicas personas que podían haber escuchado, no se ocupaban en hacerlo, y el *rum rum* de su animada charla llegaba á los oídos de los dos conspiradores.

— ¿ Pronto? — interrogó Torres. — Pa luego es tarde. Tú sabes que yo estoy dispuesto, y por mí, cuanto antes. Las cosas me gustan á mí en caliente, en caliente.

Su interlocutor le miró con severidad.

— Pareses un chiquiyo, Pancho, un chiquiyo é tres años. ¿ Te crees que no hay más que estal dispuesto, no? Dispuestos, lo estamos toos; la cosa no es esa, sino estal bien apreparaos.

Tras unos segundos de reflexivo silencio,

— Es berdá — contestó convencido D. Francisco, — es verdá, ahí está la cosa, tienes rasón. — Pero — añadió tras de otra cortísima pausa, algo tímidamente — ¿ no lo estamos ya, poco más ó menos?

— Ahí bamos, ahí bamos. Esas cosas no pueden ir al bapol, Pancho — le dijo D. Isidro. — Ya tú lo sabes demasiao.

Calló un momento, y luego prosiguió:

— Pues, como te iba desir, ayá en los Pinares bí ar Delegao de aquí. Ya tú lo conoses, creo.

— Algo — dijo el coloso. — ¿No es aquel jo-

ben, trigueño él y elegantón, que creo que estubo aquí una bes?

— El mismo. Bueno; me yebó á su casa y me preguntó si ya estaba too listo por estos barrios.

— ¿Y qué le dijistes?

— ¿Yo? ¿Qué le iba á desil? La berdá: que casi, casi, pero que farta un poco toabía, y entonses fué y me dijo él, díseme:

— « Pues na, reúna á los prinsipales si se puede, que yo tengo de dil ayá pa acabar de arreglar la cosa. »

— Y ba á benir ¿no?

— ¿Pues no ba á benir? Pero yo tenía mi temeridá de que fuera á yamar la atensión esa reunión aquí, y fuera á echarse á perder too por cualisquier cosa. Estábamos hablando de eso cuando se me bino á la cabesa una idea, y dígole entonses: — Si usté quiere, pa el día el cumpleaño é mi hija...

— ¿Pa ese día? — interrumpió sorprendido D. Pancho. Y alzó tanto la voz para expresar su sorpresa, que el blando murmullo de la cháchara femenil cesó de pronto un momento, y, sin que ellos lo echaran de ver, Dª. Rosa, desde su sitio al lado de la entrada, dirigió una mirada curiosa hacia donde estaban los dos hombres. Después, no oyendo más, pero haciendo acaso deducciones en su pensamiento, prosiguió su diálogo con Tera.

— ¿Pa ese día? — repitió el último que había hablado de los dos conspiradores, conteniendo el grueso torrente de su voz, á una señal de impaciencia del otro, que le indicaba que había *moros en la costa* á los cuales no había para qué poner en autos por el pronto. — Pero, cristiano, ¿tú no bes que entonses sí que se ba á yamar la atensión, porque naide lo conose, y aluego que, con tanta gente en la casa, nos podemos perdel más aprisa?

Aquí dió D. Isidro González una patada en el suelo, haciéndose ponerse en su posición natural el taburete, que él tenía inclinado, como se ha dicho, contra una columna; y luego,

— ¿Me bas á haser el condenao fabol de dejarme hablar, hombre de Dios? — exclamó impaciente, sin notar esta vez tampoco la mirada inquisitiva de su consorte, que ya iba entrando en sospechas, ni la asombrada de su hija. — ¿Qué te crees tú, que yo cuando digo las cosas las digo sin pensal? Cuando yo te aseguro que no habrá nobedá, es porque ya tengo arreglás las sircustansias pa que no la haiga... ¡Miusté qué cosa!

El otro, que con sorpresa le miraba, se echó de súbito á reir.

— ¡Qué nerbioso eres, abe María purísima! Creí que te ibas á poner brabo conmigo, Isidro.

— Brabo no, compadre, brabo no, pero hasme el fabol de oírme, te lo pido como amigo — con-

testó el último, ya calmada su ligera nerviosidad y tornando á recostarse.

El *rum rum* que venía de junto á la puerta, volvió á escucharse como antes. Si había adivinado algo la sagaz y gruesa Dª. Rosa, se lo reservaba para su oportunidad. Tera estaba demasiado absorta en otros particulares para ocuparse en descifrar misterios, que ni aun sospechaba.

Los conspiradores campesinos prosiguieron también su conferencia.

— El consabío — continuó González — ba á benir bestío igualito que toos nosotros ¿comprendes? igualito, y casi naide lo berá al entrar ni al salir, porque así lo hemos combinao. Conque ya bes.

— Bueno, bueno — insistió aún, aunque débilmente, D. Francisco — pero ¿cómo nos la bamos á arreglar pa hablar tranquilos y solos? Eso es lo que yo digo.

— Déjalo de mi cuenta, y ya berás como yo hago que sea así. Yo te lo prometo.

Tenía D. Pancho ilimitada confianza en la habilidad y destreza de su amigo, y sabía que cuando afirmaba algo y de tan positiva manera lo prometía, no dejaba nunca de cumplirlo.

Por eso, á pesar de sus anteriores reparos, contestó, tras de pensar un momento :

— Pues entonses, si tú te encargas, ar pelo ¡no hay nobedá! Ya tendrás tú la cosa apreparáa y arregláa. Porque no semos dengunos chi-

quiyos, Isidro, pa jaser las cosas, así, á lo tonto, por eso te lo desía, no por otra cosa.

— Ya lo sé. No te apures y pierde cuidao, que ya te digo... Mía Rosa con el sombrero, qué apurá nos está yamando — añadió de pronto sonriendo, mientras indicaba el pequeño grupo de la madre y la hija sentadas en la puerta del bohío.

Casi al mismo tiempo se oyó la voz de la primera :

— ¿Hasta cuándo? ¿no han acabao toabía el secreteo? ¡no hablen más, hombre, que se ban á *asiguatar* con la luna! ¡Bengan pa acá que harán mejor, pa que bean á ber si les gusta el sombrero nuebo é Juan!

Y les mostraba el que acababa de hacer para éste con ayuda de Tera, llena de orgullo por su obra que era, en verdad, acabada y completa.

— Pa ayá bamos en seguidita.

Los dos obedecieron, en efecto, pues ya no tenían más que *secretear* por aquella vez, y se acercaron con sus taburetes á cuestas, en los cuales sentáronse en seguida, para examinar el sombrero con detenimiento y curiosidad de inteligentes.

Estaba, aquél, hábil y delicada, aunque sencillamente, trabajado. Y, después de concienzudo estudio, así lo declararon ambos hombres, calurosamente.

— ¿Conque ya, casi se pue desir, eres mayor

de edá?— dijo á Tera, cuando acabó el examen, D. Francisco, recordando que el día del Santo de aquélla era también el de su cumpleaños, pues para esa fecha cumplía los quince. — Dª. Rosa — volviéndose de pronto alegremente á la madre — me parese que ba á haber que empesar á pensar en casarla ¿no cree?

Y de nuevo tornó á mirar á Tera sonriéndose, — olvidado momentáneamente de los graves asuntos tratados, — con los ojos, y la boca, y la cara toda, con su sonrisa bonachona y pilla, que secundaban esta vez los padres.

— ¡Baya, D. Pancho, usté siempre con sus guasas! — dijo Tera, sonriendo también á pesar suyo.

— ¡Pero si no hay na de particular en eso, criatura! ¿Berdá? — con aire inocentón y convencido y muchos aspavientos dirigiéndose á los otros.

Los cuales, por supuesto ¿cómo no iban á creerlo así? Y que sucedería, sucedería ¿por qué no? con el tiempo, Dios mediante.

— Too el mundo se casa — prosiguió el gigantón con voz un tanto más seria. — Hasta yo, ya bes tú, con este corpachón que tú me estás mirando, y estas barbas, hubo un tiempo en que también fuí joben, y tube quien me quisiera, y...

Paró de golpe, como si algún pensamiento repentino hubiera cortado el hilo de su discurso.

— ¿Y qué? — preguntó la muchacha, sorprendida de esta súbita interrupción.

Pero D. Francisco, en vez de contestar, miró á los padres con extraña expresión y mirada extraña y juntamente triste y como avergonzada.

— ... Y me casé, ahís ta too. Pero ¿pa qué bamos á recordar ahora las cosas pasáas? Ya yos toy biejo, y las boberías de muchacho yas tan olbidaas, y no hay que pensar en eyas. ¿Qué hay de eso, Isidro?

El interpelado, que, al igual de su mujer, se había puesto un tanto grave con esta alusión al pasado de su amigo, repuso sentenciosamente:

— Pues claro está: los jóbenes son los que tienen ahora el puesto, y no nosotros, Pancho, que ya no nos asienta.

Con esto varió el asunto de la conversación, y pronto olvidó Tera las reticencias de D. Pancho, que algo la habían extrañado por un momento.

No duró mucho más aquélla, sin embargo, que se iba haciendo tarde y era preciso trabajar al día siguiente. Al cabo de cinco minutos había pasado por completo la momentánea preocupación de los espíritus, y estaban charlando plácidamente los cinco en turno, de sí mismos y de las personas y cosas que más familiares les eran y más cerca tenían, temas comunes del hombre cuando no tiene otros más graves que le embarguen el ánimo.

— Pero ¿saben ustedes una cosa? — interrum-

pió de pronto Torres, como si fuera á decir alguna inesperada é importante —¿que ya es tarde y que tengo que dirme? ¡Cómo se pasa el tiempo! y eso que no ha benío naide más que yo esta noche. Mía la luna, Isidro, ya por donde anda en el sielo : las dies lo menos.

Era cierto. El celeste reloj apuntaba en aquel instante las diez aproximadamente, con su pálido horario lunar acercándose al centro de la esfera azul del firmamento.

— Adiós, adiós — añadió el visitante, que se había alzado mientras hablaba.

Todos le dieron las buenas noches en respuesta.

— Écheme pa acá á Juanillo ¿eh? D. Pancho — agregó la madre.

— Descuide — contestó éste saliendo.

Y, dejando á la feliz familia en el portalito, y repitiendo « hasta mañana » por última vez, con lento paso dirigióse á su bohío que, como ya se sabe, estaba cerca.

Á pesar de aquella proximidad de su morada, en el corto trayecto que hubo de recorrer para llegar á ella fijó la vista más de cuatro veces con rara insistencia en una misma dirección, en la cual nada de particular se veía, si no era una pobre casita medio oculta entre las anchas hojas de un grupo de coposos y verdes platanales.

Al mirarla, había en el semblante, por lo común risueño y despreocupado, de D. Francisco cierta expresión como de vaga tristeza, y en sus ojos obscuros y alegrotes algo como las brumas de la nostalgia ó del recuerdo.

Allí, al decir de las gentes, era donde se había desarrollado uno de los episodios de la vida de Torres, quizás el de más trascendencia de su vida; que también hay, á veces, episodios trascendentales en las existencias humildes, y escenas que, á despecho de la calma habitual de sus días, tiran más á drama que á sainete.

Ésta que decimos había sido conocida en su tiempo de todo el cuartón, en el cual se había comentado mucho, y aún, muy de tarde en tarde,

se comentaba; pues para la uniforme tranquilidad de la existencia que allí se hacía era importante cualquier acontecimiento, y aquél, importante en sí, de tal modo había agitado y puesto en conmoción, cuando tuvo efecto, el tranquilo lago de aquella vida, que del revuelto remolino de hablillas, conversaciones y sorpresas que, al suceder, se formó en su superficie, quedaban aún, á pesar del tiempo transcurrido, burbujillas de recuerdos en las memorias y pasajeras ondas de comentarios en las lenguas.

Y de los actores, uno solamente : D. Francisco en persona. En la casita de marras habían habitado los demás principales que en el consabido drama habían tomado participación. Ahora estaban... no se sabía dónde, y sus antiguos bienes, la vivienda y sus tierras, en manos de otro dueño, un sobrino, Ángel Pérez, del antiguo propietario.

Llenas de pensamientos y de recuerdos la mente y la memoria, iba Torres tan distraído al llegar al término de su breve jornada, que, como entrase por la tranquera de su finca á tiempo que acababa Juanillo de salir por ella, ni lo echó de ver, ni contestó el *buenas noches* conque lo saludara el muchacho.

Media hora después, dormía ya casi todo el mundo en los bohíos. Dormía también al parecer la tierra toda, abandonada y silenciosa; y, com-

pletando esta ilusión de universal letargo, aspirábase con la tibia brisa de la noche la respiración embalsamada de la Naturaleza en medio de su sueño — único signo que denotaba, en aquel mudo y solemnísimo reposo suyo, que no se hallaba muerta.

Era la hora del silencio, la hora de los recuerdos y las meditaciones. Sólo una persona, sin embargo, estaba aún despierta en aquellos sitios y recordaba algo en aquellos momentos; y hasta la pobre vivienda del platanal, que había sido la que trajera al pensamiento del hercúleo D. Francisco Torres reminiscencias del pasado, yacía ahora en completo olvido, bañada por la radiosa claridad que le venía de arriba, y tan pacífica y misteriosa como todo lo que la rodeaba.

No se había dormido aquél todavía, aunque parezca quizás extraña esta rareza. Esto no le pasaba á él comúnmente; tan sólo le ocurría en los casos, muy poco repetidos, en que tenía alguna preocupación. En tales ocasiones solía quedarse un rato más ó menos largo sin poder conciliar el sueño, aunque este pasajero insomnio nunca se prolongaba hasta la media noche.

Pero no se crea que por constituir esta excepción en la regla general de sus más despreocupados convecinos que dormían á pierna suelta, había de tener forzosamente la conciencia menos despejada y limpia que los otros, aunque sí podía decirse que tenía la memoria más llena de

recuerdos; que la casita tantas veces nombrada le traía algunos, y que en noches como la presente, en que la luna envolvía el mundo en la suave y voluptuosa claridad de sus rayos, al mirarla cuando regresaba á su hogar, parecíale por unos segundos que había vuelto de un golpe á los tiempos juveniles, á pesar de sus cuarenta y cinco bien cumplidos, y que la habitaban los mismos que en aquellos pasados tiempos la habían habitado, en vez del bueno y sencillote de Ángel Pérez.

Esto era lo que le había acontecido una vez más, y acaso con más fuerza en aquella ocasión, sin saber bien por qué. ¡Maldita luna, que era la culpable de que aún no le hubieran dejado quieto las imaginaciones! Y no porque le turbasen gran cosa, sino porque le arrebataban un bocado, siquiera no fuese éste muy grande, de su ración de sueño, de que tanto necesita el trabajador para reponer el cuerpo, y prepararlo á la eterna lucha de la vida.

Pero, quieras que no, volvió aún su pensamiento, antes de cerrar él los ojos, á evocar ante ellos aquel capítulo de la historia de su vida, capítulo cuyas dos terceras partes pudieran haber referido, letra por letra, á haber tenido lengua con que hacerlo, las débiles y ya viejas paredes de aquella vivienda, y la tercera restante, las de otra que al lado del bohío del platanal se alzaba. Esta última había estado tomada en arren-

damiento, junto con el *sitio* en que se hallaba enclavada, por el padrino, ya difunto, de Torres.

La aventura de éste había ocurrido durante el tiempo que permaneció, cuando joven, alejado de su familia y en el *sitio* de aquel padrino suyo.

La causa principal del alejamiento, recordaba D. Pancho que había sido el haber pasado á habitar en casa de nuestro héroe una prima suya, la cual había vivido hasta entonces, pobre y estrechamente, con su padre, hermano del de D. Francisco y que cultivaba, hasta su fallecimiento, una pequeña finca que tenía subarrendada y á cuyos gastos apenas podía subvenir con el escaso fruto de su trabajo. Así, pues, al morir él, habiendo quedado la pobre huérfana desamparada y sin apoyo, se habían visto sus tíos en el caso de recogerla, y bondadosa y caritativamente lo habían hecho.

Como era Pancho el único hijo que tenían, y precisamente por aquella época no se hallaba con ellos, sino en casa del padrino nombrado, en la cual solía pasarse frecuentes aunque cortas temporadas, habían pensado los padres, al quedar sin ellos la muchacha, por razones de economía y conveniencia, para evitar murmuraciones si vivían los dos jóvenes bajo el mismo techo, y accediendo á los deseos que constante y reiteradamente expresaba el padrino, D. Pedro, á quien servía Pancho de grande alivio en el trabajo y de hijo, ya que era solterón impenitente, que

continuase habitando al lado de aquél, y en su bohío.

Lindaba éste con otro perteneciente á un ya anciano guajiro que en él vivía con su mujer, la cual era muy inferior á su marido en edad, bastante hermosa, y, como acaso se habrá supuesto ya, la heroína de la historia famosa de Torres. También habitaba con ambos, y hacía casi todo el trabajo de la labranza por el dueño, un primo segundo de éste, casi un muchacho entonces, algo simplón según la fama, y de excelente condición é índole.

La mujer del viejo, y el joven Torres, hubieron de agradarse mutuamente, contaban las crónicas, ya olvidadas y nunca por nadie escritas ni leídas, de aquel tiempo. Y seguían diciendo las consabidas crónicas que el último se había arrestado á poner sitio á la vacilante virtud de la primera; que ésta, á su vez, no había tenido fuerzas para resistir el seductor asedio, y que, por último, habían llevado amores clandestinos hasta la muerte del padre del galán, que era la que había dado origen al descubrimiento y fin de aquellos amores, de los cuales nada ó muy poco hasta entonces se había traslucido.

Y fué como sigue:

Cuando le llegó su hora á D. Cirilo, y vió éste á las claras que se acercaba la última de su vida, mandó buscar á su hijo para comunicarle antes de morir sus designios y planes, que eran pro-

ducto de largas reflexiones, y una resolución inflexible tomada desde muy atrás, contra la cual no era posible al joven rebelarse pero que estaba, en cierto modo, en abierta contraposición con sus propios deseos.

Consistía en que el hijo tomara posesión, después de la muerte del padre, de aquella finca que era lo único que en el mundo poseía á más de la choza, el ganado y demás adherentes á ella anexos. Todo tenía que pasar á poder de Francisco, y éste que pasar á vivir en ella, tanto para cultivar la modesta hacienda que era todo el patrimonio que á él y á su madre quedaban, como para abrigo y protección de su madre y su prima, que solas no podrían seguir viviendo después de muerto D. Cirilo.

— Pero — se dirá — ¿ cómo iba á habitar Pancho con su joven prima, y no podía haberlo hecho antes?

La explicación es bien sencilla : el buen D. Cirilo quería, en efecto, que habitasen juntos, pero luego de haberse casado. Este era el único medio que encontraba de resolver el punto, pues era sumamente rígido y hasta intransigente en estas materias. Y ésta también la circunstancia más dificil para el hijo, que se iba á hallar en una cruel alternativa.

Porque una vez llegado el trance doloroso de la muerte del padre, y el duro é inflexible dilema para su heredero de casarse con su prima —

que nada de fea tenía, ni de otra cosa alguna que pudiera infundirle repugnancia ó desvío — y hacer de esta suerte la felicidad de ella (á quien demasiado sabían los dos esposos que el muchacho no desagradaba) y la de su madre enferma y achacosa, ó no casarse y dejar abandonado el *sitio* y abandonadas y sin recursos á las dos mujeres, siendo forzoso é ineludible aceptar uno de los dos rigurosos extremos, no podía caber un segundo de vacilación.

Así, pues, llegó Pancho, todo agitado y lleno de angustia, al *sitio*, con noticias del estado de súbita gravedad en que su anciano padre se encontraba, y le halló, en efecto, poco menos que en las últimas. Disimuló, le besó cariñosamente la mano, y transcurridos los primeros instantes y habiendo quedado solos padre é hijo, aquél, que se hallaba aún en todo su conocimiento á pesar de su estado, comunicó sin más dilación al último sus miras.

No se sabe bien lo que después pasó, pero sí que el joven no hubo de mostrarse en el primer momento del todo conforme, según se averiguó más tarde. Y no porque le hubiera echado muy hondas raíces en el corazón el amor subrepticio que llevaba, pues averiguado está que jamás lo tomó muy á pechos, sino porque se le figuraba que no le sería fácil romper de aquel modo tan brusco que la exigencia de su padre le imponía.

Pero D. Cirilo fué inflexible; y, considerando

Francisco además que era su deber, por sus padres, por su joven prima y por sí mismo, casarse con ésta, y que todas las conveniencias se lo ordenaban de consuno, aceptó, aunque con dudas y temores en el ánimo.

Á poco murió el padre, ya tranquilizado con la formal promesa que había obtenido, y se halló Pancho, además de apesadumbrado y dolorido, en un estado de incertidumbre difícil de imaginar, no sabiendo cómo salir de aquel atolladero.

Pero más fuertes que esta ansiosa incertidumbre y más profundos fueron su asombro y su sorpresa cuando, al ir de nuevo al *sitio* de su padrino para invitarlo á la boda, temblando á la idea de ver á su amante, con quien iba, sin embargo, decidido á romper, se encontró con que el nudo estaba cortado, y resuelto el conflicto con la solución más radical é inesperada.

En efecto, el marido engañado había concebido sospechas hacía algún tiempo de que corría peligro su honra; y, no creyendo que pasase de correr peligro, y queriendo evitarlo, sin hablar palabra había hecho sus preparativos para poner tierra de por medio. Pretextando después una enfermedad que verdaderamente padecía, pero que no era la sola ni la principal causa de su marcha, desapareció con su mujer súbitamente, sin comunicar á nadie el punto de su destino.

Esta inesperada partida — tan inesperada que

ni dió tiempo siquiera á la mujer para comunicarla á su amante (cosa que, por lo demás, hubiera sido en todo caso inútil) dejaba á éste en aptitud de cumplir el compromiso con su moribundo padre contraído y arreglaba todo por el pronto, aunque su misma rapidez podía tener en lo porvenir pavorosos resultados que no era posible prever, y acaso aquellos amores consecuencias que ignoraran aun los mismos que los habían llevado.

Poco falta que añadir para terminar esta sucinta reseña de los recuerdos y antecedentes de uno de los principales personajes de esta historia. Los que le habían visto á la ida en casa de su padrino de bautismo — el cual iba á serlo también de su boda — lleno de agitación, viéronlo luego retornar, cambiada esta agitación en cierta tristeza tranquila, rescoldo moribundo de su pasado y tibio amor, y en conformidad sus mal encubiertos escarceos para dilatar las proyectadas nupcias.

Lleváronse éstas á efecto poco después en la iglesita de los Pinares, con gran contento de todos, incluso del novio, satisfecho del dichoso fin de su enredo y del amor dulce y sumiso de su prometida, y se establecieron los recién casados en el bohío en que hemos encontrado cerca de veinte años después, ya viudo, sin madre y con un hijo, al grandote y al parecer sencillo D. Francisco Torres.

En cuanto á su amante, no había vuelto á saber de ella, ni hizo tampoco diligencia alguna en tal sentido. Fué olvidándola poco á poco, y al fin llegó á olvidarla casi por completo; aunque á veces, como en aquella clara noche, volvía á asaltarle, como se ha dicho, su recuerdo por un rato antes de conseguir dormirse. Pero no tardaba mucho en conseguirlo, por más que esta última vez, acaso por la misma agitación que la charla con D. Isidro, y luego la vista de la casita blanca, habían comunicado á su espíritu, tardó algo más que de costumbre.

Por lo demás, se sentía tranquilo. Tenía la persuasión de que á su antigua amante, si aún vivía, que no lo pensaba, le sucedería lo que á él: le habría olvidado.

Á la postre, cansado de alma y cuerpo, acomodó la cabeza sobre la dura almohada, y, abrazando ésta con entrambas manos, se quedó dormido pensando en otra cosa para él más grave: en la terrible conspiración de que era miembro, y mecido por la firme y tranquilizadora certidumbre de que aquellos amores habían pasado sin dejar rastro ni huella de su paso fugitivo.

Despertaron al siguiente día D. Francisco y su hijo con el alba, como de costumbre, y ambos se levantaron y concluyeron de tomar su sobrio desayuno, y el sencillísimo arreglo matinal de sus personas, en breves instantes.

El primero estaba ya olvidado por completo de todas sus reminiscencias de la víspera, y el segundo repuesto también completamente de su indisposición, aunque aquel día trabajó poco.

Pero uno y otro, luego de terminada su tarea y haber comido, estaban en casa de D. Isidro González en cuanto llegó la noche.

Hubo cortas felicitaciones, y preguntas de parte de las mujeres.

— ¿Qué te pasó ayer, muchacho? ¿Qué fué eso?

— Na: un dolorsito é cabeza y el cuerpo algo pesao; na más...

— *Nosotras* — interrumpió Tera — *nosotras* que te esperábamos pa contarte...

— ¿Pa contarme? ¿el qué?

— ¡Más cosas! Del *guateque*...

— Pues yas toy aquí. ¿Qué hay de nuebo?

Entonces comenzó ella á referir, con mucho manoteo y locas exclamaciones, todo lo que iba á haber el día de su Santo. Él la escuchaba sin interrumpirla, casi sin pestañear, como olvidado súbitamente de todo, contemplándola cual si no la hubiese visto en largo tiempo, y admirado de verla tan graciosa, tan linda, tan ligera, cual la torcaza, de la cual tenía, á veces, los movimientos hechiceros.

— ¿Conque too eso, Tera, too eso? — dijo al cabo. — ¡Y qué bonita bas as tal con tu traje nuebo! — añadió con franca admiración al conocer que había de estrenar uno en la fiesta.

Los padres, en tanto, poco interesados en el coloquio de los jóvenes, se habían separado un poco y estaban hablando con D. Pancho, habiendo dejado á aquéllos relativamente libres, por lo que aprovechaban éstos el tiempo con avaricia y placer de enamorados. Juanillo había salido á cumplir una comisión de su padre á un *sitio* y no había vuelto todavía.

— ¿De berdá que sí? ¿tú crees que estaré bonita, Andrés? — repuso ella, casi sólo por el placer de decir algo, sonriendo y mirándole con sus ojazos ingenuos, y precozmente llenos de pasión.

— ¿Que si lo creo? — murmuro él. — Si eres más linda, Tera, más linda, que... que too lo que he bisto, ¡baya!

Echóse á reir Tera al oir esto, con la risa

peculiar de ella, que sonaba como si una cajita de perlas á no larga distancia se vaciase. Le agradaba, como á todas las mujeres del mundo, oirse llamar bella, pero con toda sinceridad y candidez lo dudaba, quizá por no haber tomado aún nunca en serio y muy á pechos aquella cuestión de ser hermosa ó fea. Ella, en gustándole á su novio...

— Ban á tenerte enbidia todas, toiticas... Y los muchachos — añadió Andrés con una ligera entonación celosa, que pasó como una ráfaga fuerte é instantánea en la atmósfera tranquila de un día de Agosto — y los muchachos, ban á querer bailal contigo, Tera. Pero tú, no miras á denguno ¿berdá? á denguno más que á mí...

— ¡Claro, bobo, si ya tú demasiao que lo sabes!

Tras de un segundo de pausa, en que ambos se miraron, sonrientes,

— Tera, ¿tú me quieres mucho? — preguntó, acaso por la milésima vez, el enamorado.

Esta vez sin embargo, no le contestó ella con la boca, sino con la mirada profunda y amorosa, aquella mirada suya en la que había algo de la tierna melancolía é imponente serenidad de los crepúsculos.

— ¿Me quieres, me quieres de berdá? — repitió él, emocionado, casi anhelante, como si no lo supiera. — Dímelo, pa oírtelo, aunque sea una bes na más...

— ¿Que si te quiero? Te quiero, Andrés, mucho, mucho, mucho; baya ¿te gusta?

Oía él su voz, como si todos los sinsontes que podían aún vagar á aquella hora por sobre los troncos de los cardones puntiagudos ó entre los surcos de los cercanos maizales hubiesen alzado á una sus voces arrobadoras para entonar un concierto divino.

— ¿Mucho?... ¿De qué tamaño? Yo te quiero, yo te quiero...

Y se quedó parado, perplejo, como si no púdiera abarcar con la pobre mente inculta el inmenso espacio que podría haber ocupado su amor, convertido en materia mensurable.

— Bamos — dijo después — como ese sielo, ¿tú bes ese sielo que ba hasta ayá lejos, lejos, donde casi no se be sino como un humo asul muy finito?... bueno: pues así te quiero yo á ti. ¿Y tú?

— ¿Yo? — repuso ella algo sorprendida. — Yo, más todabía de lo que coge too ese sielo; más que too este llano que tapa, y esa loma, y lo que está más ayá; más que toa Cuba... ¿Tú sabes? Yo no podría medirlo en toa mi bida...

— ¡Ay, Birgen! — exclamó él entonces suspirando, como si tuviera en el pecho demasiado peso de ventura... — ¡qué bueno!

Se miraron nuevamente, y, sin saber por qué, rieron, con risa feliz de niños, expresando su dicha.

Después quedaron un rato mudos, castos y unidos, sonriendo aún y contemplando la llanura y el firmamento como para compararlos con la inmensidad de su cariño. No hubieran trocado en aquellos instantes los palacios más opulentos por aquella pobre casita que la cálida brisa acariciaba trayéndoles el aroma vivificante de las tierras de laboreo. Lo único que ambicionaban era seguir allí sin sentir pasar el tiempo, uno al lado del otro, mirándose de cerca, hablándose bajito para decirse que se querían mucho, mucho, mucho, más que la extensión del mundo y el espacio del cielo sin riberas...

Tera era de carácter más alegre y juguetón que Andrés, y más joven. Estaba entonces en la frontera de los quince años, en esa edad indecisa en que se entra en un período nuevo de sensaciones y sentimientos desconocidos, y en que comienza á descubrir el alma un mundo hasta entonces ignoto de embriagueces no soñadas y de dulces y deliciosas ilusiones, llenas aún de la poesía divina de los cielos y llenas ya también, y al mismo tiempo á veces, de las primeras vagas voluptuosidades de la tierra...

Las tristes y gemidoras palmas que constantemente tenía ante los ojos y estaban de continuo acariciándole los oídos con los susurros y misteriosas quejas de sus pencas, parecían haberle dado la esbelta flexibilidad de su cintura; el sol abrasador que centelleaba en la llanura ilimi-

tada del horizonte inmenso y claro, como que le había puesto en el corazón y en la mente algo del fuego que ambos albergaban.

Tenía Tera los cabellos del color de los negros cocuyos que en las noches de verano se ocultan á lo largo de las guarda-rayas; y, conforme brillan entre las yerbas húmedas los lucientes ojillos de aquéllos, brillaban los ojazos de Tera, en su rostro ligeramente trigueño, como las glebas que levantaba á su paso el arado de D. Isidro. La boca tenía pequeña, graciosísima, de labios ligeramente gruesos, y encendidos como la carne tierna y dulce de los mameyes en sazón; los pies, menudos y ligeros, parecidos, cuando pisaban levemente la tierra, á los del ciervo en ligereza y gracia, y bien hechas las lindas manecitas, aunque algo estropeadas por la aguja y los quehaceres de la casa.

Era digna de admirarse la agilidad encantadora de su cuerpo, no del todo formado aún, y de oirse su voz, que dijérase que había quitado su sonoridad á la del ruiseñor, y á la de la alondra su dulzura; y ¡qué mirada la de aquellos ojos, y qué encanto el de la boca, y cuánto hechizo y movimiento en el arco de las cejas, y en la frente despejada, y en todo el conjunto y la expresión de aquel lindo semblante de adolescente!

Era el encanto de todos por su alegría, por su juventud, por su inconsciente belleza. De su ser parecía desprenderse un puro y vago perfume que

penetraba en el espíritu y lo bañaba en un efluvio penetrante de contento y calma.

Desde chicos se habían conocido Andrés y ella; habían jugado mil veces juntos en el suelo mientras sus padres charlaban, y crecido queriéndose, sin concebir que pudiera ser de otra manera. Sólo de hallarse él ante ella, de escuchar su voz, considerábase dichoso y sentíase transportado. Si, de casualidad, se encontraban sus ojos con los de Tera, tímidos y amantes como los de una paloma, experimentaba él tan intensa dicha, que por un instante la veía como un ángel del cielo, allá en su imaginación ardiente, y avivada por el amor.

Y Tera, feliz con amar y verse amada, estaba siempre alegrando á todos con la armonía de su voz y el encanto de su risa. Tenía aún los vergonzosos rubores y candorosas ingenuidades de la infancia. Cuando le daban bromas con Andrés tornábase color de rosa, como en un alborear de su feminilidad, su cutis de morena; y volvía los ojos entre enfadada y satisfecha, con un mohín, en los labios, de instintiva y natural coquetería.

No eran novios ellos, sin embargo, en la corriente acepción de la palabra, ni habían tomado muy en serio todavía, los padres, la cuestión del noviazgo, sino como cosa que á la postre, y andando el tiempo, habría de ser un hecho, pero en la cual no había que pensar mucho por el pronto.

No obstante, como de novios se hablaba siempre de Andrés y Tera, por la costumbre adquirida de verlos frecuentemente juntos, y por la de Andrés de ir todas las noches al bohío de D. Isidro González. Era cosa admitida que sólo con àquél se casaría la muchacha, y tanto lo era, que á pesar de hallarse todos, ó casi todos, los guajiros jóvenes de por allí más ó menos platónicamente enamorados de la lindísima *flor de la siguaraya* (como en cierta ocasión se había arrestado á decirla uno de ellos, por vía de *original* requiebro) todos, sin excepción, respetaban el derecho de Andrés, y procuraban dedicarse á *cortejar* á otra, sabiendo con certeza cuán poco podían esperar, de seguir la conducta contraria y obstinarse inútilmente en conseguir el amor de Tera.

Podía ver y veía ésta todas las noches á Andrés, como se sabe; pero no se crea por eso que hablaban aparte siempre y separados de los demás, sino todos juntos muchas veces; circunstancia no muy agradable para enamorados, sea en campos, villas ó ciudades. Sólo cuando se presentaba la ocasión —que no dejaban ellos de buscar, con el arte exquisito y paciente de su mutuo cariño — solían conversar así, mientras los demás estaban entretenidos, ó, por piadosa complacencia y bondad, fingían estarlo.

En la última ocasión lo estaban de veras todos, bien que los dos jóvenes acaso más que el resto,

cuando vino á interrumpirlos bruscamente la voz de Juanillo, el cual volvía de cumplir la comisión dada por su padre.

— ¡Ah, aquí's ta Andrés! ¿Ya te se pasó la morriña? Ya te beo, ya, ahí con Tera, condenao, hecho too unas mieles. Aprobechen, y báyanse apreparando pal baile, que ba á estal ¡mía! — y sacudió el puño en el aire, como para dar así más fuerza á sus palabras — ¡de flor!

— ¡Si no estábamos hablando de eso! — le interrumpió Tera. — Pa éste, no hay más habladuría que del *guateque*...

— No, me creí... Como ya farta tan poco...

Para Juanillo era inconcebible que, estando solo á unos días de distancia tamaño acontecimiento, hubiera quien pensase en otra cosa.

... Y luego que hubo dado las buenas noches á D. Pancho — recordándole que no se las había contestado la víspera — y á su padre cuenta del cumplimiento de su encargo, referente á la venta de unas matas de tabaco, tuvieron que escucharle Tera y Andrés, á cuyo lado naturalmente volvió, la relación de todos los que habían de venir á tomar en la fiesta alguna parte; de las *condiciones* del gallo indio que tenía preparado un conocido suyo, á quien llamaban Antonio *el mocho*, para *echarlo* con el canelo de Pepe, el gallero más conocido de los Pinares, y el cual lo traería expresamente para aquella pelea; y, por último, de las excelencias y gracias, que ya ellos cono-

cían, de Serafina, la muchacha que *lo traia á él loco* por entonces, hija de un vecino y, según al cabo hubo de confesar, el principal atractivo de la festividad para él.

Era ésta, por lo demás, el asunto que agitaba más ó menos en aquellos días, por muchas y diversas razones, los ánimos de todos, jóvenes y viejos. Los jóvenes veían en ella una ocasión de esparcimiento que abría un breve paréntesis en la eterna monotonía de la existencia que llevaban: la ocasión de bailar, de oir música, siquiera fuese algo ramplona y primitiva, y, sobre todo, de aproximarse uno y otro sexo, móvil el más poderoso que impulsa, en el fondo de todos los demás, á la juventud de todas las clases, á todas las diversiones de igual ó parecida índole, y atracción la mayor y más natural que estas diversiones encierran. Los de edad madura y hasta los viejos se alegraban también de poder hacer una pausa agradable en el árido viaje de sus vidas. Y para algunos poseía el *guateque* un interés más especial: tal era el caso de Juanillo, por ejemplo, aparte y además de su amigo y su hermana... y tal el de D. Isidro González y compinches, quienes tenían asimismo sus miras particulares en el baile, aunque de bien distinta naturaleza.

Por eso todo el mundo hablaba del festejo aquel y lo aguardaba; y por eso aquella noche — con no poco disgusto de los novios, los cuales

á duras penas pudieron reanudar, por breves instantes en que Juanillo entróse á beber agua, el interrumpido dúo que éste forzosamente convertía en desafinado terceto — y las pocas más que se siguieron antes de que llegara el día del Santo, al propio tiempo que hablaban de él los muchachos en un extremo, hacían variaciones sobre el mismo tema por otra parte D. Isidro, D. Pancho y los demás guajiros contertulios que llegasen, mientras Dª. Rosa cosía en la salita ó introducía la cuchara de su lengua en la salsa más ó menos picante ó desabrida de la conversación.

Por cierto que, por palabras y frases sueltas que casualmente había escuchado, tenía ya ella sus barruntos de lo que tramaba su marido, y no le había sorprendido gran cosa, porque lo suponía y aun lo esperaba. Nada le había dicho, sin embargo, á éste, reservándose su más anonadadora sonrisa de triunfo para cuando González viniera con aire de misterio á iniciarla en los de sus cábalas. Ya hacía algún tiempo que la guajira había concebido sus sospechas, bien que sin tener certeza absoluta de la existencia de la conspiración ; y se sentía algo *picada* de que no se lo hubiera comunicado D. Isidro, quien no solía ocultarle cosa alguna.

Pero esto mismo, por otro lado, la hacía pensar que debía de ser el asunto cosa en extremo peliaguda, lo cual la traía algo inquieta y preocupada, y otro algo curiosa, como mujer al cabo.

Fueron pasando así los pocos días que para el del Santo de Tera faltaban, sin que ni ésta ni Andrés dejasen de aprovechar los ratos en que Juanillo dejábalos en paz y solos para proseguir su plática sin término, siempre igual y siempre diferente como todas las pláticas de los enamorados, mientras D. Isidro acababa de *redondear* sus planes, y su mujer reflexionaba observando, y todos, con mayor ó menor interés, aguardaban el gran día.

Sociedad de Ediciones Literarias y Artísticas
LIBRERÍA PAUL OLLENDORFF
50, CHAUSSÉE D'ANTIN, 50 — PARÍS

El Señor de Phocas

POR

JEAN LORRAIN

Versión castellana de Carlos de Batlle



La literatura francesa contemporánea puede enorgullecerse de esta verdadera joya literaria que el maestro aurífice JEAN LORRAIN bautizó con el nombre de EL SEÑOR DE PHOCAS. El protagonista, real ó imaginario, creado por el malogrado escritor, no es heroe de folletín, es algo más y es otra cosa, es la síntesis de esas vagas y terribles dolencias del siglo, de esas modernas entidades patológicas que los facultativos llaman « las neurosis » pero que al sentido común de la humanidad mediana, que no se precia de clínico, se le ha antojado achacarlas á la falta de ciertos elementos que con el nombre de *principios* contribuyen en gran parte á la salud moral del individuo y de la especie.

JEAN LORRAIN ha sabido describir con rara perfección ese mundo especial de buscadores de sensaciones cuya febril curiosidad, perversos refinamientos y enfermizas originalidades han hurgado, aguijoneado y arrastrado en todo tiempo á cuantos se han empeñado en gozar,

como seres aparte, con las ponzoñas y venenos de la naturaleza.

Hay páginas y capítulos enteros en esta obra que son verdaderas *visiones*; otras hay que valen tanto como los mejores estudios de crítica artística que se han publicado en estos últimos tiempos, y casi en todas, sin exceptuar un sólo capítulo, se muestra el autor como en realidad fué : un verdadero artista.

Nosotros creemos con el ilustrado prologuista de la edición castellana, que ese libro podrá ser, bien leído y pensado, el mejor consejero de cuantos discurren por el mundo cabalgando sin estribos y sin freno sobre ese corcel bravío que llamanos la imaginación.

La versión castellana se debe al notable y conocido autor de FRAY GABRIEL quien ha sabido reproducir con arte exquisito y con laudable probidad tan valiosa joya literaria.

DEL AUTOR :

Tríptico.
El vicio errante.
Afeites y venenos.



Pero uno de los últimos antes del magno suceso, ó, para ser más exactos, una de las últimas noches que precedieron su triunfal llegada, comunicó D. Isidro González una noticia tan importante y sensacional, que puso en segundo término por toda aquella noche, en los ánimos excitados, el pensamiento dominante.

Antes de descorrer el velo, sin embargo, y para que se comprenda bien el efecto producido por ella en los guajiros, es necesario ocuparse, siquiera sea muy de paso, en el estado del país y de los espíritus en aquellos momentos.

A los oídos de aquellos campesinos apenas había llegado, hacía cosa de un mes, el vago rumor de que en Oriente se había levantado una pequeña *partida*, y otra en Matanzas que casi á las pocas horas había sido copada, y presos los audaces iniciadores que la componían, quedando sólo aquel primer grupo de alzados, sin apoyo alguno aparente en el resto de la Isla ni recursos de ninguna clase, en contra de España. Locura parecía no someterse en vista de estas circunstancias, y así lo proclamaban á voz en cuello los diarios espa-

ñoles, dando por fracasada la intentona, por presentado dentro de poco el escaso resto de los sublevados y por quieta y pacificada la Isla nuevamente.

Algunos días pasaron, no obstante, y la aparente locura de los alzados no llevaba trazas de curarse. Visto lo cual, puesto de acuerdo el Gobierno con los miembros directores del partido autonomista, partido á que generalmente se creía — y en gran parte era verdad — pertenecían los naturales del país, se acordó enviar un Comisionado al *cabecilla* de los insurrectos, que lo era el general Bartolomé Masó, á fin de que, hablándoles aquél como cubano, les pusiera delante de los ojos su verdadera situación, invitándoles á volver de nuevo á la legalidad.

Aquella conferencia, sin embargo, no había de dar fruto alguno. El Comisionado retornó sin obtener resultado alguno de su comisión, y definitivamente se habían roto las hostilidades, un mes largo hacía ya.

Á la *sitiería* habían ido llegando las noticias salteadas, y adulteradas las más veces, en los periódicos que á duras penas podían ser conseguidos, ó en las versiones que traía de los Pinares algún vecino que iba allá ó de allá venía ocasionalmente. Los primeros concordaban por lo general en asegurar la insignificancia de la *intentona*, como se la llamaba desdeñosamente todavía, y vaticinar su fin seguro y próximo. Los segundos no podían

ser mucho más optimistas, pues que, en realidad, no había fundamento alguno sólido en que apoyarse para serlo.

Una cosa, sin embargo, era indudable : que el chispazo, fuese grande ó pequeño, no se había extinguido; y ya se sabe que una chispa puede dar origen á una conflagración, por más que pueda también apagarse sin llegar á ser brasa siquiera.

Había una ansiedad inmensa por conocer la verdad, una gran sed de saber, una profunda excitación en los primeros momentos, excitación que poco á poco fué calmándose durante algunas semanas, á causa de la monotonía y uniformidad de las noticias, durante el corto tiempo en que estuvo la insurrección localizada en Oriente. En casa del sitiero González se había hablado ya del asunto en varias ocasiones.

— ¿ Y qué hay de la guerra ? — preguntaban á éste, que solía ser el más enterado, por sus frecuentes idas al pueblo.

— ¿ Á mí me preguntan? — replicaba, sacando el labio inferior y abriendo los ojos. — Y yo ¿ qué sé? ¿ qué boy á sabel yo? ayás taba leyendo uno, ca el bodeguero, la « Marina », y desía el diario que no es na, que se acabó... ¿ qué sé yo? ¿ quién ba á saber la berdá?

Á despecho del tono afectadamente indiferente de D. Isidro, se advertía en su voz, siempre que hablaba del asunto, una ansiedad profunda y contenida. Y aun era claro que esta ansiedad, mez-

clada de interés, se reflejaba en los ojos de los que le escuchaban. Todos deseaban desesperadamente que creciera el fuego; pero todos también creían de buena fe que era cosa de poco.

— Yo lo que sé —dijo una noche, sin embargo, un guajiro joven que había ido como otros varios á saber noticias — yo lo que sé es que... que no se ha acabao entoabía. Y que ya yeba argo ¿ eh, camarás? ya yeba argo la cosa.

Nadie contestó, pero brillaba una alegría loca, un destello de esperanza en todas las pupilas.

Y al cabo exclamó otro :

— ¡ Jum! Yo... no me gusta ponerme con boberías de muchacho ¿ saben? pero la berdá, la berdá es que argo hay de eso. Porque bamos á bel : ¿ por qué quieren traer ahora pa acá á Martines Campos? y aluego ¿ no han oído ustedes hablal de tropas que están pa benil?

— ¿ Tropas? ¿ más tropas de España? — exclamaron algunos, con una mezcla de sorpresa y emoción. — Entonses, cabayeros, hay más de lo que sabemos — concluyó triunfante el que había hablado primero.

— Pues tropas, sí, señor, soldaos pa acá pa concluir con las partiítas esas que se han lebantao. Paese que ya no hay bastante con los que había aquí. ¿ Eh, D. Isidro, qué dise usté de eso?

Toda la confianza estaba en éste.

— ¿ Que qué digo yo? (Á D. Isidro le latía el

corazón de júbilo y ansiedad bajo la guayabera.) ¡No sé, no sé, la cosa ba poniéndose un poquito más seria, esa es la berdá; no hay que descuidarse, no hay que descuidarse, que cualisquier día pue estallar la bomba grande y cogernos de sorpresa!

Lo cierto era que González, y con él varios otros, estaban, como ya se sabe, trabajando sin descanso para sublevar la comarca, bien que aun no habían sido enterados todos, porque ya habría tiempo de que lo fueran. De la adhesión de todos estaban seguros, y el sitiero deliberadamente no quería entusiasmarles demasiado, ni mantenerles sin esperanza tampoco. Y era de ver la consumada habilidad con que llevaba á la práctica su política.

Poco á poco iba, entretanto, creciendo la marea. El general Calleja se marchó, sucediéndole en el mando supremo de la Isla el general Martínez Campos. Y, casi simultáneamente comenzaron á llegar las primeras expediciones de soldados, avanzadas del formidable ejército que había de enviar España.

Entonces fué cuando se empezó á ver claramente la importancia del movimiento. Todas las esperanzas de los que ansiaban la paz se fijaron en Martínez Campos, militar y político; el cual anunció, luego de llegado á Cuba, que la rebelión estaba localizada en Oriente, donde sería acorralada y exterminada como dañina y perni-

ciosa á la paz, prosperidad y civilización de la Isla.

Tal era la situación, en que todo parecía estar de parte de España, cuando una tarde vino de los Pinares un amigo de D. Isidro, de tipo, por cierto, algo exótico por allí, pues vestía de *saco* y parecía no ser *del campo*, según su figura y empaque. Venía á ver á González para cierto asunto reservado; y antes de irse le dió á aquél una noticia que hizo palidecer de emoción su cara francota y campechana.

Aquella noche — faltaban dos tan sólo para la anunciada fiesta en el bohío — cual si se hubiesen avisado de antemano fueron á éste muchos visitantes. Y como uno de ellos preguntase al amo de la casa si sabía algo de nuevo, adoptando el tono solemne que la gravedad del caso demandaba, repuso que algo había.

Expectación general.

— ¿ De la guerra? (Ya empezaba, aunque algo tímidamente, á dársele este nombre.)

— De la guerra mismita. Yo no sé si será berdá, ustedes saben, me lo han contao na más; pero lo mismo que me dieron la notisia, la largo. Disen que yegó...

— ¿ Martines Campos? Eso ya es biejo — saltó D. Pancho Torres.

— ¿ Te baj á cayar? Tú siempre has de salir con alguna pata é banco.

— ¡ Pues quién entonses, hombre de Dios! ¡ Acaba de una bes!

— Maseo — pronunció claramente D. Isidro, como si pusiera el dedo en el resorte que había de hacer vibrar todas las almas.

— ¡ Maseo !

— ¡ Maseo en Cuba !

— Pero ¿ de berdá, berdá?

— ¿ Será una guasa suya, D. Isidro?

Así exclamaron varias voces, todas al mismo tiempo.

— Maseo, y dentro é poco Martí y Márşimo Gomes — repuso D. Isidro imperturbable. — Me lo han dicho esta tarde mismita. Si es guasa, no sé ; pero se me afigura que no lo es...

Como si se hubiesen abierto de pronto las válvulas á la esperanza, al entusiasmo, á la fe en el triunfo, al sentimiento contenido, estallaron entonces gritos de loca alegría.

— Cabayeros — dijo D. Francisco sin poder contenerse, de pie como un coloso en medio de la tempestad, dominándola con su estatura y sus grandes barbas — estamos entre cubanos ¿ no es berdá ?

— ¡ Sí, sí !

— Pues ¡ biban los insurrectos, cabayeros !

— ¡ Biban !

— ¡ Biba Mársimo Gomes !

— ¡ Biba Martí !

— ¡ Biba Maseo !

Algunos, los más jóvenes, se levantaron y abrazaron á González.

— Bale lo que pesa este D. Isidro.

Les parecía que algo de la grandeza de la noticia le tocaba por haberla él dado.

— Toque los sinco, camará — decían los otros, estrechándole la mano pomposamente. — Estamos de arriba. — Lo que es ahora sí que creo..., — exclamó un respetable guajiro, muy amigo del héroe de la noche — que la cosa se pone seria.

— Pero... ¿ serà berdá, será berdá? — preguntó todavía alguno, no pudiendo, por lo mismo que tanto lo deseaba, convencerse aún.

— Berdá — respondió D. Isidro, con autoridad y convicción, y ya sin ocultarse. — Me lo ha dicho... el Delegao.

Llegó por fin, sin más incidentes, el suspirado día, y fueron llegando, algunas horas después de haber él despuntado, é inmediatamente del almuerzo, multitud de convidados de los alrededores. Venían — todos muy empaquetados, muy alegres, y un poquito cortados al principio algunos — hombres, viejos y jóvenes; mujeres, madres y pimpollos : « lo más *estimao* de por allí », como decían más tarde hablando de aquella memorable y sonada fiesta. Á eso de las doce estaba ya en su puesto casi todo el mundo, y la casa de gente que apenas se podía dar un paso sin tropezar con alguien. Pero los *tocadores*, los personajes imprescindibles para el buen éxito de la función bailable, no habían llegado todavía.

Todos los taburetes, bancos y trastos que de asientos podían hacer las veces, salieron á relucir y á servir de tales. Las mujeres se sentaron; algunos hombres que pudieron conseguir un puesto donde acomodarse sentáronse también á charlar con aquéllas; otros de pie quedaron y discurriendo y hablando entre sí, y los más

siguieron á Juanillo y dos guajiros jóvenes que, por él conducidos, armado cada uno de los dos de sendos gallos bajo el brazo y en vista de que no aparecía la orquesta, se habían salido al patio, dispuestos á probar las condiciones y coraje de sus respectivos campeones, en singular combate.

Entre los que siguieron á los dos presuntos contrincantes llevados por sus dueños, no estaba por cierto Andrés, sino, muy *taco* y muy amartelado, en un grupo de gente joven en el cual se hallaba su adorado y precioso tormento recibiendo parabienes y felicitaciones, como festejada que era por ser aquel el día de su Santo y cumpleaños. ¡ Y que estaba linda de veras la agasajada, recibiendo los plácemes, en tanto que su madre y su padre, cada uno por su lado y el último con el consabido aditamento de su inseparable y buen amigo Torres, hacían, como Dios y su buen deseo les daban á entender, los honores del bohío, departiendo con los invitados y entreteniéndolos hasta que llegasen los músicos !

Al ver salir á los galleros, muchos se fueron, no obstante, tras de ellos, como se ha dicho, y la casita quedó más despejada, é iba quedándolo más cada vez de concurrencia masculina, y aun algo de la femenina, pues varias mujeres, invitadas á presenciar la pelea, aceptaron por curiosidad, aunque muchas también prefirieron quedarse donde estaban.

Miéntras, en la parte posterior de la vivienda, cerca de donde estaban el corral y las caballerías, se había estado preparando la batalla del gallo *canelo* de Pepe, uno de los galleros, el más amigo de Juanillo González, y el *indio* de Antonio *el mocho*, así conocido por no tener más que once dedos, poniendo juntos los de sus dos manos.

Los preparativos concluyeron pronto, en medio de un murmullo de conversaciones.

Cuando los dos gallos estuvieron frente á frente, la más profunda atención se enseñoreó del ánimo de todos los que allí estaban, y todos aguardaron á que empezase la lucha, serios, ansiosos, cambiando rápidas frases y observaciones en voz alta, algunos tabaco en boca, y todos sin apartar la vista de los actores. Pudiérase haber creído que las dos mitades del Universo, convertidas de pronto en rivales irreconciliables, igualmente fuertes y poderosas, iban á encontrarse en un choque tremendo, descomunal y nunca visto.

Los dos gallos se miraron durante unos segundos. En seguida acometiéronse con ímpetu, retrocediendo ambos inmediatamente para volver de nuevo á la carga; pero, en esta segunda, algunas plumas volaron por los aires y uno de los contendientes recibió un *revuelo* en la cabeza que le hizo brotar de ella una gota de sangre.

— ¡Boy dies al *indio!* — gritó una voz en el mismo instante.

— ¡Pago! — repuso otra al punto.

Y dos manos se encontraron por los aires, sin mirarse siquiera los poseedores de las mismas.

— Ese gayito bale lo que pesa, camará — decía ya otro.

— Pero no pue con el canelo.

— Ya beremos.

— Ya beremos.

De repente, el indio tiró con el espolón derecho una cuchillada á fondo á su contrario. El cual la supo esquivar, sin embargo, y avanzando como una saeta hacia el otro y sirviéndose del agudo pico como punto de apoyo dióle tan tremendo *revuelo* en mitad de la espalda, que saltó otro montón, mucho más espeso, de plumas á tierra.

— ¡ Cuando yo digo!...

— ¡ No diga usté na hasta lo úrtimo, cristiano !...

— ¡ Bueno, bueno !

Entretanto, sin dejar de observar atentamente todos, sosteníase un sin fin de discusiones á medias palabras. Algunos animaban con gritos á los duelistas, los azuzaban, y corría un confuso rumor entre los espectadores, como el de una olla hirviente en el momento de subir.

Hasta aquí, la lucha había sido relativamente pausada. Pero bruscamente el gallo indio tiró un nuevo *revuelo* al canelo al propio tiempo que éste le lanzaba á su vez otro, y se trabaron ambos de obra, que de palabra no podía ser, con

furia implacable é intenciones nada santas. Entonces las apuestas, las excitaciones á vencer ó morir, de que por cierto no necesitaban los dos enfurecidos gallos, la gritería llegaron á su colmo, y la ansiedad de ver en qué paraba aquel terrible y espantoso *cuerpo á cuerpo.*

... Cuando los separaron, estaban casi desplumados por algunos puntos del cuerpo, el indio con el lugar de la cresta chorreando sangre, el otro con un ojo menos y una herida de espolón bajo una de las alas, y ambos jadeantes y sin aliento.

Era preciso un momento de descanso y, contra su voluntad, fueron cogidos los contricantes por sus dueños. Los numerosos testigos del interrumpido duelo se agolparon entonces á ver la calidad y extensión de las heridas.

— Toabía puen seguil.

— El gayito indio pelea mucho.

— Pero no tiene fuersas pal canelo, amigo. Ese se lo fuma ahora en un dos pol tres. Y si no, al tiempo.

Se cruzaban apuestas de todo género.

— ¿Á que lo mata ahora? — decía uno.

— ¿Quién á quién?

— El canelo al indio.

— Boy medio peso á que no.

— Casao. No es ni medio espolonaso suyo.

— Bueno. Ya lo veremos.

Mientras hablaban los espectadores, que se

habían dividido en dos ó tres grupos, tras de examinar los desastres sufridos, los dueños reponían á los gallos y los preparaban para entrar de nuevo en combate. Con su propio aliento sopláronles las heridas, á fin de disminuir la intensidad del escozor, arregláronles lo mejor posible las plumas, les enjugaron la sangre con un pañuelo rojo que para el caso traían y poco después estaban los galleros uno enfrente del otro, en cuclillas, con su campeón respectivo en brazos.

— ¡Baya! ¡Á la una! ¡á las dos! ¡á las tres!

Casi instantáneamente volvieron á unirse los dispersos fragmentos del grupo grande, excepto las mujeres, muchas de las cuales se habían vuelto adentro, con algunos de los hombres, durante el intermedio, y otras al anunciarse la segunda parte, pues ya se oían preludios y notas de instrumentos, señales de que la música al fin había llegado.

Pero la mayoría del elemento masculino, enviciada, no escuchaba cosa alguna, fijos los ojos y el pensamiento en la continuación de la tragedia, cuyo desenlace ó catástrofe iban pronto á presenciar.

— ¡Á la una! ¡á las dos! ¡á las tres!

Los galleros, adelantando las manos, acariciaron un momento las alas de los animalitos, y en seguida los lanzaron de nuevo á la lucha.

Fué breve el último acto de la sangrienta lid, pero no menos ruidoso que el primero.

Los dos enemigos, sin prestar atención á las voces de rabia y enojo de los unos y de alegría triunfante de los otros, según las *picadas*, se atacaron valerosamente, y todos creyeron que el indio iba á ser vencido. Pero hurtó el cuerpo á un gran tajo de espolón que le asestara su contrincante, y se salvó aunque *á milagro* y trabajosamente, tirando á su vez sin alcanzar á hacer nada tampoco. Siguióse una serie de pequeñas escaramuzas, tiroteos, *tiros de aire* ó sean pequeños vuelos con que el uno pasaba por encima del otro, y el indio iba llevando la mejor parte según la opinión de algunos, y según otros la peor.... cuando ocurrió una cosa inesperada.

Y fué que el enorme gallo padre, que con varias gallinas tenía D. Isidro González en el corral cercano, habiendo logrado salir durante la pelea sin que nadie lo advirtiese, y colándose de rondón por entre las piernas de los espectadores, se plantó entre los dos adversarios en el instante mismo en que el indio, loco de furia y de dolor, desangrándose por varios puntos, cojo y medio desplumado, alzaba en un esfuerzo heroico la pata derecha para ver de derribar á su contrario.

El gallo padre alzó también la suya, sin que los circunstantes, absortos y tomados por sorpresa, pudieran impedirlo. . Viéronse brillar cual

relámpagos en el aire dos espuelas cortantes y afiladas; y, en seguida, rápida como una centella, una de las dos, no se pudo saber cuál en la confusión de la batalla y la sorpresa, clavarse en la nuca del gallo canelo.

El infeliz y no menos valeroso gallo vencido cayó entonces revolviéndose y pataleando en medio de un charco de sangre, y el indio, todo lleno de heridas, debilitado y medio muerto también por la lucha titánica que acababa de sostener, con los escasos alientos que le quedaban pudo, sin embargo, erguirse, alzó la cabeza que le chorreaba sangre, y, orgulloso, altivo, vencedor, aunque apenas podía sostenerse en pie después de la victoria, lanzó al viento su vibrante grito de triunfo :

— *¡ Qui-qui-ri-quiii !*

. . . .

. . . .

Cuando se fueron calmando el alboroto, las bromas, risas y ocurrencias y las disputas que el súbito y no esperado desenlace del drama provocara, y se hubo metido en su corral de nuevo al gallo padre, causa de todo el escándalo, y se aplacó un poco la excitación de la sorpresa, convinieron los que habían apostado, tras de muchísimo discutir y recoger votos de personas imparciales y peritas, en quedarse cada cual con lo suyo, puesto que había intervenido á última hora en la discordia un tercero, y nadie lograba

ponerse de acuerdo sobre si el vencedor había sido éste, ó el indio, ó habían sido los dos conjuntamente.

El acuerdo llevóse á la práctica, no sin algún disgusto de los que habían pensado salirganando; y fueron entrando á poco, por grupos, en la casita casi todos los que habían presenciado la contienda, aun excitados y haciendo comentarios de la lucha.

Pepe y Antonio, los dos galleros, fueron los únicos, con Juanillo, que no entraron. Se conformaban también aquéllos, á regañadientes, con su mala fortuna, pues ambos habían perdido casi lo mismo. Ninguno de los dos gallos, según ellos, servía ya para maldita la cosa. El único que podían culpar era al de D. Isidro, pero, como de por sí era naturalmente irresponsable, y su dueño también en este caso y la culpa no suya, sino de la casualidad ó del destino, no objetaron nada.

Quedaron los tres en el patio acabando de limpiar la sangre derramada. Juanillo invitó á los otros á pasar adentro, cuando concluyeron. Pero ellos, tras de breve consulta y encontrándose acordes, prefirieron marcharse con sus dos gallos á otra parte. No estaban, sobre todo no estaba Pepe, para bailoteos, después de la pérdida sufrida. Ninguno de los dos era aficionado á ellos tampoco.

Cogió, pues, cada uno su campeón respectiv

el uno de los cuales era ya cadáver, el otro poco menos, para ver de aprovecharlos si se podía. Encargaron á Juanillo que los despidiera; despidiéronse de él, y, dando un rodeo para no ser vistos y discutiendo aún entre sí, se marcharon.

Juanillo penetró en la casa.

Eran cerca de las dos. El baile estaba en su apogeo. En un extremo de una de las habitaciones del bohío se había colocado la orquesta que había sabido D. Isidro González reunir para aquella ocasión entre conocidos suyos de los Pinares, hábiles tocadores todos ellos, unos de profesión y profesionales jubilados otros.

Se hallaba dicha orquesta compuesta de cuatro instrumentos, y al frente de la misma un pardo de unos 45 años, de nombre Federico, que grave y acertadamente á todos dirigía, y era por lo general el músico obligado de todas las *bachas* y *guateques* que por aquellos contornos se celebraban.

Bailábase en la pieza dicha, en el comedor, en el portal y en donde quiera que hubiese espacio para poner la planta y moverse con alguna facilidad y desahogo. Con este fin se habían desocupado las habitaciones de casi todos los muebles y enseres que la llenaban, y todas, menos la última dela derecha, estaban llenas de una bulliciosa multitud que se movía y agitaba produciendo por todas partes animación y contento.

En sillas puestas en fila á lo largo de las paredes, conversaban las madres de familia, á quienes entretenía y *daba palique* la buenísima y gruesa Dª. Rosa; y muy acaloradas y algo molestas dentro de sus amplios y almidonados vestidos, se abanicaban ruidosamente, entre exclamaciones.

— ¡Uf, qué fuego, mujel! ¡Si esto no se pué resistir! Me voy á ahogar con este maldesío calol!

Mientras, otras de las respetables guajiras *de cierta edad*, echadas negligentemente sobre sus asientos, puestas sobre el corpiño las manos enlazadas y entre ellas sosteniendo el abanico, miraban plácidas y sonrientes á sus pimpollos entregarse á las delicias de la danza deslizándose al compás de ésta, y en brazos de sus parejas, sobre el rústico y primitivo pavimento.

Veíanse confundidas en pintoresco desorden las guayaberas crudas de los jóvenes con los colores churriguerescos y de mal gusto de los trajes femeninos. Las muchachas vestían, en su mayor parte, de un modo que ellas juzgaban, de buena fe, elegante, y llevaban algunas de ellas tantas flores en corpiño y cabeza, que eran verdaderos jardines animados, y tan diversos tonos de vestidos que, vista en conjunto y desde lejos aquella alegre confusión de hombres y mujeres, constantemente en movimiento y algazara, hubiérase creído ver un agitado mar que reflejaba en su seno todos los colores del arco iris.

Por lo demás, á despecho de lo mal entalladas que se hallaban muchas, y del dudoso gusto de sus trajes, eran lindas en su mayoría, graciosas con esa gracia peculiar, dulcemente voluptuosa de la mujer criolla, y buenas bailadoras casi todas, al menos de danzón y *zapateo*, únicos bailes, como es natural, que por allí se estilaban.

La juventud masculina llevaba *fluses* nuevecitos y flamantes, zapatos también nuevos algunos, amarillos los más y brillantes cual la piel del dorso de un pescado y camisas de encendidas y desalmidonadas pecheras. Unos bailaban, discurrían otros trabajosamente por entre las parejas, sirviendo de estorbo y de tropiezo, y otros departían con las contadas muchachas que, sentadas por no saber bailar ó no haber encontrado compañero que supiese, tenían que contentarse con observar pasivamente la habilidad y alegría de los demás.

Mas lo digno de oirse, y no de lo que menos animación daba á la fiesta, eran las frases que se cruzaban entre unas y otras parejas en los momentos de descanso, y entre bailadores y mirones en todo tiempo.

— ¡Abe María purísima, qué prieta, mi madre! — exclamaba entusiasta un guajirito al pasar por el lado de una preciosa morena que se mecía indolente y voluptuosamente á los acordes del danzón que se estaba tocando.

— ¡Cómo *le da* ése, camará! — decían por otro lado de un gallardo y joven guajiro, gran bailador.

— ¡Amigo, no arrastre tanto las patas! ¡Paese que tiene miedo é besar el santo suelo! — gritaron á otro casi simultáneamente.

El cual prosiguió, con supremo desdén, sin hacer caso; y al fin respondió, incomodado y de mala manera, parándose en seco:

— Pues así y too, lo hago argo mejor que usté.

— Baya á pasarse un peine — le contestaron volviéndole la espalda; en tanto que el *limón*, algo corrido y casi furioso, se contenía, por su compañera, y continuaba el interrumpido sedazo murmurando frases de desprecio hacia el crítico.

— No me mires asina, Marica.

— ¿Por qué lo dises?

— Porque ya me trais más que achicharrao agüeitándome con esos ojasos... que se ha de comer la tierra...

Á lo que respondió ella, sin fijarse ni pensar en la lúgubre profecía, con un mohín, y una nueva mirada que penetró en el alma de su adorador como la aguda punta de un florete...

Entre los que bailaban mirábase á Juanillo, quien había tenido la grata fortuna, al entrar, de hallar sin compañero á «la que lo traía loco»... aquellos días, pues era él más variable que las mariposas de la Primavera. Bailaban ambos, y

se llevaban muy bien, por lo cual recibían á cada paso ó vuelta una felicitación á voz en cuello.

Únicamente habían respetado los bailadores el último cuarto de la derecha, como se ha indicado. En éste estaban el café y el lechón asado, con que obsequiaba D. Isidro á sus convidados; y andaban éstos entrando y saliendo casi constantemente en dicha pieza, unos para tomar alguna cosa con que reconfortar un poco el cuerpo sofocado por el calor y el movimiento, otros á buscar algo para alguna muchacha ó mamá que lo pedía.

En aquella misma habitación se encontraba el dueño de la casa, en unión de varios amigotes. Hablaban con interés, y, fijándose, podía advertirse en su actitud, palabras y ademanes, por más que procuraban ocultarlo á los demás — los cuales, por otra parte, maldito lo que en ello se ocupaban — un no sé qué de misterioso y desusado.

Igual cosa hubiese notado un observador atento en varios otros grupos de guajiros de alguna edad que por varios rincones departían gravemente entre bocanadas de humo.

Todo, por lo demás, era en el resto de la casa bullicio y movimiento, y crujir de faldas almidonadas, y alegría y tropezones y dicharachos campesinos. Llenaban el ambiente los penetrantes perfumes de las flores de las mujeres; y esto, unido al calor que reinaba, á las fuertes

tazas de aromoso café que se consumían, y al ruido y á la música y á todo aquello tan fuera del curso ordinario de la vida de los guajiros, excitaba á éstos, hacía perder á algunos un poco la cabeza, y á otro atreverse, en frases entrecortadas y ardorosas, á declarar su amor al objeto de sus ilusiones, cosa á que, á no ser por aquella ocasión, tal vez jamás se hubiera decidido.

La atmósfera estaba cargada de agreste voluptuosidad, diáfana y purísima de la parte de afuera; el día espléndido, y el cielo sin un solo celaje, y de un azul muy pálido que se besaba, allá en la lejanía, con el azul oscuro de las lomas.

El sol se acercaba, en tanto, al fin de su carrera. Hacía varias horas que se bailaba, habíanse tocado innumerables danzones, y nadie, empero, creía sentir cansancio.

Las balbucientes notas del acordeón resonaban aún por el espacio, agudas ó patéticas, poniendo en conmoción los nervios, y el corazón á saltar; y á ella se mezclaban los gemidos del tiple, el *chis chas* excitador del guayo y el apresurado repique de los timbales manejados por dos manos hábiles y ligeras. Al compás de todo reunido, enlazados los cuerpos, confundidos los alientos, rozando los cabellos de las mujeres los labios de los hombres, juntos unos y otros, se balanceaban gustando á su manera todo el encanto del danzón, baile que parece reflejar la sensual molicie y vaga tristeza de los climas tropicales.

En el portalito, sin bailar, estaba en aquellos momentos Tera González con su novio, y ambos rodeados de amigos que sostenían al parecer con ellos una animada conversación.

Por la puerta de la sala apareció Juanillo, que acababa de dejar á su pareja en la sala, por haber terminado en aquellos instantes de tocarse el último danzón.

— ¿De qué se trata ahí? — gritó magistralmente al grupo, encendiendo un cigarro.

— *De ná*, chico — respondió uno de los que aquél formaban, volviéndose á Juanillo — que tu hermana no quiere complasernos y bailal un sapateo con Andrés.

— ¿Cómo que no? ¿y por qué? — repuso Juanillo, sonriendo y metido aún en su papel de *magister*. — ¡No digo yo si lo baila! — ¡Baya — añadió alzando la voz — Federico, oye, larga un sapateo ahí, que mi hermana Tera lo ba á bailal con Andrés!

Y á la voz que dió, fué desembocando en el portalito, por la puerta, la mayoría de los concurrentes, ansiosos siempre de presenciar, aunque ya lo conocían mucho todos, el baile típico de los campesinos de Cuba, y uniendo sus ruegos á los de los demás. Tera, vencida ya, tentaba todavía, inútilmente, excusarse, á causa de la vergüenza que le producía bailar delante de tanta gente.

— Pero si no lo sé bien... ¡Mía que Juaniyo!

Éste, que sabía que iba á proporcionar un triunfo á su hermana, le sonreía con ternura.

— Á bel, yo canto después si me lo piden pa que tú beas que no me hago de rogar como tú. ¿Estás contenta?

Tuvo, pues, que resignarse la muchacha, y prepararse á complacer á la concurrencia, bailando el zapateo con Andrés; el cual, calladamente, la miraba también sonriendo para decidirla y animarla.

Entretanto había ido formando un círculo la gente en derredor de los que habían de ser los protagonistas de la nueva función que se preparaba; y, como el portal era pequeño, muchos hubieron de situarse de la parte de fuera.

Por fin se oyó resonar el primer compás. Apretóse el círculo, pusiéronse *en facha* los bailadores, y el baile dió comienzo.

Alzóse levemente la falda la linda muchacha, dejando ver por entero los piececitos breves y voladores, y empezó á moverlos, con gracia tal y tanta ligereza, que no parecían sostener el peso de lo restante del hermoso cuerpo en tanto que su novio, asidas con ambas manos las dos puntas del pañuelo de colores que al cuello arrollado llevaba, el busto un poco inclinado hacia adelante y fijos los ojos en los pies de su compañera, movía también los suyos, y con no menos prontitud ni desembarazo.

Todos los miraban atentamente, mientras los

músicos hacían vibrar el espacio con las agudas ó quejumbrosas notas de sus instrumentos, y ellos se animaban por grados con aquella atención inteligente y estos sonidos incitantes; y tan pronto parecía perseguir el hombre á la mujer como ser por ella perseguido, sin que lograran jamás alcanzarse mutuamente.

De pronto, dando media vuelta, vino á colocarse el uno al costado de la otra, *escobilleando*, moviendo el cuerpo, bajándose rápidamente hasta el piso para recoger el sombrero arrojado al efecto por uno de los espectadores; y ella, haciendo otro cuarto de círculo, tornaba á colocarse de frente en la posición primera, mientras aquél devolvía el sombrero á su propietario, sin dejar un instante de bailar.

Resonaron entonces aplausos y exclamaciones.

— ¡Brabo!

— ¡Bueno, muchacho!

Alguien gritó á Andrés, como si se hubiese estado dirigiendo al presunto vencedor en la batalla galluna del mediodía:

— ¡Arriba, crioyo!

Otro:

— ¡Bueno por los nobios!

Tales gritos animaron aún más á éstos que la anterior silenciosa fijeza del principio, y les hicieron redoblar sus gallardos esfuerzos por lucir su habilidad. Ya arrastraban los pies lánguida y desmayadamente, como si, cansados y rendidos,

no pudieran seguir por más tiempo, ya los alzaban briosamente y al compás de la orquesta, entre nuevos aplausos y nuevas interjecciones de los que miraban.

Luego, alejábanse, se acercaban alternativamente, como si tuvieran en las plantas algo que los hiciese resbalar suavemente sobre aquel áspero piso, y los pies siempre subiendo y bajando, y arrastrándose sobre aquél, no parecían sino aladas y moribundas mariposas que al ras de la tierra revolasen. . . . .
. . . .

Pero ya iban estando, bien que no moribundas, algo cansadas por el continuo y rapidísimo movimiento que no es posible prolongar demasiado. Ya no se levantaban del suelo con tanta gallardía, respiraban con dificultad sus poseedores, y comprendían todos que éstos habían hecho bastante, y que bastante y largamente se habían lucido.

Iba, además, cayendo el día entretanto, y por todas estas razones á concluir el baile, y con él la animada fiesta.

Dieron, en efecto, los últimos pasos los dos novios, y las últimas notas los instrumentos de los músicos... y estaba ya próximo á disolverse el grupo, cuando, de repente, se oyó salir una voz del centro del mismo :

— ¡ Ahora Juaniyo, que dijo que iba á cantal !

Alguien se había acordado de la promesa hecha

por el joven para vencer la timidez de Tera.

— ¡Es berdá, que cumpla su palabra!

— ¡Sí, sí, que la cumpla, que la cumpla! — apoyaron en seguida todos, recordando también súbitamente la promesa que, entretenidos en el baile, habían dado al olvido.

... Y fué conducido Juanillo, entre apretones y tropiezos, al escenario de aquel improvisado teatro, escenario que era el centro de la circunferencia formada por los cuerpos de los curiosos. Al mismo tiempo tomaban posiciones entre éstos los que acababan de ser actores, rendidos de cansancio por el ejercicio que habían hecho y cubiertos de celebraciones por la habilidad que habían mostrado.

Instado por todos, no pudiendo negarse y aunque protestando que « no estaba muy católico de voz aquella tarde », la alzó entonces Juanillo González, vibrante y hermosa, sin embargo, y sin que dejara de gemir el *tiple*, cuyos sones servían de acompañamiento á la *guajira*.

Pronto yegará er gran día
en que el sor de la mañana...

Unos segundos de pausa. En seguida repitió :

Pronto yegará er gran día
en que el sor de la mañana
alumbre la ancha sabana
con claridá y gayaldía...

Un aplauso resonó, lleno de significación, en tanto que se detenía Juanillo de nuevo un momento. La *guajira*, muy conocida y vulgar, era una alusión velada á la libertad futura, bien que nadie se atreviera á nombrarla.

Pero Juanillo prosiguió :

La lus de la patria mía
toíto el yano alumbrará,
el machete briyará
sobre los campos floridos,
y con sus hijos unidos
Cuba *pronto* se berá...

Donde estaba la palabra *pronto* ponían todos, en su pensamiento, la palabra *libre*, y con una nueva décima, de sabor político más ó menos pronunciado, seguía la sesión de canto, acompañado éste por la voz del *tiple*, y diríase que también por las voces innumerables de aquella Naturaleza que en derredor se desarrollaba, y en cuyo seno estrofas y cantor habían nacido. Las sombras del crepúsculo comenzaban á invadirla. El sol se hundía lentamente tras de los ásperos picachos de las vecinas montañas, y el cielo, que había estado durante todo el día despejado y límpido, se iba enrojeciendo con los últimos destellos del astro que moría.

Era un cuadro rebosante de belleza y de dulce y casi primitiva sencillez, los campos risueños y de variados colores, entre los cuales predomi-

naban el oscuro y el verde; al frente, la silueta de la población cercana ya esfumándose en la sombra, y en derredor tan sólo bohíos y siembras, medio hundidos también en la penumbra, y árboles cuyas copas se iban llenando de bulliciosos pájaros alegres.

Entre las cercas de cardones ó piña de ratón que separaban unos de otros los *sitios*, y por sobre los surcos abiertos por la esteva, oíanse lanzar sus rápidos *tchis*, *tchis*, á algunas bijiritas selváticas que por allí volaban; la brisa crepuscular entonaba su salmodia vespertina entre las hojas de los platanales. Los insectos, ocultos entre las malojas, de las cuales se veía á medio llenar una carreta sin bueyes parada en uno de las cercanas fincas, llenaban el espacio de rumores que parecían formar con los demás ruidos confusa y misteriosa plegaria que la tierra enviaba como ofrenda á los cielos radiantes. Olía á malva, á tomillo, á campo libre y sano.

. . . .

Y en medio de este arcano oficiar del alma ignota del mundo en el retablo de la Naturaleza, cantaba Juanillo, enternecido é inspirado inconscientemente por el aliento poderoso de aquella alma de amor y de misterio. Cantaba, y surgía su voz con tiernos acentos que se unían á los mil que la Creación exhalaba, y hubiérase dicho que subían también á lo alto, al firmamento transfigurado en una espléndida apoteosis de luz

y de colores, que subían junto con las quejas del viento, y el cantar lejano de los gallos, y los cantos de las demás aves, y todas las voces, y todos los susurros y notas de la Naturaleza entera...

Al propio tiempo que descuidadamente se divertía la gente joven y parte de la entrada en años, en el portalito, representábanse escenas de un orden bien diverso dentro de la casa.

Poco menos que desierto había quedado el interior de ésta con el *embullo* por ver bailar el zapateo á los novios. Grandes y chicos, casi todos habían salido á verlos y aplaudirlos, y tan sólo quedaron, por último, aquellos á quienes, más que salir, interesaba esta vez quedarse.

Eran los guajiros de respeto que gravemente andaban en parejas conversando durante el baile; D. Isidro y los que con él estaban, y un hombre de unos treinta y cinco años, que por su traje campesino parecía, pero no por su tipo ni maneras.

Era delgado y de mediana estatura, de facciones que denotaban penetración y energía, moreno, de movimientos rápidos y nerviosos. Había llegado no hacía mucho rato, escurrídose disimuladamente y sin llamar la atención por entre los que estaban bailando, y, á favor del bullicio

entonces reinante, había llegado al cuarto donde se hallaba el dueño de la casa.

Le presentó éste á los demás, quienes le saludaron con cierto respeto cortés, aceptó la invitación de tomar algo con ellos, y, cuando llegó la hora ya prevista del zapateo, acudieron los demás misteriosos grupos consabidos á la habitación en que los otros se encontraban, saludaron también al recién venido y después dijo D. Isidro González:

— ¿Ya estamos toos?

— Toiticos los que hasemos falta por ahora — contestó uno, grave guajiro de luengas barbas.

— Bueno, pues al abío — repuso el primero. — Aspérense ustedes un momento, que ahora trairé siyas pa too dios.

Las trajo, en efecto, y cerró después la puerta con cierto semblante serio, casi solemne, que no le era habitual. De algo grave iba á tratarse, cuando tanto lo estaba D. Isidro.

— Aquí estamos seguros que naide ba á pensar ahora en benil hasta aquí. Pero por si acaso, ya tengo yo á Juaniyo y á mi mujel, pa que abisen con tiempo.

Dª. Rosa estaba ya, en efecto, en el secreto, hacía días. Al fin, su reservado esposo, comprendiendo, por las agudas *indirectas* de su excelente cónyuge, que ésta se hallaba, sin su ayuda, á punto de descubrir aquél, cantó de plano. Después de todo era una auxiliar. Al principio se

opuso ella alarmada; pero al cabo, aunque á regañadientes, se había callado, creyendo inútiles y perdidos los ruegos y sermones tocante á aquel punto, y que quizá la sangre, á fin de cuento, no llegaría al río. Había visto antes alguna conspiración de D. Isidro, fracasada, y se forjaba la ilusión de que ésta tendría igual resultado.

Con todo, ella hubiera hecho lo imposible por evitar aquello y acabar con las obscuras causas que lo motivaban, pero comprendía confusamente que *aquèllo,* y la causa sobre todo, eran muy grandes, muy grandes y terribles problemas para resolverlos ella, que en punto á Aritmética, no iba mucho más allá de contar con los dedos. Y bajaba la cabeza suspirando, no porque no amase la tierra donde había nacido, sino por que amaba también á su hijo y á su esposo, cosa naturalísima, y el corazón le decía algunas veces, á pesar de su optimismo en otras ocasiones, que aquello grande y terrible iba á separarlos de ella, quizá para correr peligros y privaciones sin cuento, y le dolía, le dolía en el arpa de su corazón sencillo y amoroso la cuerda del amor materno y la del verdadero amor conyugal, dos de las que más fuertemente vibran, y con más triste y profundo sonido repercuten en mujeres como ella, cuando las hiere la mano brutal del dolor.

Con todo esto, auxiliaba á su marido por di-

versas razones, pero muy principalmente porque no ignoraba que, con ella ó sin ella de su parte, habría conciliábulo aquel día. De no vigilar ella, lo hubiera hecho otro, cualquiera de los *iniciados*...

Y vigilaba conversando con sus amigas, entreteniéndolas, no dejándolas pasar adentro, si lo necesitaban, sin su compañía, y alimentando en secreto la ardiente esperanza de que abortara aquella conspiración, como la otra.

Juanillo estaba aún hasta cierto punto en el período de la sospecha. Sabía algo, no todo... No le sorprendió mucho la cosa, y declaró *porsia*, que él, « *yegao er caso, iba á cualisquier parte* ». Entretanto se ocupaba, siguiendo su costumbre é inflexibles principios, en gozar descuidado del momento presente — en bailar y cantar, no sin cierta sabia y práctica filosofía.

Tomaron asiento todos los conspiradores reunidos en el último cuarto de la residencia de González. Eran por junto unos quince. Sentáronse en torno de la mesa consabida los que en derredor de ella cupieron, otros por detrás de la primera fila como Dios les dió á entender, y todos clavaron después la vista, atentamente y no sin emoción, en el pseudo campesino, el cual ocupó la cabecera teniendo á un lado suyo á D. Isidro y al otro á D. Pancho, casi tan serio éste como su amigo y más sofocado que él por el calor y la solemnidad de las circunstancias.

Cuando estuvieron todos arreglados del mejor modo posible en aquel pobre cuartucho desnudo de paredes, húmedo de piso y con sólo los muebles nombrados y una gran cafetera y varias tazas, algunas llenas, á medio vaciar otras, encima de la mesa, habló nuevamente el amo de la casita.

— Cabayeros — dijo — ya saben ustedes pa lo que nos habemos reunío. Acá el señol es el Delegao, y quiere saber si por aquí estamos toos listos, y si se pue contal con toos pa cuando yegue la hora, que farta poco. Ya ha hablao — prosiguió — cormigo de eso, pero yo quiero que ustedes mismos hablen ahora, pa saberlo bien de seguro.

— Pol mi parte, dende luego — respondió prontamente el que estaba sentado más cerca.

— Lo mismo digo — añadió el siguiente.

Y todos, uno tras otro, fueron repitiendo de análogo modo que « pa cuando quisieran ».

— Bueno — dijo aquí el *Delegao*. — Con eso contaba. Pero no se trata sólo de ustedes, queremos saber si ustedes, que son los que tienen mayor influensia por estos sitios, creen que todos están tan dispuestos.

Hubo una corta pausa, durante la cual González y su amigo Torres aguardaron, tranquilos y silenciosos, la respuesta de los demás.

— Hable uno por todos — volvió á decir el que presidía la reunión. Deseo tener la seguridá

y saber con cuántos, poco más ó menos, se podrá contar por esta comarca.

Se levantó entonces uno de los más jóvenes, de ojos vivos é inteligentes y flaco cuerpo.

— ¿Con cuántos? Pues con toos pue usté contal — declaró convencido. — ¿Qué hay de eso, camarás? — agregó volviéndose á los otros, los cuales, unánimemente, asintieron, con ojos, bocas y cabeza.

— ¿Están ustedes seguros?

— Paisano — repuso en tono firme el mismo que había hablado anteriormente, chispeándole los movedizos ojos — ¿usté sabe una cosa? que por aquí toiticos semos cubanos.

— Ya lo sabía de antes — respondió el Delegado, algo sorprendido por esta brusca salida.

— Pues si lo sabía ya, no tengo na que desirle. Queda enterao de si habrá alguno que no quiea tiral del machete cuando yegue la hora.

Intervino en este punto D. Francisco Torres, quien no había hablado todavía.

— De forma y manera sea, que toos los presentes le damos palabra al señol de que respondemos de esta *sitiería* enterita. ¿No es eso, cabayeros?

— Enterita y cabar — contestaron — y pa cuando haiga falta.

Callaron un instante. Ningún ruido llegaba hasta la habitación más que algunas notas perdi-

das de la orquesta y exclamaciones de la audiencia de Juanillo, quien había dado comienzo á su sesión de canto; los rayos del moribundo sol, cerniéndose por las rendijas de las yaguas de la pared del cuarto que caía al Poniente, iluminaban los rostros y las enmarañadas cabelleras de los campesinos.

— Está bien — prosiguió el Delegado. — Pasemos á otra cosa. Ya sabrán ustedes el plan del General en Jefe, que es llegar á la misma punta de la Isla por esta parte de Ocsidente. Pues por estos alrededores tendrá que pasar el Ejérsito Libertador, y entonses es cuando hay que unírsele ¿me comprenden?

— ¡Baya! Ar pelo, camará — replicó uno, moviéndose en el asiento con satisfacción.

— Así se hará, *sin nobedá por nuestra parte* — dijo otro, riéndose de su propia gracia.

Ya estaba empezando á hacerse célebre el frecuente estribillo de los partes de guerra españoles.

— Bueno — prosiguió diciendo el Delegado, después de reir de la ocurrencia del montuno — pero como yo tengo nesesidad de trabajar en otros puntos de por aquí, no podré volver quisá, y por esto, en nombre de la Junta revolusionaria, nombro para jefe de todos los de esta *sitiería*, por sus condiciones que todos conosemos, por su práctica de la guerra y porque creo que ha de ser bien resibido el nombramiento, á D. Isidro Gon-

sáles, y como segundo suyo á D. Fransisco Torres, hasta que se incorporen al Ejército y el General determine el puesto que habrá de ocupar cada uno. ¿Conformes?

— ¡Conformes!

— ¡Sí, señol!

— ¿Pues cómo no, hombre?

— ¡Dende luego!

Exclamaron unánimemente los guajiros. Y después añadió uno de pronto, alzando en el aire una taza llena:

— ¡Arriba con D. Isidro, compañeros!

— ¡Arriba! — contestaron todos con entusiasmo.

— Grasias, camarás — dijo González, enternecido por aquellas pruebas de cariño.

Oyéronse en aquel momento vagos ruidos como de pasos, conversaciones, risas. Los rumores cada vez se hacían más claros y parecían llegar de más cerca. Era que habían terminado el zapateo y el canto, y con ellos el día y la fiesta, y la concurrencia volvía á entrar para recoger los sombreros y prepararse para la partida. Se acercaba la hora de la despedida general.

Todos se pusieron en pie.

— Conque — concluyó en vista de esto el Delegado de prisa — queda V. encargado — dirigiéndose á D. Isidro — de ponerse al frente de los buenos *muchachos* de por aquí y de acabar de arreglar todo por estos barrios. Mientras tanto,

no dar que sospechar y trabajar en silensio ¿eh?

— Pierda cuidao — le contestó el sitiero.

Tras esto, fueron saliendo todos disimuladamente, separados, y confundiéndose entre los grupos y el bullicio de la concurrencia. Salió también González, para despedir como amo de la casa á todos los que á ella habían asistido, y quedaron en el cuarto, tomando tranquilamente su taza de café, D. Pancho y el falso guajiro. Aguardaba éste, acompañado del primero, á que desalojara la casa la gente para salir él, temeroso de llamar la atención por ser el único desconocido que allí había.

Poco á poco, fuese apaciguando el ruido de las risotadas, de las voces y rodar de taburetes. Iban saliendo y retirándose á sus respectivos bohíos los convidados, todos alegres aunque cansados, en pequeños grupos y comentando los incidentes de la reunión. Cerraba la noche.

Algún tiempo estuvieron los dos hombres escuchando el murmullo que iba lenta y progresivamente apaciguándose, como el de un río cuyas aguas fueran más escasas cada vez, y por ende más lento su curso, y su rumor más blando y apacible. Después no quedaron sino unas personas á las que se oía aún charlotear, alejándose, y al cabo de pocos minutos más despedía la familia al último de los convidados. Torres y su compañero, apurando entonces la última gota de las sendas tazas que tenían delante, se levan-

taron y fueron á reunirse en la salita con aquélla y Andrés, el cual aguardaba á su padre para salir juntos.

Allí se efectuó la penúltima despedida : la del pseudo-guajiro, á quienes todos, ya más ó menos en autos, acompañaron hasta el portalito, deferentemente; montó el primero en su caballo, que á un costado del bohío tenía amarrado y Juanillo le trajo.

— Conque adiós, señores, y buena suerte.

Y, contestado por los adioses de todos los presentes, tomó el camino que á los Pinares conducía.

Una hora más tarde, después de haber participado, á ruegos de la familia González, de una frugal y alegre comida improvisada, se retiraron también D. Francisco y su vástago á reposar de las emociones de aquel día agitado y trascendental. Los campos, ya dormidos, se turbaron unos instantes con el ruido de sus pasos, hasta que ambos entraron en su vivienda cerrándola por dentro. Luego quedó todo sumido nuevamente en el solemne y temeroso silencio de la noche.

SEGUNDA PARTE

LA GUERRA

Corrían los primeros días del mes de Septiembre de aquel memorable año de 1895, y era pasado el mediodía de uno de los más calurosos y sofocantes. Estaba el sol aún en toda la potencia terrible de sus rayos, iluminándolo todo y todo encendiéndolo con el fuego devorador de sus entrañas de coloso. La tierra parecía como apla nada bajo aquel mirar y aquel aliento del rey de los astros que la envolvían y abrasaban despiadadamente, y, para completar el cuadro y contribuir al cruel bochorno que reinaba, hasta la brisa parecía haber perdido sus fuerzas y frescura con aquel enervante calor, y apenas movía, débil y ardorosa, los frágiles tallos de las cañabravas y los frondosos y tupidos ramajes de las arboledas.

Era uno de esos días tropicales en que siente el infeliz campesino, doblado sobre el arado, derretírsele los sesos en el cerebro, y arderle la sangre en las venas y doblegársele el cansado cuerpo y el alma enervada, llena de flojedad invencible, y en que las gallinas, con alas y pico medio abiertos y fatigosa respiración, bus-

can con ansia el abrigo de la sombra y la frescura reparadora del agua.

Veíanse las plantas inclinarse languideciendo sobre sus tallos resecos, la tierra cuarteada y llena de grietas, y á los animales pacer, jadeantes, las yerbas impregnadas de polvo. Los sabaneros volaban sin ruido; y sobre el fondo azul pálido del cielo se destacaba tan sólo alguna nubecilla blanca, fugitiva, vaporosa, ó la silueta de un aura con las alas en cruz, ó agitándolas un instante blandamente para volver á quedar inmóvil en seguida, como un punto negro en la atmósfera pesada, asfixiante.

La blanca carretera que se extendía desde el pueblo de los Pinares hasta el de Cedrito, llena de baches y limitada á un lado y otro por floridos y rojos flamboyanes y empalizadas de toscas puertas que daban acceso á las fincas, reverberaba en aquel deslumbrador y ardiente día, y estaba casi desierta en el momento en que el hilo de esta historia se reanuda.

Un solo jinete, en efecto, veíase avanzar, desafiando los rigores de aquel sol despiadado que quebraba sus rayos de fuego sobre las piedras abrasadas de la carretera. Verdad que algo le protegían contra aquéllos las copas de los árboles; pero no era gran cosa su sombra ni grande obstáculo para aquella mirada radiosa que venía de arriba, y se colaba por todas las rendijas de las citadas copas, y parecía atravesar hasta las ramas

de éstas, según era el calor que hasta á su misma sombra se sentía.

No parecía, con todo, grandemente preocupado con aquel incendio solar el jinete consabido, pues dejando sueltas las bridas del no muy gordo ni lucido *arrenquín* que lo llevaba, parecía, más que en otra cosa, estar ocupado en sus revueltos pensamientos, cuyo desorden y ardor se pintaban en sus ojos montaraces.

Iba con la cabeza un tanto caída, bien que no tanto que ocultase el rostro; y aquella cabeza, poblada de un cabello áspero y fuerte, no tenía trazas de haber sentido en largo tiempo hundirse el peine entre sus espesos y selváticos mechones. Los cuales caían por delante sobre una frente deprimida y morena, de cuyo medio y en línea recta partía una ardiente y atormentada nariz, de abiertas ventanillas. Debajo de la nariz la boca, según es regla general hallarla; pero no tan general era la forma de aquélla, que tenía entonces medio contraídos los gruesos y sensuales labios, guardadores de una dentadura no mala, pero tampoco cuidada con esmero.

El conjunto de aquella fisonomía — que no hubiera llegado á ser del todo fea con otro aire más suave y benigno — no revelaba unos instintos muy mansos, y menos si se observaba atentamente su expresión sombría; y la de la mirada, suspicaz y recelosa, acusaba un alma siempre en guardia y en actitud hostil, acaso por índole,

acaso por haber caído ya más de una vez, dolorosamente, en las arteras emboscadas de la vida.

El resto del cuerpo representaba el de un mocetón fuerte y membrudo, y correspondía á la parte superior en rusticidad y desaliño. Estaba cubierto por una guayabera de rayas y unos pantalones de holanda cruda que, al sentarse el desconocido encima del caballo, se habían alzado un poco dejando ver, á más de los zapatones de cuero que cubrían los pies de aquél, el principio de una pierna morena, *no nada limpia*, como la de D. Quijote al despojarse de las medias en su habitación del palacio de los Sres. duques...

Seguía avanzando el mozo, sumido siempre en sus reflexiones, y avanzaba por un lugar ya conocido, por no ser otro que aquel en que se desarrolla la primera parte de esta historia. Conforme adelantaba en su camino iba alzando la desnuda cabeza, bañada en sudor. (El sombrero había perdido impensada y casualmente en la senda, y aun casi no lo había notado.) Cuando acabó de alzar la testa, clavó la mirada en uno de los bohíos que de cerca se distinguían, y que era ni más ni menos que el de nuestro D. Isidro González, quien en aquellos momentos históricos aguijoneaba heroicamente los fatigados bueyes del arado, en medio de su finca.

El jinete se encaminó á la casita de la pequeña hacienda, con súbita resolución. Cuando

le restaba ya poco para pasar junto á la misma, tomó las riendas que tenía abandonadas, arreó su cabalgadura y, con rostro en que se pintaba una viva y extraña agitación, acertó á ver á dos mujeres — que no eran otras que Tera y su madre — de pie en el portalito.

— Buenas — dijo al llegar frente á donde se encontraban aquéllas.

Y su voz pareció que temblaba ligeramente al articular esta sencilla palabra, aunque en realidad no pareciera existir el más leve motivo para semejante temblor.

— Muy buenas — contestáronle, Dª. Rosa cordialmente, Tera con alguna reserva. — Pero, al ver que detenía el caballo, y lo acalorado que estaba, le ofrecieron amablemente café, según tradicional y hospitalaria costumbre del campo.

— Grasias — contestó él torpemente, rehusando. — Y se quedó un instante inmóvil, como si le costase esfuerzo, de cortado que parecía hallarse, sacar las palabras de la boca.

— Dígame — dijo á Dª. Rosa al cabo de unos segundos, durante el transcurso de los cuales lo contemplaba Tera, con sus grandes ojos llenos de curiosidad — dígame, *paisana*, ¿me podría desir, y dispense, pa hasia qué punto podrá caer el sitio de Ángel Peres?

— Dende aquí lo pue bel — contestó Dª. Rosa. — Mire, tire por ahí alante, que en pasando tres más, aquel que se be ayí es.

Mientras hablaba la guajira, en lo que menos parecía él ocuparse era en oir, á juzgar por el aire de involuntaria distracción que tenía, observando de reojo á Tera.

— Baya, pues grasias — dijo por fin, volviendo de su abstracción — y que sea con salú.

Y, picando su cabalgadura, siguió delargo.

Quedósele mirando Dª. Rosa mientras pudo alcanzarlo con la vista, y llamando á su imaginación recuerdos y reminiscencias, con el empeño de acertar en qué fisonomía había notado ella algunos rasgos parecidos á los de aquella otra. De que había visto una cara semejante no le quedaba duda, ni tampoco de que había sido allí mismo, en la *sitiería*, en el reducido círculo en que giraban sus conocimientos.

Pero aquel semblante era nuevo por allí; y de esto mismo nacía para la gruesa matrona una confusión é incertidumbre que la dejaron por unos instantes pensativa.

— Mama — díjole de pronto Tera, que estaba á su lado — ¡qué hombre más raro! ¡qué modo más extraño de mirar, alabao sea Dios!

— Sí, es raro — repitió la madre. — Y, al decirlo, no se refería quizá precisamente al hombre, sino á las circunstancias y maneras que en él había observado.

Entraron en la casa, á donde las llamaban quehaceres y ocupaciones de la misma, y de la cual

habían salido sólo un momento, por curiosidad y distracción, al ver acercarse á un caminante. No se volvió á hablar de aquel incidente pasajero, y Tera olvidó bien pronto la desabrida cara y los ardientes ojos del desconocido, para acordarse de otros ojos más tiernos, y del rostro risueño y agradable de su afortunado novio. Pero Dª. Rosa, sin saber por qué, sin quererlo ni de ello darse cuenta casi, volvió á pensar más de una vez durante aquel día en la inesperada aparición.

¿En dónde había visto ella algo de aquella carota? — se preguntaba. — Y luego : ¿á que venía el cortarse de aquel hombre al preguntar unas simples señas, aquel mirar cobarde y como huído, y sobre todo aquel preguntar *por gusto*, pues que ni se había enterado á derechas el empecatado mocetón de la respuesta recibida?

Pero más que todo esto y que otra cosa alguna preocupó á Dª. Rosa, el día aquel y aun parte del siguiente, el paradero á que el desconocido se había encaminado, por el recuerdo que le traía de la historia antigua y ya casi olvidada que había tenido por teatro de su desarrollo aquel mismo sitio.

Sin explicárselo bien, sintió por algunas horas una inquietud vaga, y se le figuró y «le dió el corazón» por un momento que aquel hombre de marras, nuevo allí, y que ni del país siquiera parecía, había tenido algo que ver en la indicada historia.

El jinete, que con su presencia tales cavilaciones provocara, había llegado al sitio que buscaba, pocos minutos después de separarse de las dos mujeres. Empujó la tranquera, entró, volvió á cerrarla con el pie sin apearse del penco, todo como quien ya conoce el terreno que pisa, y después de haber andado algunos pasos más se halló bajo el tinglado de la vivienda.

Estaba desierto el interior de ésta, que era en un todo semejante á la de que se ha dado un rápido croquis en el primer capítulo, y se hallaba compuesta de idénticos departamentos y accesorios. El aun desconocido jinete apeóse por fin del caballo, y después de amarrarlo fuera, entró en la casa, con aires de habitar en ella, á juzgar por la desembarazada familiaridad con que lo hizo.

Allí habitaba, en efecto, desde varios días atrás, sin que de ello se hubiese enterado casi persona alguna, ni hacía falta. Había llegado de improviso é instaládose en aquel bohío, que no era otro sino aquel en el cual se habían desarrollado los ilícitos amores de D. Francisco Torres. Al partir inopinadamente el que hasta entonces había

sido el dueño, huyendo, según él pensaba, de su deshonra y vergüenza, dejó hecho cargo del *sitio* á un sobrino suyo, más joven que él en muchos años y, después de su propia mujer, el más cercano pariente que en Cuba tenía.

— Yo estoy ya viejo — se había dicho — y achacoso y enfermo siempre. ¿ Para qué quiero esto, que casi no me da nada y puede darle más á éste, que puede trabajar mejor y á quien le hace más falta?

Y como, de otra parte, era su firme intención que nadie tuviera por allí noticias de su paradero, y, aunque bueno y formal, á su pariente podía desatársele la lengua un día, como á cualquiera otro, y correr la noticia, y llegar á oídos del galán y éste quizás hasta á comunicarse con la dama, lo que hizo fué vender sigilosamente aquello poquísimo que le fué posible, y desapareció, como se sabe, tan de súbito cual un relámpago tras de los negros nubarrones de un cielo de tormenta.

El bueno del pariente quedó en la creencia de que iba el otro á la capital con el fin de ver si se curaba; y de que volvería, según le había afirmado. Así, pues, tomó posesión de la hacienda y se dedicó á cultivarla durante la ausencia del tío; el cual, no obstante, iba tardando demasiado en volver, sin que el sencillo del pariente sospechase nada, hasta que, extrañado por último, y un si es no es alarmado, se decidió á indagar; y lo que sacó en limpio fué que no había habido tales idas

á la capital, ni tales intenciones de vueltas, si no eran de espaldas.

Era honrado Ángel, tanto como falto de malicia y pillería; y al enterarse de esta desaparición, que jamás pudo explicarse á derechas ni á izquierdas, se quedó perplejo. Pero, tras de graves consultas y reflexiones maduras, se opinó por unanimidad que le correspondía en equidad y justicia seguir en posesión del *sitio* mientras no llegase el legítimo dueño del mismo.

Día tras día aguardó, meses pasaron, años transcurrieron, y ni sombra de tío se dibujó en el horizonte, ni rastro de su paradero se distinguió en vereda alguna. En vista de todo esto, hubiérase creído que la finca había quedado suya de por vida.

Pero cuando menos lo aguardaba Ángel Pérez, cuando era lo más presumible que no existiese ya el tío ni quizás heredero de él más cercano, y estaba el buen campesino en plena posesión y disfrute de su hacienda, hete aquí que vió entrarse de rondón cierta mañana á un desconocido de no muy buena catadura, recio de cuerpo y de mirada fiero, el cual, sin darle apenas los buenos días, le preguntó si acaso sabía dónde habitaba por allí « *un tal llamao* Ángel Pérez ».

— Á sus órdenes, pa serbirle — contestó el montuno, parando en la tarea que traía entre manos de enyugar los bueyes para salir al trabajo.

— ¿ Es usté?

— El mismo que biste y calsa, me parese. ¿Deseaba arguna cosa?

— ¡ Pues hombre, me alegro, rayos! ¿Conque eres tú mi primo, el sobrino é mi padre?

Y avanzando hacia el otro, y sin darle tiempo á nada,

— ¡ Dame un abraso entonses, Cristo! No creí yo ¿ pues qué me iba á creer? que te iba á hayar tan pronto.

— ¿Qué? ¡cómo! ¿qué es ésto? ¿quién es usté? — articuló Ángel, aturdido por la noticia, y el abrazo, y lo extraño é inesperado de la ocurrencia.

— ¿ Que quién soy? Pues tu primo, cristiano, ni más ni menos. ¿ Quién boy á ser? — repuso el otro, con el dejo especial de los isleños de Canarias, canto casi más bien que habla, y que tan grandemente se asemeja á veces al de los campesinos de Cuba, que casi se confunden. — Y si quieres que te lo apruebe — prosiguió el recién llegado, — pueo aprobáltelo muy pronto — volviendo á su prístina cejijunta seriedad y sacando del bolsillo una enorme y sucia cartera de cuero.

No especifica la historia si Ángel Pérez sabía leer correctamente; pero deletrear al menos es cierto y está averiguado que sabía; y con tropezones y trabajo, ayuda del recién venido y profundo asombro, pudo enterarse del contenido de algunos papeles que aquél le fué poniendo delante de los ojos.

— ¡ Conque usté es hijo de mi tío Lusio de berdá? — dijo, dejando caer de sus manos el último papel, y contemplando á su hasta entonces ignorado pariente como quien ve visiones.

— Me afiguro que lo soy — contestó éste — y, la berdá, no sé á qué viene too ese mirar y ese asorarse de la cosa. Yo creía que no era na del otro juebes tener primos.

— Pero... pero es que yo no lo sabía hasta ahora, ni siquiera lo había imaginao. ¿ Cómo lo iba á imaginar, hombre? si tu padre — arrestándose á tutearlo, ya que á él lo tuteaban — si tu padre, cuando se separó de mí no tenía hijos, ni señales de tenerlos?

— Pues yo te digo que á los ocho meses de largalse de aquí, asegún me ha referío mi mismo padre, me tubo mi madre : y creo que no me he muerto toabía.

— Ya lo beo, ya lo beo... Pero si tú eres mi primo — agregó Pérez, medio desconfiado todavía, á despecho de su nativa credulidad, y al mismo tiempo curioso en extremo de lo que iba á oir — cuéntame, hombre, cuéntame, qué fué de tío Lusio y de tu madre, y por qué se fueron de aquí sin despedirse de alma bibiente; que no he podido aberiguar toabía na de eso, por más que me he rompío la cabesa pensando. ¡ Te aseguro que tengo unas ganas de saber eso! porque es estraño ¿berdá ? es estraño dejar así á to

dios de media noche ar día: « por aquí, que es más serca », y no golber á bérsele á uno la pluma. Baya, cuenta, cuenta.

Dejó los bueyes sin enyugar junto al tinglado, pensando que bien valía una mañana de trabajo el acontecimiento, y se sentaron los dos primos en no muy cómodos taburetes en el mismo portal, Ángel Pérez enfrente del mocetón.

Allí refirió éste al otro cuanto sabía de la historia de sus padres y de la suya propia, desde la desaparición de aquéllos de Cuba. Pérez lo escuchó sin interrumpirlo más que una sola vez, sin pestañear casi, embebido y absorto en lo que escuchaba.

— Pues pa donde fueron cuando salieron de aquí — comenzó el narrador — fué pa *Islas*...

— ¡ Pa Islas! — exclamó Ángel. — Alabao sea Dios ¿ pero qué iban á buscar ayá, cristiano?

— ¿ Que qué iban á buscar? Tú no te arrecuerdas, entonses, que mi padre era de ayá? Pues lo que iba á buscar, presumo yo, sería el calol de la tierra, y el de la familia, y la salú también cuando menos, que yo, la berdá, no estoy tampoco bien enterao y seguro de lo que fueron á buscar fuera de eso, ni de por qué salieron de aquí tan apuraos, como tú dises, y como si fueran juyéndole á argo.

« ¡ Bueno! Pero el caso es que ayá se largaron, y ayá nasí yo, y me crié ayá, ni sé yo cómo, rayos; porque mi madre disen que se murió en cuanto que yo nasí, y me dejó solito. Ya te digo, yo no sé cómo demonio pude bibil y cresel sin madre ni na; porque lo que es como tener padre, era peor que si no lo tubiera : lo único que me daba eran palos y bofetás por cualisquiera cosa;

y con cariño no recuerdo que me haya echao el ojo nunca ensima.

« Así cresí, mirando na más que enemigos por donde quiera, porque en mi perra bida tuve hasta ahora quien me chiqueara ni me quisiera bien. ¡ Qué rayo ! así es que tube que haser lo mesmo ¿ beldá ? y mas que no fuera malo, malo tenía que golberme á la fuersa de aqueya manera, y tratal como me trataban á mí. Nosotros bibíamos ca el hermano que tenía mi padre ayá en Canarias, tu otro tío, y mío también, que tú sabrás que está argo acomodao. Cuando se le acabó al biejo er dinero que yebó de aquí, fué y lo recogió en su casa ese tío interín encontrara en qué ocuparse. Algo encontró al poco tiempo ; pero como estaba ya biejo y siempre malo, apenas podía haser na ; y el tío, por no bernos en la caye, nos tenía ayí en su casa.

« ¡ Las que pasé, rayos ! ¡ Lo que rabié ayí y lo que sufrí con mi genio ariscoso y el trato que me daba mi padre, que iba hasiéndose peor toabía conforme iba yo cresiendo ! Los demás parientes no me trataban tan mal, y er biejo delante de eyos disimulaba un poco ; pero cuando estaba solo cormigo, ¡ qué geniaso ! ¡ qué palabrotas ! ¡ qué insultarme y pegarme por too lo que yo hasía, por más bueno que paresiera !

« Así estube hasta los catorse años, y entonses me metieron en una bodega que puso mi tío, pa que aprendiera á despachar, sin ganar na, por

supuesto. Iba á las ocho y gorbía pa casa á las ocho é la noche. Almorsaba y comía en la bodega, y lo demás del día pegao atrás der mostrador atendiendo á la marchantería. ¡ Qué bida pa un muchacho, rayos! Cuando gorbía de güerta, caía como un tronco en er catre hasta el otro día; sin tener distralsiones, ni amigos, ni na. Ca día se me iba poniendo más enseriá la cara y más negra el arma. Á los cuatro años después empesó el tío á darme argo, aunque mi padre, que ya estaba bastante mal por sierto, no estaba confolme, porque decía él que bastante que hasía su hermano con tenernos en su casa de sánganos. Pero el tío, que no es malo, parese que me cogió un poco é lástima, y me daba tres duros ar mes, que yo guardaba casi enteritos, y que luego dispués me sirbieron pa venir pa acá. Yo tenía ya serca é beinte años, y mi padre en eso cayó en cama y se puso más malo ca vez, y toos dijeron que no se lebantaba. Iba pa atrás y pa atrás ca día, y hasta yo mismo yegué á comprender que se iba. Dejé de ir á la bodega, con permiso de mi tío, y me quedaba en el cuarto pa cuidarlo, polque, aunque nunca le pude tener cariño, era mi padre al fin y al cabo, y yo debía ocuparme de él... »

Paró un instante el narrador para tomar aliento, y prosiguió su relación después de un corto instante :

« — ¡ Baya! pa no cansarte : lo estubimos cuidando como cosa é un mes, y él, ya te digo, pa

atrás y pa atrás sin querer mejoral. Er médico desía que era casi too obra de la edá y las penas. Un día que estaba yo con él en el cuarto, fué y me dijo que aserrara la puerta y me asercara bien á la cama, y aluego que lo hise así, me dijo, díseme :

« — Yo me boy á moril, pero antes de marcharme quiero desirte una cosa.

« Yo no le contesté ni palabra, porque estaba ya tan acostumbrao á que se pusiera furioso con mis contestas, que no me atrebía á hablarle.

« Él agüeitó á ber si yo le desía algo, y como no oyó na, rompió á hablarme otra güerta :

« — Dispués que yo haiga dao er sapataso te bas de aquí ¿ oyes ?

« — Oigo — dígole yo, porque no me quedaba otro remedio. Pero no comprendía por qué me decía aquello y por qué quería que yo me fuera.

« Dise : — Te bas de aquí de Islas, y con lo que te boy á dar ahora mismito, te largas pa Cuba ¿ comprendes ? y te coges un sitio que tengo yo ayá, si es que no quieres seguir aquí en la tienda trabajando como un burro que eres, sin ganar apenas na.

« Me quedé asorao de ber á mi padre tan bueno cormigo á úrtima hora. ¡ Él, que nunca me había hablao bien, hablarme de aqueya manera, y con aquel tono tan manso ! ¡ Bamos, aqueyo era un puro milagro ! Yo estaba too confundío y

sin saber lo que me pasaba, pero él no lo notó y ba y sigue disiéndome :

« — ¡ Baya! ¿ quieres, ó no quieres?

« Más estraño toabía era aquel interés que me descubría el biejo, y más estraña aqueya salía suya der sitio en Cuba, que nunca me había hablao de él ni nunca se había ocupao pa na de mí. Así es que yo tenía la cabesa ensendía pensando en too esto cuando me preguntó lo que te he repetío, pero apenas lo oí le contesté muy apurao, no se fuera á incomodar :

« — Sí, sí, ¿ pues no?

« Entonses dise : — Mira, alcánsame acá aqueya guayabera que está colgaa ayí.

« Fuí y le traje lo que desía, que era una guayabera bieja y susia que tenía en un rincón ya hasía no sé cuánto tiempo.

« — Saca lo que haiga en las faltriqueras.

« Registro, y me encuentro en un bolsillo medio escondío un royo é papeles, que es este que te he enseñao.

« — Ese royo — dise mi padre — te lo gualdas, que con esos papeles pues ir y cogerte el sitio cuando te dé la gana.

« Entonses tocaron á la puerta, y yo guardé el royo, corgué en su rincón otra güerta la guayabera, y le dije al biejo : — Está bien. — Aluego abrí, y ya no pudimos seguir hablando más del asunto. Pero de toos modos no hubiéramos podío, polque mi padre, paese que con la fuersa que ha-

bía hecho pa desirme lo que te he contao, había quedao medio muerto. Afigúrate. Ya no gorbió á hablar más, perdió la conosensia al cabo er rato, y como á pocos días dispués se murió. »

Hizo una pausa.

— ¡ Pobre tío Lusio ! — exclamó Ángel, enternecido sinceramente — ¡ pobre ! — Y lanzó un suspiro.

Nada contestó el isleño al suspiro ni á la exclamación ; reinó un momento de silencio, y luego, prosiguió diciendo el primo á Ángel :

« — Pues ya estás enterao de lo que fué de mi padre. Dispués que él murió, fuí y le dije á mi tío á los pocos días lo que me había dicho, y también se estrañó algo de aquer cariño del biejo á la hora er cuajo y de que no hubiera dicho nunca na de aquel sitio. Pero se conbensió cuando bió toos los papeles, y pensó que al fin era natural que se lo dejara á su hijo, y me aconsejó que me viniera pa acá.

« Él había estao ya aquí en Cuba también, como tú debes de saber, y me dijo por dónde había que tomar y too pa benil. Me dió algún dinero más, y con ese y el que yo tenía ya guardao me embarqué á las pocas semanas, á la buena de Dios. Y la berdá, la berdá es que parese que Dios mismito me hubiera traío de la mano hasta encontrarte, porque sin saber ni pisca del país, apenas he tenío tropieso denguno y casi casi uno de

los primeros que topo, me encuentro que es mi pariente. »

— De lo que me alegro, por mi madre — dijo muy cordialmente Ángel Pérez, ya convencido del todo.

— ¿ Me darás ahora la mano como á primo? — preguntó el otro.

— ¡ Baya, hombre! ¡ y hasta un abraso!

Y, habiéndose puesto en pie mientras estas últimas palabras decían, se abrazaron, en efecto, estrechamente, los dos hasta una hora antes desconocidos primos.

De corazón alegrábase, en efecto, Ángel Pérez de haber encontrado por fin un pariente suyo y haber tenido noticias de los demás, siquiera fuesen tristes tales noticias por lo de la muerte — por otra parte ya esperada — de D. Lucio, su tío, y la de su mujer. La tranquila posesión del *sitio*, que seguramente iba á perder, no enturbiaba tanto como podría suponerse su contento, en primer lugar, porque pensaba que, siendo solo el primo, é inepto en las faenas agrícolas y campesinas, tendría necesidad de su ayuda; y luego, porque abrigaba él sus razones para creer de antemano que aquella pacífica vida era probable que no durase mucho, y estaba, por lo tanto, preparado á un cambio.

Desde luego pensó que á su recién llegado pariente correspondía lo que hasta entonces había sido suyo, y así se lo dijo; pero el último, que traía, según parece, la misma idea de comunismo que Pérez había esbozado en seguida en su ingenuo pensamiento, se la expuso á éste pronto y sin rodeos, como respuesta. Es una verdad que

bien puede ocupar un puesto entre las legendarias y de todos sabidas de Pero Grullo, que para entenderse bien dos personas no hay como estar de acuerdo una con la otra, ó, en otras palabras, que para estar de acuerdo sobre un punto dado, no hay como tener la misma idea sobre ese mismo punto. Y éste era, justamente, el caso. Así fué que de un modo rápido, sin discusiones ni disgustos, se resolvió el problema de la posesión de la propiedad.

Y fué de modo que quedaron satisfechas ambas partes. Se acordó que Ángel Pérez seguiría cultivando los sembrados y habitando en el bohío, y su primo participando en la habitación del último y aprendiendo y ayudando á cultivar aquéllos. Cabalmente, la choza había sido hecha para dos personas, D. Lucio y su mujer; y el bueno de Ángel, que había por tanto tiempo estado suspirando por saber de sus desaparecidos parientes, pudo al fin saber de ellos, trabajar sin escrúpulos ni temores y tener junto á sí á un primo suyo — siquiera no sospechase el día anterior ni aún su existencia — sin estorbarle éste en nada y antes sirviéndole de compañía en su soledad.

Las razones que pudieran haber inducido al padre á confiar la noticia de la existencia de su propiedad y hacer donación de ésta al hijo, á pesar del despego — casi rayano del odio — que hasta su muerte le había mostrado, se las expli-

caba fácilmente el buen Ángel diciéndose que, al fin y al cabo, la sangre siempre habla, y que si no se lo hubiese dicho al morir, de todas maneras podía después el heredero haber hallado los papeles, y que, por último, aunque no le tuviera á éste el primero inclinación alguna (cosa atroz y maravillosa para el honrado campesino) era su hijo y á nadie mejor podía dejar lo suyo.

Si tuvo en realidad el donante algún otro objeto *in mente* no es fácil adivinarlo, ni tampoco si pudo haber previsto que podían resultar complicaciones y hasta catástrofes acaso, ni si quiso, en fin, provocarlas perversamente para vengarse, si algo de que vengarse tenía. Pero es mejor y más caritativo, y menos repugnante al pensamiento, dar por hecho que no fueron motivos tan viles los que le indujeron á dar aquel paso, tan importante á despecho de su aparente sencillez.

En los días que se siguieron nada ocurrió en la apariencia de notable y desusado, por más que, en lo relativo al proyectado levantamiento, se trabajase con actividad y ahinco, y ya casi sin ocultarse de nadie. No todos estaban impuestos de las interioridades de lo que se hacía, ni era preciso que todos estuviesen enterados de antemano; pero existía la absoluta seguridad de que ninguno había de retroceder ni vacilar una vez llegada la hora. La expectación era inmensa, según la guerra avanzaba como desbordado torrente.

Las consabidas reuniones nocturnas en casa de D. Isidro González fueron engrosando poco á poco, y poco á poco también las antiguas conversaciones sobre las faenas agrícolas dando paso á otras más belicosas.

Los relatos de los sucesos de los pasados tiempos de guerra eran sustituídos frecuentemente por comentarios sobre los actuales acontecimientos y profecías y suposiciones sobre los que aún estaban por ocurrir. Ya eran á veces verdaderas tertulias las que se formaban en el portalito del

sitiero en las primeras horas de la noche, y á ellas concurrían los guajiros más respetados por su influencia ó por sus canas.

Y aquellas reuniones, que al principio tenían el carácter de simples visitas é inocente pasatiempo, fueron paulatina é insensiblemente transformándose, de tal modo, que casi llegaron á constituir, los que las formaban, un *Club revolucionario rural*, digámoslo así, con la singular circunstancia de no ser secreto. Hablábase en dicho *Club*, ó dígase tertulias, de la agitación que por todas partes cundía, de las noticias que al campo llegaban, de los movimientos de los jefes cubanos y españoles, todo esto sin misterios ni recatos, en medio de la hermosura y esplendidez de la campiña, y unas veces casi entre tinieblas, otras bajo el mirar, siempre impregnado de melancólica paz, del astro de la noche.

D. Isidro González era como el Pontífice tácitamente elegido por aquel rústico Cónclave, y cuando iba *al pueblo* solía traer noticiones que probaban que el incendio, aunque un poco lejano todavía, se iba propagando con rapidez inusitada. Algunas veces venía también aquél con un periódico cubano de los publicados en los Estados Unidos é introducidos sigilosamente en la Isla — pues comenzaba ya á ser peligrosa, ó al menos sospechosa, su lectura.

González conseguía en ocasiones algún número más ó menos atrasado, secretamente, de algún

amigo, y luego lo leía en voz alta á instancias de sus contertulios — pues, como se sabe, era uno de los privilegiados que sabían leer de corrido. Era entonces de ver el júbilo conque se escuchaban los enérgicos artículos que el periódico contenía, y que eran como otros tantos toques de clarín que resonaban en lo más hondo de aquellos pechos encendidos de entusiasmo.

La voz emocionada del que leía, resonando en medio de la noche, alta, grave, casi solemne y solo acompañada por los leves é imperceptibles susurros del campo, el temblor de las ramas de los árboles y el continuo chillar de los grillos escondidos entre los yerbajos, semejaba la voz del Porvenir, el cual se presentaba á las imaginaciones en aquellas horas llenas de tranquila majestad. Parecíales ya ver flotar por encima de los cocales la bandera soñada de la estrella sola, y que de detrás de cada árbol surgía un soldado de Cuba, jinete en brioso caballo, airoso y vengador. La brisa era como la mano de la Patria, que traía misteriosas promesas y sueños ignotos de libertad y gloria á las enardecidas frentes...

Demás está decir que uno de los más asiduos concurrentes era el grandote y bonachón de D. Francisco Torres. También iba su hijo; pero éste, aunque no menos entusiasta que los demás, ni menos patriota, solía á ratos apartarse del grupo principal, cuando la conversación no estaba muy ardiente, en compañía de

su íntimo Juanillo, y, más comúnmente, irse á reunir con Tera, la que no dejaba de buscar tampoco la ocasión, casi inconscientemente. Los demás dejábanlos, y Juanillo poníase á departir en estos casos con el resto, ó un rato cariñosamente con su buenísima madre Dª. Rosa; la cual, no muy satisfecha ni tranquila, aunque sin querer demostrarlo, con el giro que iban tomando las cosas, estaba casi siempre haciendo algo, por lo general tejiendo ó preparando el café que á todos los visitantes se les ofrecía. Y los dos novios, convencidos de que nadie paraba mientes en ellos, entregábanse candorosamente y con toda la fuerza del amor primero al gozo indecible de estar muy cerca uno del otro, de hablarse, de sentir cada uno el aliento del otro sobre sus mejillas. Y aun á veces se rozaban sus manos, y al rozarse solían estremecerse y estremecer el cuerpo á que respectivamente pertenecían, enrojeciendo de vergüenza y placer los rostros que de aquellos cuerpos formaban parte...

Pero tales ratos de felicidad no duraban mucho, por el temor de llamar la atención, ó porque se acercaba algún importuno aguafiestas, ó por uno de tantísimos motivos como siempre existen para que se interrumpa la dicha más pura y completa. — La conversación se hacía general, luego de concluída la lectura del periódico, cuando lo había. ¡Y qué conversaciones aquellas! ¡Qué impaciencia y deseo en todos los pechos,

qué agitación reflejada en todos los ojos, qué resumen más ardoroso y desordenado, en las palabras, de aquellas impaciencias y agitaciones y deseos! D. Isidro sonreía con satisfacción, sin dejar de estar tan entusiasmado como el resto, y la noche se pasaba como un soplo en aquella asamblea de patriotas reunida al aire libre de los campos... por desgracia no libres todavía.

Todo el mundo se hallaba enterado de estas reuniones que nada de clandestino tenían; pero no estaba al cabo todo el mundo — aunque sí ya bastante gente — de que no era el de mover la lengua el único trabajo de los que formaban dichas reuniones ó tertulias. Otros más pesados y trascendentales se habían echado sobre los hombros, y los llevaban con gusto y sin fatiga; que el placer con que un trabajo se ejecuta puede tal vez hacer pasadera y hasta nula la fatiga que el mismo proporciona.

Los viajes de D. Isidro menudeaban, y de cada uno de estos viajes traía en los henchidos serones, no sólo papeles como solía, sino algo más y de mayor consistencia que después ocultaba ó repartía con precaución y clandestinamente, por el día, entre los amigos que frecuentaban las célebres tertulias. Eran nada menos que armas de fuego, municiones para cargarlas y todo lo demás correspondiente; objetos que en tales lugares de trabajo como aquellos hubiera extrañado sobremanera encontrar. También y es-

to sí que ya pudieron verlo todos — los machetes de los que los tenían viejos, con dientes ó herrumbrosos fueron sustituídos como por encanto por otros resistentes, flamantes, nuevecitos; y el bravo González y sus secuaces, por distintos conductos, proseguían sin descanso metiendo en el horno paletadas de carbón y leña.

Otras cosas más traía también aquél, además de las indicadas, y que habrían de aparecer á su tiempo, entre otras una bandera que, á haberle sido hallada al sitiero por un agente del Gobierno, le hubiera costado, aun en aquellos tiempos que eran todavía de relativa tolerancia, la libertad, y, algunos meses más tarde, quizá la vida.

Á nadie dijo una sola palabra de esta bandera, con el deseo de dar una sorpresa agradable á todos cuando llegara el instante, que él sentía que á más andar se iba acercando, de desplegarla á los cuatro vientos; y siguió así almacenando objetos útiles, sin dejar por eso de ocuparse en sus siembras y su familia. Porque era González hombre que podía tener varios asuntos entre manos, sin perder la cabeza que á todos aquellos presidía.

Quedó tres capítulos atrás el selvático y raro primo de Ángel Pérez entrando en la casucha que á uno y otro servía de morada, después de haberse apeado de su cabalgadura y dejado á ésta *instalada* en el exterior de aquélla. Llegaba el hombre muy serio, pensativo y como algo tristón tras de su brevísima entrevista con Dª. Rosa y Tera al pasar por el bohío de la familia González; y, con el mismo preocupado rostro que por el camino traía, penetró en la vivienda.

Luego que entró, fuese en derechura á su cuarto; y como hombre cansado, bien por el ejercicio del cuerpo ó por el andar apresurado y sin sosiego de la mente, se dejó caer en una hamaca que de dos clavos estaba colgada en uno de los ángulos de la habitación. Allí quedó buen espacio de tiempo, moviéndose agitadamente unas veces, otras permaneciendo inmóvil mientras murmuraba frases entrecortadas y sin sentido aparente, y humedeciendo durante todo el tiempo el pedazo de hamaca en que tenía apoyada la cabeza, con el sutil sudor que de ésta le manaba.

Hallábase Ángel, su primo y ya amigo íntimo, trabajando afuera entretanto, y trabajando estuvo, como de costumbre, hasta eso de las seis, hora en que fueron comenzando las primeras tinieblas del crepúsculo á invadir la tierra y los cielos á mancharse de ocre y rojo y á retirarse al descanso aves y bestias. Entonces volvió aquél á la choza, cantando de gozo aunque rendido de cansancio, y encontró á su compañero en la posición descrita, y tan abstraído, que ni aun notó que hubiera cerca de él un ser humano.

— ¿Qué es éso? — dijo algo brutalmente Pérez, sacudiéndolo — ¡qué! ¿estás durmiendo?

Como si, en efecto, saliese de un pesado sueño, incorporóse el otro, lo miró con ojos de expresión *múltiple*, por decirlo así, y entre suspirando, y bostezando, dijo :

— Sí, pa dormir estamos ahora.

— ¿Qué te pasa, hombre? ¿Por qué me dises éso en ese tono? — preguntó Pérez, sorprendido á medias.

— Motibos tengo pa eyo, Ángel, y bastantes, me parese. ¡Ojalá no los tubiera, Cristo!

Y dijo esto con voz que denunciaba un oculto dolor.

— Bamos, hombre, dime — dijo á su vez Ángel Pérez con acento amistoso y aún de cariño — ¿te pasa argo de beras? Cuéntamelo, cristiano, cúentamelo, que así te pesará menos en el arma... ¿Será — añadió tras de un momento —

será acaso por esa chiquiya que bistes hase días aquí abajo, según me dijistes, en el sitio é D. Manuel Gonsales?

— ¿Y por quién iba á ser, rayos, por quién iba á ser? ¡Ojalá no hubiese benío nunca!

— ¡Ah, probe, probe Joaquín! — exclamó Ángel — ¿pa qué piensas más en eya? la gorbiste á ber de seguro ¿no? Ya sé, ya sé que pa eso na más es pa lo que te pasas á beses toíto el santo día de aquí pa ayá y de ayá pa acá sin querer ya ni belme trabajal siquiera, como habíamos conbenío. Y eso nos ta bien, no, nos tá bien, eso no te conbiene... Mira — agregó — me lo bas á contal too después de comer, que así quisás se te alibie un poco la cosa. Déjame ir á asearme un poco y á la cosina en un sarto á calentar lo que tenía apreparao, y luego me lo contarás¿ quieres? porque yo tengo una hambre del demontre, y ya es hora.

— Bueno — dijo Joaquín con indiferencia; — pa las ganas que yo tengo...

Mientras él hablaba, salió Ángel, el cual era su propio cocinero y el de Joaquín generalmente, pues éste, absorto en sus pensamientos, en nada se ocupaba.

El primero encendió una vela — era casi noche cerrada ya, — fué al chiribitil que hacía de cocina, después de haberse lavado en su propio cuarto, calentó, como había dicho, las viandas que tenía preparadas y llamó á Joaquín cuando

concluyó de hacer todas estas cosas. Joaquín fué, no sin dificultad para levantarse de la hamaca, y cenaron juntos, ó, más bien, comió Pérez, que lo que es Joaquín maldito si probó bocado del tasajo brujo ni del arroz ó los buniatos. Pérez comió por los dos; el trabajo le había *abierto* el apetito.

Esto último, sin embargo, no le impedía de sentir compasión hacia su enamorado primo, ni de expresarlo de vez en vez con exclamaciones y consejos sueltos, entre bocado y bocado:

— ¡Que no te conbiene te digo, compadre! Eso no te conbiene. — ¡Baya con el hombre! — ¡Pero cristiano, á quién se le ocurre!...

Joaquín callaba. Sólo habló cuando ya estuvieron para alzarse de la mesa.

— ¿Tú no sabes que esa es tu perdición, hombre? — le acababa de decir Ángel.

— Desmasiao lo sé, desmasiao — respondió el otro levantándose...

Pérez se levantó también. Los dos se pusieron á fregar los platos en que habían comido y los jarros en que habían bebido, Ángel activa, Joaquín perezosamente. Éste hablaba al fin, mientras tanto.

— Desmasiao que lo sé, pero ¿qué rayos boy á hasel? Ya no pueo dejar de berla, no pueo porque me muero, Ángel. Tú no lo creerás, claro, tú no lo sientes, pero yo, sí: me muero...

Pronto concluyeron. Arrojaron fuera el agua sucia que había quedado en la jofaina de hoja de

lata que hacía las veces de lavadero; pusieron cada cosa en su lugar, y Ángel, vela en mano, delante, el otro siguiéndole, pasaron al cuarto donde estaba la hamaca, y Joaquín antes de venir Pérez del trabajo. Éste trajo la suya de su estancia, dejó la vela sobre un taburete, y sacando dos tabacos ofreció uno al primo y encendió el otro.

Quedó el primo sentado sobre su hamaca fumando un rato, sin decir palabra. Ángel en la suya tendido, un brazo bajo la testa, se mecía y también callaba, y fumaba también mirando á Joaquín. Éste miraba el humo subir al techo de pencas de guano secas y oscuras.

Al cabo rompió á hablar de pronto el isleño, como si lo hiciera estando sólo, y por necesidad de echar fuera del pecho algo de la carga que lo tenía jadeante y lleno de angustia.

—Me acuerdo—pronunció, reclinándose sobre uno de los costados de la hamaca, la mano derecha puesta en el costado opuesto de la misma, la izquierda oscilando libremente— me acuerdo: la primera bes que la agüeité fué ayí mismo, en su mismita casa. La bide dende afuera, que estaba haciendo qué sé yo qué adentro; y te aseguro— añadió medio incorporándose, con los ojos como dos brasas y lanzando un terno formidable — que no sé lo que me pasó por toíto el cuerpo y por toa el alma... Me quedé alelao, bobo, bamos, no sabía ni dónde estaba, ni lo que me pasaba, ni na;

me quedé mirándola, mirándola, y dispués... me acuerdo también como si me estuviera pasando otra güerta — y se pasó la mano por la morena frente nublada — de pronto fué y me miró, y entonses, mía, compadre, ¿ sabes lo que hise?

— ¿ Qué cosa? — interrogó el otro, fluctuando entre la curiosidad y la admiración.

— Pues bajé los ojos en seguidita, como si hubiera cometío argo de malo. ¡ Mía tú, yo bajar los ojos por una chiquiya como esa! Tu me conoses ya argo ¿ no ? ¡ bueno ! pues los bajé, pa que lo sepas de una bes; y aluego, arreo la jaca y ¡ pa alante ! Pero no sé, no sé qué era lo que se me quedaba ayá atrás junto con eya, y me iba poniendo triste, triste, aunque yo no quería, porqué desía yo entre mí : — ¿ Qué es esto, rayos ? ¿ qué es lo que tengo, Cristo? — Y ¿ sabes tú lo que yo creo que era, que me ponía así? ¡ Aquer modo de mirarme eya cuando se fijó en mí, tan frío, con tan poco caso ! ¿ tú has visto qué bobería? ¡ como si tubiera yo que ber argo con eya ! ¡ como si se me importara á mi argún higo de que eya me mirara así ó asao ! Pero no, que no podía yo soltar aquer maldito pensal en aqueyos ojos dende que los bide, ni en aqueya carita paresía á la de una Santa que he visto yo ayá en Islas; y lo más que me hase rabiar, y lo que me pone frito y me trae loco es que se me afigura que esos ojos, y esa carita, y toa esa grasia que tiene, que too eso no es pa mí, no puede sel pa

mí. ¡ Ah, rayos! — concluyó con grande agitación — y créeme, créeme que sería capás de cualisquier cosa porque lo fuera!...

Al mismo tiempo, se había vuelto á incorporar completamente en el calor del penoso relato.

Admirado estaba el otro de oir y ver aquel amor tan fiero, tan impetuoso, tan repentino que súbitamente había brotado en el corazón de Joaquín, como una rosa en medio de árido arenal, sembrado sólo de conchas y guijarros. Mirándole se quedó, sin acertar á dar forma á los confusos pensamientos que le venían al cerebro, y su interlocutor también quedó callado unos instantes, baja la frente, las manos cruzadas entre ambas piernas, mientras le atravesaban el pecho y la cabeza *rápidos* de emociones y de ideas, más violentos y atropellados tal vez que los de la gran catarata americana...

Después, alzando la vista y como volviendo á tomar el hilo de su discurso, prosiguió, sin que le interrumpiera el otro :

— Dende aquel día, no sé qué fué lo que me cambió too : pienso diferente, hablo diferente, digo tonterías, siento cargao el pecho como si me pesara ayá dentro er miral de la muchacha, y no me ocupo de más na, ni me importa ya na que no sea eya, y me condenaría si á mano viene, sí, me condenaría, porque me mirara bien ó me hablara con cariño...

Nueva pausa, pesada y angustiosa.

— Pues mira — dijo por fin el que escuchaba, saliendo del pozo de su admiración absorta — pues mira, no te hagas ilusiones, y más bale que no te acuerdes más del asunto...

— ¿Que no me acuerde? — interrumpió Joaquín impetuosamente — ¡ que no me acuerde yo de ella! ¿Y te afigurarás tú que no hago too lo posible? ¿ y te creerás acaso que no quisiera poder arrancármela de aquí dentro — señalando el pechote ancho y robusto — y partilme la lengua pa que no la mentara más, y que no me aprieto duro la frente por bel si la saco de ayí á la fuersa? ¡Que no me acuerde dises! y ¿ qué es lo que te crees? ¿ Que no sufro y rabio y me desespero toos los días pa eso, sin fruto denguno? ¡ ojalá que no me acordara!

Se había levantado. Paseábase, al acabar de decir esto, por toda la habitación, agitada y angustiosamente; y en palabras, aspecto y ademanes mostraba aquel hercúleo mozo un dolor tan grande y profundo, tan verdadero, tan desesperado, que hubiera, en realidad, conmovido á las mismas piedras que pisaba en su frenético y desordenado paseo, mucho más al hombre que le observaba, que no era de piedra, ni insensible al padecer humano.

— ¡ Probe Joaquín! — exclamó con honda lástima y voz conmovida — ¡ probe! ¡ si bibiera tu madre y te biera así!

— Si bibiera mi madre — repuso el otro

arrebatadamente, amainando el paso poco á poco hasta venir á quedar parado en frente de su interlocutor, — si mi madre me hubiera bibido no sería yo así, tan bruto, tan desaliñao, tan duro con casi too er mundo, y quisás eya podría querelme; pero así como soy ¿quién me ba á querel? ¿cómo me ba á hasel caso, si no sé desir na más que patochás y alelarme y abochornalme delante de eya? Si mi madre me hubiera criao me habría hecho más tratable, menos bestia... pero cuando uno no ha conosío madre, y cuando su padre lo ha tratao siempre como er mío me trataba á mí, se güerbe uno medio sarbaje, le coge odio á too dios y no sabe ni hablal más que barbaridades y ordinarieses. Por eso he salío yo así.

Tras de otro, muy breve, intervalo de silencio, añadió de pronto:

— Y tú ¿la conoses mucho?

— ¿Yo? ¿que si la conosco? ¡Pues ya lo creo que la conosco! Y por eso, por eso mismo — agregó observándolo con lástima — te aconsejo que no te ocupes de eya, porque sé que no te conbiene.

— ¿Cómo dises? — preguntó Joaquín, curioso del tono como de misterio en que parecía haber pronunciado aquellas palabras el guajiro.

— Porque no te conbiene, chico — repitió éste. — Ya te digo, nunca te haría caso.

— Eso ya lo sé, rayos, no necesitaba que tú

me lo dijeras — exclamó el enamorado con sombrío é indecible dolor. — Soy desmasiao feo y desmasiao estúpido pa que eya me quiera...

— No es por eso — repuso entonces el primero. — Y, bien porque en su cándida ignorancia no sospechase la hondura de la herida que iba á causar, bien porque creyese confusamente que aplicando el hierro, y matando el último vestigio de esperanza, si aún la había, mataría, á la larga ó á la corta, también el amor, que era lo que importaba, agregó:

— No, no es por eso... es... que ella quiere á otro, bamos.

— ¡ Que quiere á otro!.. — repitió como un eco Joaquín.

Pero era aquel un eco que devolvía las palabras en cambiado tono; porque había tal ira, tantos celos, tal tempestad de encontradas pasiones en aquellas cuatro palabras, mezcla extraña de rugido y sollozo, que el pobre Ángel quedó al instante espantado y arrepentido de lo que acababa de decir.

— ¡ Que quiere á otro! ¡ mentira! — repitió aún el infeliz enamorado, como un náufrago que pretende asirse á una cuerda imaginaria y no palpa otra cosa que el vacío, que es como decir que no palpase nada... — ¡ mentira!

Y su pecho, semejante á una fragua encendida, levantándose y cayendo de nuevo, hacía fatigosa su respiración.

— ¡ Ah, rayos ! ¿ por qué me dises eso, si sabes que no es berdá, mentiroso ?

Era deplorable el estado en que se encontraba. Y es que por más desesperada que fuese su pasión había siempre en la negrura pavorosa de aquella desesperanza una luz, debilísima, intermitente, si se quiere, pero luz al cabo, en la creencia de que el objeto amado no amaba á nadie. Pero saber de pronto, y sin haberlo pensado, que ama, es apagar de un soplo la luz, irremediablemente...

La ardiente naturaleza del pobre isleño no podía conocer término medio en sus pasiones desatadas ; y aquélla, nueva, inesperada y de una clase que él no conocía, aquel amor había caído sobre su ser como una bomba que al estallar hubiese iluminado su horizonte y aclarado y apaciguado la atmósfera de tempestad de sus instintos.

— ¿ Pa qué me lo dises ? ¡ baya, contesta ! — tornó á repetir, parándose en seco, y con tales aires, que el infeliz á quien se dirigía no supo qué hacer, ni qué replicar, ni otra cosa que desear con todas las fuerzas de su voluntad que abriera un escotillón bajo sus pies el suelo, por donde pudiera caber su humanidad maltrecha.

... Pero repentinamente prosiguió Joaquín su paseo, sin ocuparse en escuchar la respuesta, que hubiera de todos modos tardado en oir, pues no estaba en tales instantes el otro para contestar preguntas, y menos de aquella naturaleza. Por

fortuna, el desgraciado amante parecía, tras de aquellas palabras, haberse olvidado de él y un loco en verdad, gesticulando con intermitencias y pronunciando en confusa voz ininteligibles frases.

Reuniendo entonces con esfuerzo los escasos alientos que le quedaban, pudo articular, al fin, el sencillo campesino:

—¡Pero no te sofoques asina, Joaquín! ¡no te sofoques, hombre, no es pa tanto! ¡Bamos, no seas bobo! ¡oye, chico, oye y cálmate: yo... no acreía que te ibas á poner así, por eso te lo canté toíto! Pero ¡no bale la pena, compadre! No te ocupes más de eso. Créeme á mí: ¡no bale la pena!

Joaquín no le oía, sin embargo, ni se acordaba quizá de su existencia. Batallaba su alma consigo misma: batallaba muda, sombría, terriblemente, como suele batallar el alma. El dolor la había enloquecido; y el amor desesperado, los celos, el deseo impotente y vago de venganza se atropellaban, rugían en el fondo oscuro de aquella alma, amenazando con romper á su posesor el pecho y la cabeza, en busca de salida.

No obstante, poco á poco, lentamente, pudiera decirse grado á grado, fuese apaciguando, mientras el pobre primo ensayaba frases de súplica y consuelo.

— Mira, dispués de too, me alegro casi que me lo haigas dicho — exclamó el primero súbitamente, dejando al otro parado en medio de la

cadena de consolaciones que estaba eslabonando.

— ¿Yo? — repuso aturdido y sin entender bien — ¿que te lo haiga dicho? ¿pero qué te he dicho yo, chico? ¿qué te he dicho? ¿que ella tenía otro novio? No es que yo lo asegurara ni metiera la mano en la candela, no te bayas á creel; es una afiguración mía ¿comprendes? una afiguración y na más; pero si otro cualisquiera te lo había de desil, que lo diga yo antes ¿berdá?...

— Ya te he dicho que casi me alegro.

— ¿Que te alegras? — repitió Pérez, empezando á entender por completo y mirándolo fijamente sin atreverse á creer aún en la mudanza. — ¡Claro, si no hay motibo en realidá pa otra cosa, hombre!

Y observando atentamente, y viendo que había cambiado en efecto la fisonomía de Joaquín, pasada ya su primera sorpresa, invadióle una grande alegría.

La verdad era que Joaquín estaba algo aplacado, bien que no tanto quizá como pensaba Ángel. Había comprendido aquél bien pronto que nada sacaba con tanto perder los estribos y tomar las cosas por la tremenda. Resolvió al fin tener calma; y, aunque no por completo, lentamente iba consiguiendo en parte su deseo, ayudado por su voluntad, que era casi tan fuerte y poderosa como su cuerpo. Lo que sobrenadaba en el lastimoso naufragio de sus esperanzas era ahora un

deseo único : el de conocer á su rival y... lo que haría después lo ignoraba él mismo. Proponíase averiguar quién era aquel rival afortunado, por Ángel, el cual debía de saberlo, y pensó que era necesario comenzar por aparentar tranquilidad, aunque fuera sólo relativa, y que lo que era por el momento si se lo preguntaba no se lo diría, por temor á un desaguisado. Resolvió aguardar la ocasión propicia.

— ¡ Claro ! — seguía diciendo Pérez entretanto — ya sabía yo que tú no ibas á ser tan bobo que te ibas á tiral á matal por una sola. Esas son cosas que ar principio aparesen muy grandes ¿ tú comprendes ? muy grandes, pero luego, dispués que uno las mira á bel bien... ¡ na ! humo, chico, humo y na más. Si hasta á mí me ha pasao también ¿qué te crees? y... lo mismito que á tí : muchos selos, mucha rabia, mucho ponelme triste, y con too eso ¿ qué me he metío en er bolsiyo? Naitica, hombre, naitica, no seas bobo : eso no es na. — Ya se te irá pasando...

Hablaba locuazmente, por la alegría que le había producido el favorable cambio en Joaquín operado ; el cual, con voz casi tranquila esta vez, dijo :

— ¡ Qué rayos, sí ! ¡ Quisás se me pase con er tiempo ! ¡ Pero es fuerte, Cristo, es fuerte la cosa !

Y la garganta morena se le oprimió un poco ; pero pasó esta última debilidad, y Joaquín sentóse de nuevo en la hamaca, mientras, antes de

darse al descanso aquella noche, el bueno de Ángel, viéndole ya bien dueño de sí mismo, entregábase á la alegría que sigue á la molesta angustia de los peligros pasados.

. . . .

Cuando al fin se decidieron por aquella noche á descansar, eran más de la diez. Diéronse las buenas noches ambos amigos, á tiempo que la desmedrada vela, consumida casi hasta la base y chisporroteando rabiosamente, semejaba, ya en la agonía, disparar diminutos chupinazos, pidiendo el soplo salvador de aire que al cabo vino en su socorro y la apagó, dejándola, aunque casi en las últimas, capaz, si pasaba algo en la noche, de vivir y alumbrar todavía durante unos minutos antes de extinguirse finalmente en la sombra, como una vida humana...

Era muy de mañana todavía : apenas había alzado ligeramente la aurora una delas puntas de su velo de encajes rosa, y comenzaban los pájaros á desperezarse para dar el saludo de bienvenida al sol que se anunciaba por el Oriente. Aún luchaban, sin ardor, las sombras, batiéndose en retirada hacia el otro lado del cielo... Y la mañana nacía á la vida, encantadora, fresca, infantil, de aquel encuentro entre la claridad y la penumbra, aureolada por los primeros rayos y bautizada con gotas de rocío por el grande, ignoto Sacerdote que tiene por templos los mundos.

En la dudosa semi-oscuridad del crepúsculo cruzaban ya, sin embargo, sombras vagas y numerosas, y oíanse voces confusas, salteadas, y creeríase oir también algo como los inarticulados murmullos predecesores de una tempestad. Poco á poco iba la luz ganando terreno, y los objetos haciéndose más visibles. Ya podía notarse que las grandes sombras semovientes eran hombres á caballo, y que todas, por diversos caminos, llevaban una misma dirección. Á la do-

rada luz del alba ruiseña veíase asimismo que estaban más ó menos armados aquellos hombres, que agitados parecían, y, para completar esta serie de circunstancias raras é insólitas, observábase que no se cuidaban muchos, á su paso, de los plantíos, y sin misericordia ni piedad los destrozaban.

Algo inaudito y trascendental y grande ocurría ó iba á ocurrir aquella madrugada en aquellos sitios; algo que no estaba, por cierto, acostumbrado á ver el sol por tales puntos, donde siempre había alumbrado, complacido, únicamente escenas de plácido reposo, siempre las mismas al asomar él su rostro redondo y ardiente. Y grande debió de ser su sorpresa, si de sorpresa hubiera sido capaz, al no ser recibido á su llegada por los cantos de hombres y aves, ni contemplar á aquéllos, como de costumbre, en sus faenas respectivas, sino reunidos en grupos ó galopando por la llanura, ni los bueyes al arado uncidos, ni los potros desensillados, ni las gallinas y perros en sus corrales y cubiles, ni toda aquella decoración, en suma, á que, de largo tiempo atrás, tenía los ardorosos ojos habituados...

Se había operado un cambio repentino, que en breve había de ser más notable y pasmoso. Por más que ni una sola nube amenazante oscurecía los cielos, dijérase que corrían vientos de tormenta, y que hasta las voces de la Natura-

leza habíanse alterado : que resonaban con son más grave y quejumbroso las hojas agitadas por la brisa, los animales dispersos gritaban más fuerte y menos apaciblemente que de costumbre, y los bosques de cañaverales y los matojos de tabaco murmuraban muy quedo y parecían, movidos también por el aire de la mañana, temblar medrosos como si presintiesen su cercano fin. Algunas auras se cernían, negras y majestuosas, en el espacio, contemplando en qué paraba aquel extraño y desusado movimiento. Y, en tanto, la mayor parte de las gentes que de todas direcciones acudían se iba reuniendo en un espacio dado, y ya formaba un nutrido grupo que por momentos iba ensanchando su radio y su espesor.

Aquel grupo no estaba, sin embargo, tranquilo, sino en constante movimiento : ora se ensanchaba, ora volvía á apretarse, ora le llegaba un refuerzo, y así fué transcurriendo una hora, durante la cual acabó el astro de mostrarse á cara descubierta, y comenzó su diario recorrido, como repuesto ya de su prístina sorpresa y preparándose á ver, con su calma habitual, los acontecimientos que se desarrollasen aquel día.

... Y vió que con los hombres acudían al punto de reunión mujeres, niños, casi todos los habitantes de la sitiería y casi todos los seres animados de la misma; pues asimismo había ya

dentro del enorme grupo — que ya iba siendo más bien una multitud, — además de caballos, algunos perros y varios bueyes, al cuidado de dos ó tres jinetes.

Entre los hombres, había muchos que iban montados, y unos pocos á pie; y entre los montados, jóvenes y algunos que no lo eran ya, ó que estaban dejando de serlo, pero que se consideraban aún aptos para la esgrima del machete y el manejo de la carabina ó la tercerola. Á pie iban los más viejos, los imposibilitados por cualquier causa, y también las mujeres y los niños.

El lugar de reunión nombrado no era otro que la conocida finca del bravo D. Isidro González, jefe interino de los sublevados, y que había de mandarlos, por lo menos hasta unirse á las fuerzas á que se intentaban incorporar, las cuales, á aquella sazón, debían estar ya, con certeza, en las lomas que cerraban el horizonte por la parte posterior del bohío.

Porque se trataba de una sublevación en toda regla, según habrán adivinado los lectores: era la realización, al fin, del sueño de González; el sueño *actuado* á fuerza de voluntad y constancia. ¡Cómo debía latirle el pecho de alegría al soñador! Pero aún no se veía á éste por parte alguna.

Casi todos los sembrados de su pequeña hacienda, en tanto, habían sucumbido ya bajo las herraduras de los potros, los cuales, por sus res-

pectivos dueños manejados, discurrían por toda la extensión de la finca. Dentro de su casa se hallaba el jefe en aquellos instantes, buscando algo, y á la puerta aguardándole estaban su hijo, su amigo y teniente Torres, el hijo de éste Andrés, y, algo más apartado, el resto de su familia con otras varias de las que habían venido.

Los demás que ya habían llegado recorrían el terreno, recibían á los retrasados con abrazos y gritos. Algunos emprendían una desatentada carrera al través de los plantíos; otros hablaban entre sí animadamente, señalando con amenazador ademán en dirección del pueblo con sus armas. Todos mostraban un entusiasmo inmenso, desbordante, magnífico.

Veíase á un grupo aproximarse al gualdrapeo; en seguida adelantábase á recibirlo, improvisada y espontánea comisión, otro grupo. Y entonces eran las exclamaciones, las ocurrencias, la alegría de ambos.

— ¡Biba Cuba libre!

— ¡Arriba, compañeros! — gritaba otro.

— ¡Arriba!

— ¡Ya podemos gritar lo que queremos, sin miedo! — se oía por todos lados exclamar á los guajiros, enloquecidos de gozo al verse libres.

De pronto, se observó un movimiento de todas las cabezas en la dirección del bohío. Luego, oyóse un murmullo confuso, vióse á un hombre

que aparecía en el portalito con algo, enrollado, en la diestra. Y tras de todo esto, con atropellada confusión, tajos de machete al aire para ejercitarse, escarceos de caballos y vivas y gran vocerío, fueron acudiendo de todas partes los dispersos y rodeando el lugar donde el jefe, habiendo vuelto ya á montar á caballo, se encontraba, emocionado y sonriente.

Los que más cerca tenía eran aquellos que le habían estado aguardando. Luego, seguían las otras familias, agrupados viejos, mujeres y pequeños, y detrás los jinetes sobre sus caballos, agitados estos últimos, inquietos, como si olfateasen ya la pólvora y presintiesen el fuego y el combate.

D. Isidro estaba vestido, al igual que los otros, con el mismo traje de campo que acostumbraba usar, y tenía machete y canana al cinto, rifle cruzado al pecho, y en la voz, y los ojos, y en todo el aspecto, resolución, orgullo y alegría.

Alzó la mano en señal de pedir silencio, cuando todos estuvieron en la posición descrita. Poco á poco fué calmándose el ruido de conversaciones, pisadas y gritos. Al cabo de algunos minutos quedó la asamblea en relativo silencio, interrumpido solamente por el relincho importuno de un potro, los rumores de alguna conversación rápida, la exclamación de alguno que otro conteniendo su cabalgadura. Entonces alzó su voz el jefe.

— Compañeros — dijo, con acento un tanto vacilante por la emoción.

Y cesó todo rumor para escuchar lo que iba á decir D. Isidro.

— Compañeros : ya beo que son ustedes buenos toos. Ya lo sabía yo desmasiao, que no había aquí denguno que se gorbiera atrás. Aquí hemos benío, es desil, bamos ayá (señalando las lomas y el espacio desconocido que más allá de ellas se extendía invisible) pa pelear hasta la muerte — un estremecimiento corrió al través del dolorido grupo de las familias — y pa acabar con too porque le silbe al Gobierno, y denguno, siendo cubano, ba á juil de la cosa siendo por Cuba. — ¿ Qué hay de eso, compañeros ?

— ¡ Nunca ! ¡ nunca ! — respondieron en confuso vocerío los que escuchaban.

D. Isidro nunca había hablado delante de tanta gente reunida ; costábale cierto trabajo anudar sus ideas y exponerlas con claridad y método. Pero se expresaba con energía y con suficiente elocuencia para su entusiasta auditorio, á quien

se dirigía en su propio y natural lenguaje ; y al auditorio, por tanto, agradábale oírle.

Con voz ya más firme, prosiguió el orador :

— Toitico esto que estamos biendo — y señalaba ahora la llanura, toda ella poblada de casitas, árboles y sembrados — no nos sirbe ya pa ná, no lo queremos pa na : toitico eso hay que acabal con eyo, pa que no le sirba ar Gobierno, y polque si encuentra argo ba y se lo coge ¿ comprenden ustedes? y tiene con qué bibil ; y no que echándole á perdel too tiene que largarse, ¿ comprenden?

Se notaron signos de aprobación.

— Cabayeros — prosiguió con creciente energía D. Isidro — si esto pue serbirle de argo al Gobierno, ¡ á quemarlo antes!

— ¿ Se aprueba? — interrogó el orador, tras de un instante de silencio.

Y de la multitud salió por fin el grito, después de otro segundo, que bastó á todos para tomar su decisión definitiva :

— ¡ Sí, sí! ¡ si es necesario, á quemarlo!

— ¡ No hay más remedio!

— ¡ No hay más remedio! — repitieron todos, resueltos y convencidos, como un eco.

Entonces vieron de improviso todos, cuando parecía á punto de terminar, ó terminado ya, el discurso, desenvolverse en un instante, flotar al viento y ondular refulgiendo á los rayos del sol los brillantes colores de una bandera que muchos de ellos no habían visto nunca y otros

por referencia sólo conocían. Era de rayas azules y blancas, con una estrella, una sola estrella resplandeciendo sobre un triángulo color de sangre. Y los que nunca la habían visto creyeron, impulsados acaso por arcano atavismo, reconocerla, y los que la conocían sólo por descripción creyeron que soñaban, y todos creyeron sentir, sin explicarse cómo, que era aquel emblema algo suyo, que tenían el deber, impuesto no sabían por quién, de reverenciar y amar. Y todos, obedientes á este deber misterioso, echaron mano al rústico sombrero, y lo agitaron hacia aquel bello pedazo de lienzo, é inclinados hacia adelante, encendido el pecho de súbito entusiasmo, lo saludaron estruendosamente, con la voz y con el alma, que se les fué á él en un grito supremo :

— ¡ Biba Cuba libre !

... Y D. Isidro, que era el que había desenvuelto la bandera, húmedos los ojos y medio sonrientes de emoción los labios, manteníala en la mano temblorosa, y la elevaba haciéndola destacarse en el claro y risueño paisaje como una enseña de gloria ó de muerte, que á la muerte ó á la gloria había de conducirlos... ó bien quizás á la muerte sin gloria, pero aun sin gloria aceptada, porque era la muerte por el lienzo simbólico y adorado, que exigía en sus aras aquel tremendo y misterioso sacrificio...

Concluyó D. Isidro, cuando se calmó un poco

el primer ardor de la demostración, su improvisada arenga explicando en cuatro palabras cómo había guardado para aquella ocasión aquella bandera, y *cerró* diciendo que había acabado ya el tiempo de hablar y llegado el de ejecutar. Y á ejecutar se pasó, en efecto, inmediata y rápidamente, que el tiempo apremiaba y el peligro de ser sorprendidos por fuerza mayor antes de incorporarse, y el deseo de estar ya incorporados, daban á todos actividad y fuego.

Colocáronse avanzadas en los puntos que se creyeron más estratégicos y en que se creyó más conveniente ponerlas, para que avisasen en caso de ocurrir algo; á las familias, en grupo, se las dejó, por el momento, en donde estaban, y cerca de ellas se mantuvo el que pudiéramos llamar Estado Mayor de aquel improvisado y reducido Ejército, con bandera desplegada ; las teas, algunas de ellas ya preparadas y otras que se hicieron pronto con guano y palmiche, empezaron á ser encendidas, y los jinetes desocupados á corretear de un lado para otro. Por algunos momentos pareció reinar en la atmósfera una pesadez especial, y se extendió un semi-silencio casi melancólico y solemne por todo el lugar. Era como el momento que precede al sacrificio, y la tristeza de la guerra y la solemnidad del acto se cernían sobre todos, por más que nadie pensaba en eludir la una ni el otro.

Bajando la voz instintivamente se hablaba.

El sol calentaba ya bastante y todo parecía en suspenso por unos momentos, aguardando el comienzo de aquel acto del drama, acaso el más imponente y terrible de todos.

Dábanse órdenes, y con las antorchas encendidas se encaminaban ya, los hombres designados, á los puestos que se les indicaban.

— Por aquel lao tú — decía el jefe á uno. — Por ayí que hay bastante manigua. — Tú, Rafael, emprinsipias por ayá, por aqueya sejita é monte. — Uno pa la derecha. — Dos pa este lao. — Y todos, ya listos, iban dirigiéndose, con un resuelto « ¡ Ta bien ! » al punto señalado.

Por veinte puntos á la vez viéronse á los pocos instantes surgir otras tantas hogueras, prendidas por las teas y atizadas por el viento, y por la sequedad y disposición para arder, de los palos y arbustos que iban á ser sus víctimas primeras. Se vió crecer las fogatas por grados, sin apresurarse pero sin cesar, como el que está seguro de la victoria y con voluptuosa complacencia se goza en saborearla, retardándola. Extendiéndose así, lenta y como deliberadamente, fueron tragando las candeladas con sus fauces quemantes é insaciables todo cuanto se oponía á su paso: primero yerbillas y malezas, luego malvas y zarzas, algo más crecidas, frutos, bejucos, sembrados, y, nutriéndose y haciéndose más fuertes por instantes con el alimento que sin cesar y sin misericordia consumían, trabajaba cada una de

ellas por su lado por acercarse á las otras y unir todas sus fuerzas destructoras, é iban poco á poco acortando la distancia que las separaba, arrastrándose por tierra como tigres sedientos de matanza.

Comenzaron á oirse los primeros gritos de socorro y desesperación de la llanura, que veía acercarse su muerte y clamaba, en vano, auxilio con los chasquidos de sus plantas, los gritos de miedo y asombro de los pájaros que empezaban á emprender la retirada, los aullidos lastimeros de los perros y los gemidos de angustia de alguna vaca que presentía el peligro y llamaba á su lado, para correrlo juntos, al ternero extraviado. Corría una ligera brisa que empujaba el fuego en su carrera desatentada y loca, y se iba llenando el llano por momentos de columnas de humo, calor, gemidos de las cosas y del horror y desolación del fuego despiadado.

Los que habían sido encargados de prenderlo corrían por entre las llamas con las teas encendidas en la mano, á galope, iluminados instantáneamente por el resplandor de alguna hoguera, determinados, serios, fatídicos, cual espíritus de venganza ó reivindicación salidos de lugares desconocidos. Y los restantes pululaban también por todo el llano, ó miraban inmóviles, emocionados y mudos irse consumiendo lentamente las yerbas sobre que habían jugado acaso cuando niños, los frutos que les habían servido de alimento, las

flores silvestres cuya compañera habían arrancado para ofrecérsela á su cortejada. Las familias estaban custodiadas por un grupo que procuraba en vano consolar á las mujeres afligidas ó aterrorizadas, mientras los niños, sin comprender por qué se quemaba todo aquello, gritaban sollozando y corrían, llenos de miedo, á ocultarse en las faldas de sus madres.

... Pero ya se iban haciendo más atrevidas las fogatas y, de la misma manera que el niño en hombre, convirtiéndose en piras que ensanchaban su área y elevaban cada vez más sus cabelleras de llamas, coronadas por penachos de humo. Ya amenazaban la madera de las empalizadas, lamían los troncos de los árboles, ennegrecían y hacían retorcerse con un *criiiis* prolongado de dolor muchas hojas de las copas y tenían fuerza bastante para engullirse cuadros de yuca, buniatales, coles y lechugas, campos pequeños de maíz y cañas, y fumarse en un dos por tres con siniestra é implacable prisa, de un solo aspirar de sus alientos abrasadores, las *posturas* de tabaco como si fueran cigarrillos. Habíanse unido ya por varios lados dos ó tres de las citadas piras, y apresuraban su marcha dejándose por fin de contemplaciones y tardanzas.

Salían ya también todas las auras y lechuzas de sus nidos, lanzando las últimas graznidos de pavor, y huyendo ó cerniéndose las primeras en la atmósfera caliginosa; seguían resonando los

ruidos de las ramas que achicharradas caían, de los gritos de aves consternadas, y el fuego por su parte adelantando, adelantando sin piedad, lento unas veces, otras apresurado y como hambriento; y los hombres, oprimido el pecho y emocionado, melancólicos los rostros, inmóviles ahora sobre las cabalgaduras que relinchaban y querían agitarse sorprendidas, miraban todo aquello.

Y en tanto el firmamento azul, límpido, esplendoroso y hermosísimo, y el sol casi en su medio, también contemplaban, acaso con misericordia, y admiración, aquel horrendo sacrificio, aquella estoica ofrenda de los hombres á una idea; pero ni el uno se nublaba, ni el otro apagaba su antorcha ni detenía su marcha invariable: tanta desdicha habían presenciado ya en el mundo y tanto duelo, y sentido elevarse hacia su altura tanto clamor de muerte y agonía...

El jefe de la *partida* también miraba, pálido, melancólico y resuelto, rodeado de algunos de los suyos, y sin hablar palabra. Su casa, una de las mejores de la comarca, no había sentido el fuego todavía, y allí, en su derredor, se agrupaban los ancianos, los niños, las mujeres, los débiles y desvalidos.

De pronto dió D. Isidro una orden en voz baja, después de consultar brevemente con los principales que estaban cerca de él, los cuales tenían todos la misma idea de tiempo atrás; ya era hora: todos aquellos desvalidos y débiles

debían ser trasladados al pueblo, hubiéranlo sido antes á no haber existido el peligro de que con su presencia descubriesen prematuramente lo que ocurría. Eran una carga, corrían peligro inminente, y su seguridad relativa estaba en la población, donde se hallarían á distancia, y libres del fuego y la matanza.

La orden se cumplimentó inmediatamente. Había algunos imposibilitados para la lucha, que no eran, sin embargo, muy viejos ni estaban muy débiles aún: éstos servirían de escolta, á más de un pelotón ó grupo á caballo que los acompañaría hasta la *orilla* del pueblo, con la consigna de hacer prisionero á todo el que por el camino se encontrara, con el objeto de que no diera parte. No había más que tomar por la carretera, y antes de que llegasen á la entrada, según calculaba D. Isidro, ya estarían los levantados en camino de las lomas, si no ya en ellas.

Sollozaban las mujeres más fuertemente al despedirse, chillaban más desesperadamente los pequeños al ver el llanto y tristeza de los otros, los hombres conteníanse con trabajo, imploraba la Naturaleza, no se apiadaba el fuego y todo iba convirtiéndose en cenizas por muchos puntos, en los ojos femeninos en raudales de lágrimas.

Los hombres se habían bajado de sus caballos para despedirse. Las madres abrazábanse con desesperación á los hijos que se quedaban, sin querer separarse de ellos, sollozando sin con-

suelo; las esposas se despedían de los esposos con sollozos algo más calmados; los novios se hacían juramentos y promesas para lo porvenir.

— Mi hijito, cuidao no te maten ¿eh? Mira, toma, ponte esto aquí en el cueyo — decían las madres.

Y les colgaban una medallita de la Virgen del Cobre.

— Yo resaré por tí. Acuerdate de tu mama. Que no te maten, mi hijo.

Ya iban en camino.

— Baya, ya es bastante, al abío: lo que hay que haselse se hase — gritó D. Isidro, que no era por cierto el menos afectado de todos.

Nuevos abrazos y nuevas recomendaciones y besos; y en esto Tera, que se había quedado algo retrasada,

— Adiós, mi padre, adiós, Juaniyo, que ganen y güerban pronto — gritó por última vez entre sollozos. Y dirigiéndose á Andrés, que estaba aún á su lado, desmontado, y con una mirada en que al través de las lágrimas se vió su almita toda entera, inocente, apasionada y firme,

— ¿Me prometes de beritas que gorberás pa casarnos, si no te pasa argo? ¿Que te acordarás de mí? ¿que no te orbidarás, que pelearás pensando na más que en mí?

— Sí, sí, repuso el novio con agitación, te lo juro, sí, y tú ¿me lo juras á mí también?

— Por ese sor que está ayá arriba -- dijo Tera con

los ojos repentinamente secos y cierto extraño y solemne acento. — Pa ti na más seré, pa ti ó pa nadie.

Ya estaba en marcha la *impedimenta*. Iban todos agrupados, sin orden ni concierto, volviendo atrás la vista á cada paso, diciendo adiós con la voz, y las manos según se iban alejando, y los hombres, volviendo á montar quedaron más serios aún, pensativos, tristes á su pesar, pero más resueltos y descargados que antes.

En tanto había seguido progresando el fuego, sin que fueran parte á detenerlo un segundo las lágrimas de las mujeres que se alejaban. Difícil se iba haciendo el respirar; *sitios* enteros veíanse ya convertidos casi por completo en escombros humeantes; de rato en rato salía un pájaro retrasado de un frutal vecino, y al atravesar por sobre las llamas caía de repente, como cazado y cocido á un tiempo. Los hombres se habían ido replegando hacia los lugares donde quemaban menos el reflejo y el calor del incendio, ó sea aquellos que de propósito se habían dejado como senda abierta á las lomas, y D. Isidro, ya algo repuesto de la impresión y tristeza de las despedidas, que flotaban aún dolorosamente sobre los corazones y se reflejaban en los rostros sombríos de los guajiros, antes de retirarse también del lado de su casita, donde se hallaba todavía,

— ¡ Juaniyo, hijo! — llamó.

— Aquí estoy, papá¿ qué se le ofrece? — dijo el muchacho, muy entero á pesar de su antigua aparente apatía.

— Ahora mismo — articuló el honrado campesino y patriota, con resolución que parecía llevarle un pedazo del alma — ahora le bas á pegar candela...

— ¿Á qué, taita? Si ya apenitas queda, y eso...

— Queda — repuso D. Isidro — queda er bohío é nosotros. ¿No te habías fijao?

Aquí hubo una pequeña pausa. Los que rodeaban á D. Isidro le miraron, sabiendo el sacrificio que iba á ser para él mirar arder su propiedad única, sus recuerdos todos, su vida de 18 años por la misma mano de su hijo.

— ¿Esa es la que quie usté que queme? — preguntó Juanillo con repentina y resuelta energía, invadiéndole el alma también, como si se le hubiera inoculado en ella, el ambiente de tranquila y resignada abnegación que con el humo del fuego se respiraba.

— Esa, sí, y pronto — contestó con firmeza D. Isidro. — Mira, pídele el hachón á Pablo que está ayí sin haser na en este momento, y tráelo pa acá.

Fué Juanillo é hizo lo que se le mandaba.

Hachón en mano volvió en seguida. El padre, cual otro oscuro Cimourdain de los campos, á semejanza del de « El 93 », dió sin vacilar la orden de destruir lo que era fruto de su labor, de sus sudores y fatigas, y hasta, en parte también, de su inteligencia.

Pero lo peculiar en este caso era que la orden se ejecutaba por un hermano, en cierto sentido, del mismo Gauvain.

— Bamos, Juan. Al abío.

Y al avío fué sin tardanza, bajo la dirección de su padre, el cual le indicaba los mejores puntos y más combustibles, mientras que los que estaban cerca miraban la escena conmovidos.

— Esto arde en un dos por tres, dijo D. Isidro. — Miren qué pronto coge candela. Si es paja, paja pura. Cuando yo lo digo...

En efecto, *cogió candela* pronto la casita. Empezó aquélla su obra por las paredes y horcones, y pronto se extendieron hasta el interior de las habitaciones sus lenguas encendidas. Cuando se apartaron Juanillo y los demás porque ya estaba la vivienda en llamas por muchas partes y el calor abrasaba, ya no hacía falta hachón alguno. El aire encargábase de prestarle al fuego sus alas para que volase y se extendiese.

Y se extendió con prisa pavorosa. En un momento se vió la casa hecha un volcán. El portal donde habían jugado Juanillo y Tera cuando niños, los platanales plantados por el padre cerca de aquel portal, paredes, troncos, techos, todo desaparecía, y allá dentro, sin una mirada del exterior, se achicharraban las habitaciones, tan alegres y llénas de luz el día del baile, los taburetes y demás muebles, la cocinita toda, toda aquella pobre propiedad y humilde mobiliario

que tenían grabado en cada rincón un recuerdo alegre ó triste, una fecha íntima ó pequeño acontecimiento en cada juntura de las rústicas tablas ó vasto cuero.

Pero ¿ qué era aquéllo, si todo el llano ardía también? ¿ Si apenas quedaba ya árbol, unas horas antes florido y lleno de verdor, que no tuviera ahora chamuscado el tronco todo, las ramas peladas de hojas y estas, requemadas, por los suelos, ni bohío que no corriera la misma infausta suerte del de D. Isidro? Hornos encendidos eran casi todos, materia inflamable, guano reseco que se desposaba con la candela entregándose el uno á la otra con frenético ardor, y haciendo subir por los aires rojas llamas, frutos de aquel ardiente contubernio. Y, al mismo tiempo, morían sin remisión las plantas y sembrados de todas clases; desaparecían los cuadros de pasto, y los maizales, y las al parecer apretadas filas de esbeltas cañabravas. Las malojas y las yerbas de guinea caían vencidas como por un huracán que en vez de vientos les soplase llamas, y morían las flores de la eterna primavera de Cuba, los nidos amorosos ocultos en el follaje de las copas, y todo el vistoso y galano atavío, hechicera sonrisa de los campos.

Cuanto de hermoso, risueño y plácido estaba todo aquella misma mañana, estaba de horrible, ceñudo y pavoroso ahora. Triste y obscuramente se consumían las verdes hojas de magnífico tabaco,

que había sido destinado á ser consumido lentamente en boca de algún príncipe ó potentado de la tierra, que á peso de oro lo habría adquirido luego de curado, torcido y acicalado por la mano del hábil y entendido tabaquero. ¡ Pobre y admirable humanidad que así destruye la riqueza y la hermosura y la vida por convertir en realidad un sueño, ó por no poder soportar la tiranía de la realidad! Sublime ó insensata; loca ó grande... ó todo eso... ó nada de eso... ¿ quién lo sabe?

Y ahora, con permiso del lector, y por requerirlo así el ordenado desenvolvimiento del drama, la escena de éste se traslada á unas pocas millas de distancia, á lo alto de las lomas que servían de límite por un lado al llano. La hora es la misma en que se estaban desarrollando los acontecimientos anteriormente narrados, al alzarse el telón para la representación del siguiente cuadro, que, aunque en sí belicoso, en su apariencia exterior tal vez no se le encuentre muy marcial y animado, á causa de la inhabilidad del pintor. Por lo cual pide éste excusas anticipadamente, poniendo por circunstancias atenuantes sus cortos años y experiencia. Y, sin más, se alza la cortina, y aparece el escenario á la vista.

Algunas leguas de extensión tenía la amplísima meseta, convertida por los patriotas en campamento provisional, y un improvisado, y no por eso menos bravo ejército de varios millares de hombres sobre sus crestas empinadas. Aquel ejército, que había acampado allí por muy breve tiempo, para proseguir en seguida su marcha victoriosa, ofrecía uno de los espectáculos más

pintorescos y nuevos que pudiera soñar la mente, ni crear la imaginación del más hábil y grande colorista.

Siempre es vistosa, y siempre está llena de animación y vida la vista de un ejército acampado. como igualmente de horror terrible y tal vez de cierta hermosura tremenda y pavorosa la de un ejército en batalla. Siempre hay novedad y atractivo en el moverse y agitarse de la tropa, en el ruido de las alegres carcajadas y conversaciones, en el relinchar de los potros, el brillo de los uniformes y el brillo y rumor de las armas que chocan y resuenan. Todo esto agrada á los oídos y á los ojos y á la imaginación del que por primera vez lo escucha y lo contempla, y son muchos los que todo esto han visto y escuchado y muchos también los que más ó menos á ciencia cierta lo saben, por referencias ó de oídas.

Pero el ejército aquel era distinto á la generalidad de los ejércitos, y de ellos se distinguía en no pocas circunstancias exteriores. Componíanlo individuos que en su mayoría no habían pensado nunca en ser soldados; que jamás habían sabido lo que era el peligro constante y la vida de la penalidad y el sufrimiento, y, no obstante, á esa vida y á correr ese peligro se habían lanzado llenos de resolución; que en nunca habían manejado el machete, si acaso, para otra cosa que segar la yerba de guinea y los maniguales incultos y molestos, y ahora segaban con ellos cabezas y destro-

zaban miembros de valientes y fuertes enemigos.

Parte, en efecto, formaban de aquellas tropas los habitantes de los campos, los *guajiros*, que habían visto de la noche á la mañana tornarse en guerra horrenda la paz de que gozaban, y á la guerra se habían lanzando con ardor, convirtiendo — ellos, muchos de los cuales hubiesen considerado con espanto y horror la sola criminal idea de dar muerte á un semejante — en armas de muerte sus machetes, en instrumentos de guerra sus cabalgaduras los que las tenían, y tal vez hasta los mismos mansos y pacíficos bueyes de su arado en útiles acémilas. Todo : trabajo, hogar, familia, todo lo habían abandonado heroicamente para entregarse al sacrificio por la libertad.

Había en un gran claro de la meseta una porción de improvisados *conucos* ó pequeños bohíos construidos sin orden ni concierto en varios puntos, y á la carrera, por las primeras avanzadas que habían ido llegando. Podían servir aquéllos no sólo para entonces, sino para otras ocasiones y á otras fuerzas cubanas que por allí cruzasen. Dentro de los mismos tenían colgadas sus hamacas muchos de los que habían podido proveerse de ellas, otros un lecho en el suelo, de lo que hubiera.

En la parte frente á aquella que quedaba el claro mencionado había una grande y espesa arboleda, y amarrados á los troncos de los árboles gran número de caballos, echados unos, otros

piafando y otros paciendo tranquilamente el verde y para ellos apetitoso césped. El calor era bastante intenso, estaba claro y despejado el horizonte y la atmósfera ardiente y calmosa. Por esta causa se veían, bajo la sombra de algún copudo frutal y sobre el suelo cómodo y mullido, algunos soldados tendidos á la larga y entregados al sueño ó al reposo, aprovechando el corto paréntesis que aquel alto de algunas horas les ofrecía.

Por toda la extensión del campamento se hallaba desperdigado el resto de los de la *clase de tropa*, muchos de los cuales presentaban la más extraña variedad y aspecto en sus armas é indumentaria que un ejército pudiera ofrecer. Los había de todas edades, tamaños, tipos y colores. Para formar aquel ejército no se había tenido en cuenta la *alzada*, ni la condición social, ni el color del rostro, que todos peleaban por un ideal común que á todos los unía.

Por todas partes, alrededor de los bohíos, bajo el techo de éstos huyendo del sol, bajo la sombra de los árboles también, estaban numerosos grupos de soldados que en animada charla comentaban las peripecias y alternativas de la gran invasión, ó hablaban con elogio de sus jefes ponderando las *metidas* que le habían dado al enemigo. Éste se entusiasmaba profetizando el próximo triunfo, aquí se reía, allí se escuchaba una narración...

El aspecto de la indumentaria no era menos

variado y pintoresco. Algunos lucían orgullosamente su fresco sombrero de yarey, doblada hacia arriba el ala por la parte delantera, y en ella puesta la escarapela de la estrella solitaria ; y la lucían algunos de los que la llevaban con doble orgullo, amoroso y patriótico, que era á la vez la enseña de la patria, por la cual combatían, y el recuerdo adorado de la adorada trigueñita que se la había dado como prenda de amor y talismán de victoria.

Otros, por el contrario, nada llevaban sobre la cabeza, y en tanto que unos tenían la ropa pasadera, otros la llevaban desgarrada por varios puntos ó llena de tierra y barro de los caminos, y estos últimos estaban en mayoría. Más tarde hubo muchos, por desgracia, que hubieran considerado cosa de lujo tener aunque fuera sólo un harapo con que cubrir las carnes. Los zapatos corrían por la misma cuenta que el vestido, y era difícil, en suma, hallar en aquella alegre y animosa tropa señal alguna de uniformidad. Lo cual, después de todo, nada tiene de extraño tratándose de un ejército irregular.

En todas direcciones se veían pasar soldados, y algunos, más activos que otros, lavando los caballos, con los pantalones á media pierna, ó limpiando sus armas, ó ejercitando en el tronco de un árbol el machete, mientras decían chistes y ocurrencias del enemigo.

De tronco á tronco colgadas había también

algunas hamacas, y recostados en ellas varios hombres; y en el centro de la desordenada y vastísima agrupación que formaban las casuchas, unas cuantas, muy pocas, tiendas de campaña, más ó menos conservadas, que rodeaban á otra, mayor que todas.

Á la puerta de esta tienda estaba un alto y magnífico negro de centinela, de pie, machete al cinto y rifle *en su lugar descanso*, y en lo más elevado de la misma una hermosa bandera moviéndose con majestad y gracia á los impulsos de la escasa brisa que corría.

Por esta parte se podían observar no pocos jóvenes de fino, y algunos distinguido, porte, varios de ellos vestidos de guayabera y pantalón crudos, y ostentando una ó más estrellas de cinco puntas en las vueltas del cuello. También las ostentaban otros más ancianos, blancos, mestizos, negros, sin que se hiciera diferencia alguna entre unos y otros. Los primeros eran muchachos de las ciudades — los había asimismo de soldados — que habían abandonado la vida más ó menos placentera y libre de cuidados que llevaban, al escuchar el grito de Baire, y unídose á los demás para pelear con igual fe y ahinco contra las balas y fatigas de la campaña.

Y, por último, dentro de la tienda citada, sentado en un banquillo de madera frente á una mesita de campaña, y rodeado de algunos jefes y oficiales, estaba un hombre.

Elevada era su estatura, fuerte y bien hecho su cuerpo, su tez cobriza, su mirada estaba llena de inteligencia y viveza. Las hermosas y varoniles facciones de su rostro expresaban en aquellos instantes serenidad y reposo. Cubríale el labio superior negrísimo bigote : tenía el resto de la cara limpio de barba. Representaba tener cuarenta y cinco años, poco más ó menos, y estar en la plenitud de sus fuerzas físicas é intelectuales. Su vestido era sencillo, y en cuanto á las prendas del traje, semejante al de los demás jefes. Llevaba puesta atravesada sobre el ancho pecho una banda con tres estrellas, la cabeza desnuda y poblada de ondeados y negros y abundosos cabellos, y en la boca un tabaco y una leve sonrisa de triunfo.

Se hallaba departiendo con los demás que dentro de la tienda había, y que habían acudido allí para recibir órdenes ; y después de haberlas recibido se permitían un momento de conversación con su jefe.

Este lo era de todas las fuerzas que estaban en aquel compamento reunidas, y segundo del Ejér-

cito cubano. Había conducido hasta allí aquellas tropas, pasando imperturbable, para hacerlo, por entre llamas y sobre escombros y sangre, por medio de un ejército enorme, diez á doce veces tan grande como el que él llevaba. Había superado obstáculos que insuperables parecían, nublado los cielos con el humo de pueblos, bateyes y cañaverales, en humo convertidos, sentido retemblar las capas atmosféricas y las del suelo con el rugir estruendoso de la metralla de los cañones y de las descargas de los fusiles. Y con sólo algunos miles de hombres había burlado, y á las veces combatido y derrotado, columnas valerosas, desmoralizado al enemigo, y asombrado al mundo.

Eso había hecho aquel hombre, y mucho más; que no bastaría un libro para referir una á una todas sus hazañas y describir sus hechos, algunos de los cuales parecen legendarios. Tampoco es el objeto de este libro describirlos punto por punto, ni es necesario: que medio mundo los conoce. Nuestro objeto es presentarlo accidentalmente, y se nos ofrece hacerlo en los momentos en que llegaba al esplendor de su fama con la invasión que de las provincias occidentales había hecho, acompañado hasta parte del camino por su viejo General en Jefe, el no menos famoso Máximo Gómez, inclinado al peso de los años y de la gloria alcanzada.

Prosiguiendo esa campaña estaba, y casi lle-

gando al fin de la primera parte de la misma, habiéndose separado no largo tiempo hacía del Jefe supremo Gómez, verdadera cabeza directora y alma de la guerra, como fué alma y cabeza directora de la conspiración que la precedió, el grande y bueno José Martí. Llegando estaba el primero, decimos, al término asombroso de la invasión. Él, que había salido de Holguín con menos de 1.000 hombres mal equipados, dejaba tras de sí ahora, al llegar á Occidente, millares y millares de soldados dispuestos á la lucha, además de los que llevaba consigo.

Por eso estaba contento aquel día, mientras charlaba con sus subalternos, y tenía iluminado el semblante de satisfacción y alegría. Pocas horas después, debían partir para completar sin pérdida de tiempo la invasión de Pinar del Río, y éste era el motivo principal de haber ido los jefes á la tienda, y recibido de su superior las disposiciones del caso.

. . . .

Aquel hombre, grande por sus extraordinarias cualidades y digno de admiración, como en aquella misma guerra ó su continuación lo fueron el general Santocildes y el heroico general Vara del Rey combatiendo y muriendo con valor y abnegación sublimes por la causa contraria, aquel hombre — ya todo el que esto lee lo sabe — era Antonio Maceo.

De pronto vieron, los que estaban dentro, al centinela de la puerta dibujarse en medio de ésta, cuadrarse y quedar allí inmóvil como una soberbia estatua de ébano.

— Mi generá — dijo después. — Con lo cual quedó en seguida probado que no era ni de ébano ni estatua.

Incorporóse el general un poco, lo miró y dijo :

— ¿ Qué hay, muchacho? ¡ Ven acá, acércate !

Obedeció el soldado ; dió dos ó tres pasos más y volvió á convertirse al parecer en estatua, adorno que hubiera resultado realmente extraño y desusado en una tienda de campaña.

— ¿ Qué hay de nuevo? ¿Qué vienes á decir?

— Mi generá, ahis ta un correo que ha benío hata acá corriendo y quie entrá en seguidita aquí pa hablá con uté.

— ¿ Un correo? ¿ Y de dónde viene ?

— De ayá bajo, que parese que se ha alebantao la gente, y los han copao ó cosa así.

— Que entre en seguida el correo — ordenó brevemente Maceo, levantándose y dejando de ser

el amigo y camarada para convertirse en jefe.

Salió el soldado dando media vuelta, después de saludar.

— Ustedes pueden quedarse aquí, señores — añadió el lugarteniente, viendo el ademán de retirarse de algunos de sus subalternos; y apenas lo había acabado de decir cuando penetró en escena, escoltado por dos avanzadas que hasta el campamento lo habían traído, un pobre guajiro en estado verdaderamente lastimoso: jadeante, bañado en sudor, hechas trizas las ropas por los zarzales del camino, cubierto de tierra y rendido de cansancio.

— Mi general — dijo sin poder respirar apenas, con precipitación temerosa, al ser interrogado, — mi general, mande tropa pa ayá abajo ó no dejan títere con cabesa los españoles.

— ¿Se están batiendo?

— Sí, mi general, los tenían casi rodeaos ya, y D. Isidro, er jefe, me dijo, díseme: — Corre, corre con toa tu fuersa y bes y dile ar general Maseo lo que pasa: si no bienen pronto no queda uno pa contar na. Y yo me pude escapar, con una bala na más que me rosó aquí la pata derecha. Pero eso no es na, mi general, el ajo es que he yegao y ya usté ba á ir á salbar á mis compañeros. Pero baya aprisa, mi general, baya aprisa.

No había que perder tiempo, en efecto. Los minutos apremiaban.

El general, que había estado mirando al enviado atentamente mientras el último hablaba, se volvió de pronto á uno de los jefes que estaban cerca de él escuchando.

— Reúna una columna de... ¿cuántos son los españoles? — añadió, volviéndose al mandadero.

— Como más de 1.500, mi general, toita España ¡qué sé yo!

— ¿Y los nuestros?

— Nosotros éramos alrededor de dosientos.

— Reúna Ud. — repitió Maceo — y se volvió al jefe á quien había hablado anteriormente, un mulato joven, de rostro enérgico y simpático — reúna Ud. inmediatamente tresientos hombres.

El joven pardo saludó, y salió con paso rápido y resuelto.

Pero el recién llegado, aun rendido y medio muerto de cansancio y ansiedad como se hallaba, tuvo fuerzas bastantes para sorprenderse, y se quedó con tamaños ojos y abierta boca contemplando la hercúlea y hermosa figura del que había dado la orden.

— Mi general — dijo tímidamente después.

— ¿Qué te pasa, muchacho?

— ¿Tresientos na más? ¡Míe que son muchisimos!

Se refería á los españoles.

Sonrióse el general entonces con sonrisa franca y alegre.

— ¿Te parecen pocos los que mando?

— ¿Poco? No... no... Cuando Ud. los manda ta bien, mi general, ta bien... pero... me parecía que los otros eran un montón tan gordo...

La risa convirtióse en franca risa, de que participaron los demás asistentes á la escena.

— No te apures, muchacho, — repuso el caudillo, poniéndole benévolamente la mano en el hombro. — Son bastantes.

Y, á pesar de sus dudas, era tal el acento con que se pronunciaron aquellas palabras, que casi se convenció de súbito el guajiro.

— Ahora — agregó Maceo — vete á descansar un poco y á tomar algo y pierde cuidado, hombre, pierde cuidado, que los que vayan no dejarán que los españoles se los coman vivos á todos.

. . . .

— *¡Ti ri ri!*

Los vibrantes sonidos de una corneta rasgaron la atmósfera sofocante. — Llamada. — De todos los puntos del campamento acudieron soldados. Ya había corrido la noticia del levantamiento y el peligro en que estaban los levantados, y casi todos sabían de lo que se trataba.

En pocos momentos estuvieron escogidos los trescientos hombres, formados, y dió el General brevísimas instrucciones al que había de mandarlos.

Eran trescientos veteranos curtidos ya por el sol

y la intemperie, hechos á la vida guerrera y para quienes era aquel incidente casi una distracción, y una ocasión de pelear y lucirse una vez más.

Había dicho bien el Lugarteniente : no había más que mirarlos para convencerse de que eran bastantes, mucho más teniendo en cuenta la exageración con que había hablado el montuno, pues sabido es que suelen aparecer más numerosas las tropas al que las ve por vez primera y con los ojos de la sorpresa temerosa que las agranda y multiplica.

Estaba ya la columna de auxilio pasando por delante de la puerta principal, y Maceo salió para decirles « hasta luego ».

Cuando se dibujó su figura en la puerta, seguida de las de los demás jefes, se levantó un grito estruendoso :

— ¡ Viva el general Maceo !,

que se extendió en las ondas del viento de picacho en picacho, y acaso llegó á los oídos de los que peleaban *allá abajo*.

Él saludó ligeramente ; y alegre, descuidada — aunque alguno ó algunos de los que la componían, á pesar de la escasa importancia de la operación, muy bien podían no retornar jamás al campamento — dando al aire tajos de machete y gritos de entusiasmo, se fué alejando de prisa la columna á tomar la bajada fortificada al llano, y perdiéndose en la lejanía el eco de sus voces.

Pero el campamento no quedó tranquilo : se

formaban animados grupos, muchos hablaban del incidente, reinaba la natural agitación que acompaña á la espera de los seres unidos por el cariño ó por la misma idea.

El General penetró de nuevo en su tienda.

Al cabo de una media hora salió con un par de gemelos de campaña, única prenda de algún valor que allí había, y acompañado de algunos oficiales de su Estado Mayor se dirigió á un pequeño montículo que estaba á corta distancia, y desde el cual púsose á observar lo que podía verse de la planicie, que á los pies de la elevada loma se desarrollaba.

. . . .

. . . .

Otra hora después, y ya empezada á declinar la tarde, se divisó por fin la columna de vuelta. Al acercarse á paso rápido, vióse que traía en improvisadas camillas algunos heridos. Pero venía reforzada por cerca de 200 hombres nuevos. Si había habido muertos habían sido muy pocos. — Maceo comprendió en seguida que la sorpresa no había tenido éxito, que se había intentado con muy escasa gente ; y que la primera escaramuza de los recién alzados no había costado tanta sangre ni sido tan formidable como la imaginación del campesino anunciador de ella le hiciera á éste creer.

Sin perder tiempo, se empezó á disponer la partida de todos para aquella misma noche.

Hacía ya más de tres años que duraba la guerra, y más de dos que D. Isidro González se había marchado á ella con los demás amigos de los *sitios*, — excepto dos, los cuales perecieron antes de llegar á incorporarse, en la sorpresa intentada por el enemigo el día del alzamiento, — cuando *volvemos á encontrar* á Dª. Rosa Cundiales, la esposa de D. Isidro, y á la hija de ambos Tera, en el cercano pueblo, donde moraban desde aquel mismo memorable día.

Que habían cambiado las cosas, y no por lo mejor, se notaba desde que se ponía el pie en el ahora tétrico y arruinado pueblucho, donde todo parecía hablar en seguida de tristeza y muerte.

El general Valeriano Weyler estaba en Cuba. Fracasada la política benigna de Martínez Campos, había sido éste relevado del mando supremo y reemplazado por el citado y tristemente famoso personaje. El 16 de Febrero de 1896 comenzó á ponerse en planta ó llevarse á efecto el decreto, no menos deplorable y trágicamente famoso, de la reconcentración de los campesinos pacíficos en las poblaciones.

Esta orden, de eterna memoria, y eterna prueba también de á qué extremos puede llevar á un pueblo el fanatismo patriótico, no menos cruel ni despiadado y sin entrañas que el fanatismo religioso, estaba llamada á producir efectos tan terribles que horrorizasen el mundo espantado. Condenar á reconcentrarse á los *guajiros*, era condenarles á morirse de hambre. No se les ofrecía trabajo en cambio, ni alimento, ni abrigo. Como ganado los enchiqueraban, y luego quedaban abandonados á su suerte. Cuál fué ésta en la mayoría de los casos, es ya materia histórica y sabida.

« Los concentrados — decía por aquellos días un corresponsal, testigo ocular de los sucesos[1] — acampan como pueden : unos al aire libre y en carretas, y otros en chozas improvisadas cubiertas con lienzos y ramajes... »

El periódico *The World* del 22 de Noviembre de 1897 insertaba una correspondencia de Cuba, donde también se ponen en claro los efectos inmediatos de la concentración, y la forma de llevarla á cabo :

« Los pueblos de Campo Florido, S. Miguel, Minas, Jaruco, Bainoa, Aguacate, Mocha y Buenavista, fueron triplicados y cuadruplicados en población. Los labradores leales y obedientes llevaron sus muebles é hijos pequeños en carretas;

1. Reproducido por *Cuba y América*, de N.Y., del 15 de Abril de 1897.

sus vacas y cerdos, mujeres é hijos mayores á pie; y construyeron, con palmas, largas calles de casas, hechas con vigas y techadas con paja.» — Y añadía la carta: «Los animales se han comido, todos los artículos de valor se han cambiado por pan, y la gente, habiéndosele acabado ya todo, ha perecido.»

En estas palabras está descrito, con laconismo elocuentísimo, lo que había pasado durante el tiempo que hacía que estaban en el pueblo Dª. Rosa y Tera, en unión de las demás familias con ellas venidas. Algunos miembros de muchas de las cuales habían muerto, si no directa, indirectamente, de hambre, en aquel tiempo. La miseria y el horror, sin embargo, estaban llegando al colmo ahora; y en aquel pueblo floreciente un tiempo, como en el resto de la Isla, todo hablaba de muerte, como se ha indicado, hasta los niños, la representación de la alegría y la vida, que eran lo primero que se ofrecía á la vista, al entrar en aquél.

Partía el alma oir aquellas pequeñas gargantas pidiendo pan en vano, y ver alargarse aquellas manecitas, como si implorasen misericordia de los hombres y de las cosas, y aquellos ojos, hundidos, empañados, sin expresión ni vida. Las cabelleras las tenían casi todos como las suelen tener los gitanos, larguísimas, enmarañadas y sucias, cayéndoles sobre el pescuezo casi tan flaco como el de un pájaro y huesoso y consu-

mido como el de un tísico; y el cuerpo, que casi — en muchos casos sin casi, — por completo se les veía, negro, churrioso, y, en no pocos casos cubiertos de escrófulas ó manchas. Algunas piernecitas delgadísimas y extenuadas parecían sostener á duras penas el peso del vientre enorme, que sobresalía como un inflado globo lleno... de aire.

Se les veía á los algo crecidos por todo el pueblo pululando, serios, graves, preocupados al parecer, lo mismo que hombres, cual si les quitara todos los atributos de su edad el haber vivido una vida entera en pocos meses y sentir ya, al igual de los ancianos, la proximidad fatal de la tumba.

Los hombres casi no se diferenciaban de los niños sino en la estatura. Casi no hablaban. La color de la mayoría era amarilla, tirando en casos á verdosa; el andar vacilante : no era cosa rara por cierto ver caer á uno para no levantarse. Tan poco rara era, en efecto, que apenas llamaba la atención ni despertaba el menor interés. Con la cabeza baja proseguían su marcha los otros, esperando no andar muchos pasos en el mundo sin caer á su vez para no alzarse.

Otros, los que no podían ya levantarse, permanecían en las viviendas que habían hecho. Más mujeres que hombres había en éstas, sin embargo, con sus hijos en brazos algunas.

Eran estas tales viviendas bohíos de los llama-

dos *de vara en tierra*, y estaban tan mal construídos, eran tan bajos de techo y reducidos los más, á fin de dar lugar á los otros, que antes parecían guaridas de bestias, ó covachas de perro doméstico, que habitaciones de hombres.

Había bohío de aquellos, en el cual á duras penas hubiesen podido vivir dos personas, que contenía á media docena, de todas edades y sexos. Muebles, casi no tenían. En una sola cama de cuje y guajaca — donde se había podido conseguir guajaca y cuje para hacerla — dormían todas las personas que podían caber sin caerse, aunque no pocas veces colgaban los pies ó una mano por fuera. Durante el día, permanecían muchos en un rincón, embrutecidos, sin sentimientos, sin ideas, con la vista fija en un punto, en cuclillas, como si hubiesen vuelto al estado del más completo salvajismo, rayano de la irracionalidad.

Á la puerta de una de las susodichas chozas ó cuevas una mujer, sentada en el suelo, con el cabello en desorden, el vestido roto, y enseñando el seno con la impudez y despreocupación de los desesperados, forcejeaba angustiosamente por sacar de él una gota de leche para el hijo que tenía en sus brazos, y que con hambrienta avidez se lanzaba á él sin lograr que brotara nada de la fuente de vida, ya seca y agostada por la exhaustación y la anemia.

— ¡Mi hijo, hijito, espérate, por Dios, espé-

rate! — gritaba la madre, loca de dolor, como si él pudiera entenderla.

Y se daba, se apretaba los senos, imploraba con ojos y boca sin que le respondieran más que los gemidos é imprecaciones de sus compañeros de tortura.

— ¡Jesús, que me mata, por piedá! ¿No habrá quien tenga un poquito é leche? Pobre, mi hijito, que se me muere!

Otra *reconcentrada*, algo menos débil, la cual llevaba en brazos otro niño dormido, se acercó.

— Hijita, hijita — gritó la desesperada madre, cayendo de rodillas con su niño levantado en alto, por la salú del suyo, déle más que sea una gota, una gotica...

Llenáronse de lágrimas los ojos de la otra.

— Démelo acá — dijo — sosténgame á éste. Cuidao no se despierte.

— Pero... — repuso la infeliz, vacilando entre el gozo y la sorpresa y la pena — ¿y su chiquito, le queda después pa él?

— Démelo acá, no se ocupe, que ya él tomará y debe dejar algo pa los otros.

Y con abnegación realmente sublime sentóse al lado de la otra, y entregó su pecho, no muy lleno tampoco por cierto, al ansia del niño hambriento.

Luego se cambiaron nuevamente los pequeños. La más debil, besándole las manos entre sollozos á la que lo estaba menos, le dijo :

— No olbidaré nunca lo que me ha hecho.

— No sea boba, mujel, cuídese, cuídese y no se desespere. Hágalo por él, por su niño. Mire yo ¿ usté cree que si no fuera por el mío no me habría muerto ya? Adiós — añadió alzando la voz y mirando al otro lado de la calle. — ¡Pobre muchacha, tan buena! Mírela, ahí ba á buscar la comía pa su madre!

— ¿Quién es? — preguntó la otra negligentemente. — El poder de sorprenderse é interesarse, fuera de su hijo, ya apenas le quedaba, como á la mayoría.

— Tera, *la de* Dª. Rosa. — Mire, hija, lebántese y haga un esfuersito, y bamos á ver si hay modo é conseguir algo, que ya es *la hora é comer*.

Tomaba un tinte, en su boca y aquel sitio. la frase corriente última, de desgarradora ironía.

Haciendo un grande y penoso esfuerzo incorporóse la otra, sin embargo, y ambas siguieron el camino que seguía también, más adelante, Tera González, pues era ella, con efecto, la que había pasado hacía un instante.

Á algunas chozas de distancia, en compañía de dos mujeres más, que casi siempre estaban fuera, habitaban Tera y Dª. Rosa. Dormía cada una de ellas sobre una de las consabidas camas de cuje sobre el santo suelo. Como lujo inusitado quedábanles un banquillo que pudieron traer del campo con ellas, — único resto del mobiliario de su antiguo hogar quemado, — junto con una palanganita de lata y un peine casi tan desdentado como una boca de setenta inviernos.

Tera estaba, no pálida, que este término no podría en manera alguna retratar el color de su carita enflaquecida y seca. El suyo era indefinible, mezcla de terroso y amarillento, y sus manos, antaño tan infantilmente lindas, casi reducidas á piel y huesos. Aquel antiguo bien formado cuerpecito suyo, aquella esbeltez de palma, aquella ligereza de paloma habían desaparecido : sólo quedaba una armazón de huesos, cubierta escasamente por la carne descolorida, y ésta con un vestido, ó más bien unos cuantos guiñapos mal unidos. Conservaba, á despecho de todo, sus cabellos negrísimos, sedosos, y sus

ojazos más negros aún si serlo podían, cuya expresión profunda, apasionada y dulce al mismo tiempo, no habían sido poderosos á arrancarles todas las crueldades del destino. Alumbrado por este par de luminosos faros que en él ardían con más fuerza quizá que antes, agrandados y á veces prendidos con ardoroso fuego por la fiebre, aun era bello su rostro, y su figura estaba como transfigurada, pudiera decirse.

Inspiraba un sentimiento mezcla de admiración y piedad verla vagar al través de los grupos de condenados de aquel infierno de dolor, llevando una gota de miel á la amargura del padecer de los reconcentrados. Era el ángel de la paz de muchos de ellos. ¡Cuántos se habían dejado de suicidar por ella, por verla pasar algunas veces, sola, para ir á coger el *rancho*, cuando se lo daban, de manos de los soldados, que solían mirar con ojos codiciosos su figura de ángel, su aún hermoso aunque marchito rostro, triste ahora y serio, contrastando con los pocos años que en todas sus facciones y toda su apariencia se advertían!

Esta limosna del *rancho*, aunque insuficiente por desgracia, tanto cuanto lo fuera una gota de agua para apagar la conflagración de un pueblo, era debida á la caridad de Congreso de los Estados Unidos, el cual, en Mayo de 1897, había aprobado una asignación de $50.000 para la compra de provisiones con destino á los reconcen-

trados, *por ser muchos de ellos*, *ó alegar ser*, *ciudadanos americanos*. Con el permiso de España fueron enviadas, en efecto, dichas provisiones, y repartidas, por suerte, justo es declararlo, entre todos los necesitados, aunque no disfrutasen de aquel requisito y feliz privilegio de la ciudadanía. Así, al menos, se iban prolongando algunas vidas — ó algunos dolores.

El encargado de hacer el reparto de la escasa comida que iba quedando solía portarse para con Tera, por extraña excepción, de una manera distinta á sus compañeros. Era el tal un guerrillero, mas no hijo de Cuba, y, cuando estaba cerca de ella, no cesaba de mirarla con expresión tan verdadera é inexplicable de pesar — diríase de misteriosa desesperación — que hubiera dejado estupefacta y acaso conmovida á la infeliz si hubiera alzado los ojos para verlo.

Pero nunca los alzaba. Acostumbrada á la mortificación de los ojos insolentes de los hombres que la rodeaban, y á sus requiebros, se había acostumbrado también á cerrar los oídos y no alzar la vista.

Este individuo de que hablamos en particular, sin embargo, no se sonreía, ni tenía en los ojos ninguna llama impura ni tampoco ningún deseo ni pensamiento alguno que puros no fueran, al contemplar á la infeliz Tera, en el corazón ni en el cerebro. Pero ella no le advertía nunca, como va dicho, y retornaba á su cueva

con el repugnante *rancho* en la mano, mirando sí, entonces, en su derredor, á sus compañeros de infortunio, los cuales recibían aquellas miradas como rayos de sol que penetraran en la negrura tenebrosa de sus almas sin esperanza. Algunas veces se detenía un momento á hablar, saludaba á uno, sonreía á otro, y aun — cuando creía que le habían dado bastante, cosa que no dejaba de ocurrir, pues, intencional ó casualmente, siempre le daba el repartidor más que á ninguno, — entregaba una parte de su ración á otro más infeliz todavía, que no había logrado nada. Pero jamás reía ya como antes, con su risa antigua que llenaba toda la casita como el canto argentino y alegre de un canario. Y aun su misma sonrisa era ahora tan triste, tan triste, que antes inspiraba lástima y piedad que contento.

Cuando se alejaba, elevábase en su honor un coro de alabanzas.

— ¡ Pobresita, tan buena, tan linda, tan grasiosa !

Todos hablaban de ella, y luego volvíale más amargo y terrible á todos el recuerdo de su común estado, y tornaban á caer en el profundo pozo de su sombrío é indecible dolor.

Tera se iba á llevar el *rancho* á su madre ; la cual estaba en tal estado de anemia y achaques que apenas salía, y esas veces apoyada en su hija, y tenía en ocasiones períodos de indiferencia casi rayana de la idiotez incipiente.

Todos los días ocurría la misma ó parecida escena y todos los días se desarrollaba otra también, durante la repartición del *rancho*, por parte del ranchero; aunque esta última, muda en cuanto á las palabras, y sólo por la vista elocuente, no la advertía la muchacha, por la razón repetida de que no miraba. Pero la notó su madre un día, en que, habiéndola sacado un rato Tera, porque estaba muy débil y apenas salía, hubieron de encontrarse en la calle á aquel hombre.

De casualidad le vió la madre ; y, con ese instinto peculiar que todas las madres tienen, algo le hubo de observar de raro en los ardientes ojos á aquel militar, que miraba á Tera con tan extraña y dolorida cara, y algo también, á pesar del uniforme, que la recordó al punto haberle visto antes. Ni una palabra dijo en el momento ; siguió tranquilamente al parecer, pero al hallarse sola con su hija le preguntó si no había notado á un hombre que las miraba mucho, y á quien ella creía que conocía.

— Casi toos me miran — fué la respuesta. Pero yo no miro pa nadie. ¡ Son tan pesaos, tan bruscotes!

— Pero por argo te hablo de éste, hija. ¿No has notao uno, uno sólo, que te agüeita distinto á los demás ?

— No, no lo he notao. Y de toos modos, ¿ á mí qué? — repuso con indiferencia.

— ¿No te importa? Pues á mí sí. No me da

buena espina ese hombre, no me da buena espina; y luego, que quisiera sabel quién es... porque yo lo he visto otra ves, seguro, pero no sé, no sé...

— ¡Ah! — añadió de pronto, dándose un golpe en la frente con la mano, y hablando como para sí. — ¡Ah, sí, sí! Ya recuerdo ¿cómo no? ¡Er mismo, er mismito! Yo bien desía: ese hombre tiene argo de estraño.

— ¿Qué dises, mama? ¿Lo conoses tú?

— ¡Baya, que si lo conosco! Sí, tiene que ser. Y tú, tú también lo conoses ¡ya lo creo!

— ¿Yo?

— ¡Tú! No te acuerdas un día, que estábamos á la puerta el portalito cuando teníamos casa, y, con un suspiro de dolor añadió Dª. Rosa, no te arrecuerdas que pasó un hombre á cabayo, que tú misma me dijiste, dises: ¡qué hombre mas raro, mamita!

— ¿Aquél? ¿Aquél es? ¡Bamos, tu estás acaloráa..!

— Er mismo, te *güervo á repetil,* estoy segurita. Y más te digo — poniéndose grave, y disminuyéndole ya la momentánea y desusada animación que los recuerdos, el esfuerzo para recordar, la conversación y la sorpresa le habían producido. — Hija, óyelo bien, y ten cuidao: ese hombre... está enamorao é tí.

— ¿De mí, mamita? Por qué dises eso? — preguntó Tera con algún asombro, pero sin dar en

modo alguno al asunto la tremenda importancia que podía tener. — No seas boba, eso no pue ser.

— Dios quiera que no — dijo en solemne tono la madre. — Dios lo quiera. Pero no te orbides de esto, que yo soy bieja y tengo más esperensia que tú. Ojalá que me aquiboque, hija, pero se me afigura que no.

— Pues pierde su tiempo cormigo si es asina. Porque lo que soy yo, á naide quiero na más que á Andrés, fuera de mis taitas.

Y, arrojándose en los brazos de Dª Rosa que la miraba conmovida y preocupada, la abrazó cariñosamente y la besó, como si quisiera ahuyentar los oscuros presentimientos que intentaban invadirla.

Una mañana, después de haber comido algo con Dª. Rosa y dos ó tres mujeres más que apenas habían podido atrapar nada, se habían marchado las mujeres y habíase quedado dormida Dª. Rosa, — caso que muy á menudo le acontecía, — cuando vió Tera pasar, por delante de la especie de hueco ó agujero que formaba la puerta de la covacha en que vivían, á un hombre de uniforme que miraba con cuidado y disimulo hacia adentro, como espiando si estaba alguien. Algunos minutos después, tornó á pasar, se detuvo un momento como con intención de entrar, vaciló, retrocedió y, tras de haber dado algunos pasos para marcharse, como si de súbito tomara una resolución, entró, agachándose, en la choza.

Tera, confundida y asustadísima al ver aquello — pues dos veces que habían entrado otros dos hombres había sido para hablarle de cosas y hacerle proposiciones que ella en su inocencia no entendía al principio, y que, desgraciadamente y poco á poco había ido entendiendo, y para retirarse después, al escuchar su negativa, lanzando jura-

mentos y amenazas — retrocedió como una paloma amenazada, refugiándose tras el dormido cuerpo de Dª. Rosa, al cual puso de trinchera, mientras miraba con temerosos ojos al militar. Éste se había quedado parado mirándola también á su vez, y, lo que era sumamente extraño, no parecía menos agitado que la propia muchacha.

Al fin de unos segundos dijo el hombre, con voz insegura y la canturria especial del acento canario :

— ¿ Me tiene usté miedo?

Estremecióse toda Tera al oir aquellas palabras, á la vez por el tono con que eran pronunciadas y por los confusos recuerdos que le traían.

— ¿ Quién es usté? — preguntó á su vez.

— ¿ Que quién soy? ¿ No se acuerda de mí, de haberme visto ni una bes?

— ¿ Yo? No... digo, sí, creo... pero ¿ qué es lo que busca? ¿ Pa qué ha benío aquí? — interrogó de nuevo ansiosamente.

— Cálmese, cálmese — dijo él, que parecía por su parte irse calmando algo, aunque lentamente. — Na le boy á jaser. Ar contrario. Ahora le diré pa qué he benío. Pero antes contésteme, si quiere, esta pregunta : ¿ Me ha bisto usté antes, berdá?

Observándolo entonces con algo de sorpresa y curiosidad unida á su temor,

— Sí — repuso Tera. — Sí... un medio-

día, que usté pasó por casa, y preguntó no sé qué cosa.

— ¿ Y no me notó usté na de particular?

— No... sí... creo que tenía usté esa misma miráa que tiene ahora.

Con extraña y contenida violencia, saliéndosele al rostro y temblando en las palabras que pronunciaba, exclamó él entonces :

— ¿ Y no sabe usté por qué la tenía y la tengo?

— ¿Por qué? — interrogó Tera, aturdida y confusa, sin saber lo que decía.

Fué como dar media vuelta á la válvula de una caldera cuya agua estuviese en ebullición.

— ¿Por qué? ¿ Por qué? — repitió él, balbuceando. — Pues... porque la quería á usté y porque la quiero, la quiero toabía — añadió con voz sorda, alterada y empapada de dolor.

Tarde, aunque en seguida, arrepintióse Tera de su impremeditada pregunta, hija de su sencillez y de sus pocos años. Llena aún más de confusión que antes :

— ¿Á mí? ¿ Usté? ¿ Y pa eso ha benío aquí, á desírmelo? — exclamó sin saber dónde estaba parada.

— No, no he benío pa eso, no he benío pa eso. Pero ya que ha llegao la ocasión, quería bel si no lo sabía, ni tampoco lo que he estao sufriendo por usté, ni si sabe acaso que desde entonces, desde que la vide no he hecho más que pensar y más pensar en usté, y padeser

y ponerme triste y no haser na bueno. Y ya que no sabe na de eso, sépalo de una bes siquiera. ¡Cristo! sépalo. Por usté na más me he hecho guerriyero, por estar más serca de usté; por usté me yaman bobo argunos compañeros, porque no mato á nadie que no tenga armas, ni á denguna mujel le hago na, ni á dengún niño; y usté me ha hecho ser otro, me ha hecho hasta pensar en Dios, yo, rayos, yo que tenía er mismísimo demonio dentro el cuerpo antes de berla.

Como aguas estancadas largo tiempo, á las cuales se quitan de repente las macizas paredes que las encerraban y contenían, así se desbordaba la pasión oculta del infeliz en una inundación de palabras, que se convertía en erupción de lava ardiente al pasar por sus labios. Oíale Tera asombrada, agrandados los grandes ojos, algo sobrecogida, y comprendiendo confusamente que sin querer, ni conocer apenas á aquel hercúleo y afligido mozo, le había hecho mucho mal.

— ¿Ya está enterá? ¿Ya lo sabe? — prosiguió éste. Pues no es na eso, na. Si le fuera á contar lo que he padesío, los pensamientos tan nuebos que se me han benío al magín, las noches que he pasao en claro y los días que he pasao sin saber lo que me pasaba!... Pero ¡qué rayo! no hay remedio. Lo que siento, digo, no, no lo siento tampoco, es que por usté he yorao la única bes en mi perra bida, cuando ví en sus ojos que

usté no me quería. Porque ya sé, ya sé bien que no es posible, pero yo le digo too esto de toos modos, porque no pueo más, porque ya me mata, y porque er pecho no me pue resistil tanto!...

Si hubiera sido sueño el de Dª. Rosa, hubiérala despertado el rumor de la tempestuosa conversación que á su mismo lado se sostenía. Pero no era el suyo sueño, sino uno de esos pesadísimos sopores que, á pesar de que sólo parece que se dormita durante ellos, son mucho más profundos y difíciles de interrumpir que lo es el verdadero sueño. Varias veces, sin embargo, cuando alzaba mucho la voz el desesperado amante, se había movido la buena señora, y aun había parecido que iba á hablar; pero no había llegado á despertarse, y continuaba sumida en su profundo letargo cuando concluyó de decir aquél lo último que se ha copiado. La pobre Tera, anonadada y confusa como quien de súbito se encuentra en una senda extraviada, oscura y solitaria, rodeado de peligros desconocidos, no sabía qué decir, ni qué hacer, ni exactamente lo que le ocurría.

— Y yo — exclamó por fin, conmovida acaso — y yo ¿ qué culpa tengo de eso?

— Denguna — contestó él precipitadamente — denguna más que tener esa miraa y esa carita, y... pero no, no, tampoco, nadie tiene la curpa sino yo mismo, yo ó er demonio, que me puso este cariño en el pecho pa haselme sufrir, sufrir

y na más que sufrir, sin esperar na por lo que sufro...

Sintió una lástima grandísima al escuchar estas palabras, Tera, y, con compasiva voz,

— ¿Pero por qué, por qué se enamoró usté de mí? ¿por qué, si yo no pueo quererlo? ¿Usté no sabe que tengo nobio? — exclamó.

— Ya le he dicho denantes, creo, que sí. Y... y todavía más tengo que hablarle de ese particulal.

— ¿De mi nobio? — inquirió ella, nuevamente inquieta y doblemente interesada.

— Der mismo. Y más le digo : es lo principal pa que he benío.

— ¿Usté? ¿De Andrés? ¿Qué me tiene usté que desir? ¿Ha sabío argo de él? — preguntó, ya ansiosa, la muchacha, que desde la ida del hijo de D. Pancho Torres no había tenido noticias suyas.

— Argo he sabío — contestó, algo apaciguado de su anterior agitación, el hombre.

Habíanse ido aproximando un poco los dos insensiblemente en el calor é interés del diálogo, y ahora estaban ambos casi á los pies de Dª. Rosa.

Tera, ya sin miedo al isleño — pues su instinto le advertía que nada tenía en realidad que temer de él — y olvidada de todo para acordarse sólo de su novio, repuso :

— ¿Ha sabío? ¿de berdá? ¡Ay, dígamelo, dígamelo, por lo que más quiera! Usté no es malo, yo no pueo quererlo, pero seré su amiga siempre si

me lo dise. Usté no va á dejalme así sin saberlo ¿ berdá? — añadió mirándolo con sus ojos languidecidos y ardientes á la vez, y juntando, con un ademán hermoso y natural, las delgadas manecitas.

Con un suspiro, que parecía extraño huésped en su fuerte y robusto pecho, dijo él entonces:

— ¡Cómo lo quiere usté!

— Pero ¿ me ba á desir lo que ha sabío de él por fin? — interrumpió ella.

— Ayá boy, ayá boy.

Hizo una pausa muy pequeña, y dijo:

— Pues que he sabío hase poco — no se agite — que ba á benir.

— ¡ Que ba á benil! ¡Aquí, al pueblo! pero ¿pa qué? ¿ á haser qué? ¡eso no pue ser, no pue ser! — vacilando entre la sorpresa, el asombro y la alegría, y no pudiendo creer lo que escuchaba. — ¿ Cómo ba á ser eso? ¿Cómo es eso?

— ¿ No lo dije? ¡Ya no me deja usté hablar!

— Es berdá. Siga, siga, por su madre, que no lo boy á interrumpir más.

El enamorado, que parecía tranquilizado en la apariencia, aunque tenía un brillo siniestro en la mirada, que Tera, en su confusión, no advertía, prosiguió así:

— Pues ba á benil... porque ha caío prisionero, con su padre.

Atónita quedó Tera al oir aquéllo, y como abobada bajo el golpe de tal sorpresa.

Al notar que nada le contestaban, prosiguió el guerrillero:

— Así me lo dijo uno de la pareja de esploradores que yegaron hoy, de la colurna del coronel Martines que fué quien los ha cogío. Me lo contó él, que conosía á Andrés de antes de la guerra y que más luego fué y se metió á guerriyero. Paese que los cogieron en er combate el otro día. Y más me dijo: que el padre biene malo. Por eso lo cogieron, y al hijo por no querer desapartarse de él.

Tera, con los ojos muy abiertos, seguía escuchando, muda. ¡Prisioneros! ¡los dos! y ¿qué les harían? ¿qué les harían?

— Pero ¿es berdá, es berdá too eso? — preguntó de pronto.

— ¿Y qué nesesidá tengo yo de benirle á usté con mentiras por gusto? Si no lo cree, no tendrá que esperar mucho. No han de tardar muchos días en yegar. Bienen con er grueso é la colurna.

— Y... ¿les harán argo? — volvió á interrogar con sobresalto Tera.

— Con respetibe á eso, estése tranquila. Creo que no. Ya se ha io Weyler, y ahora el general Blanco ha dao orden de no matar á naide. Estése tranquila, que na les harán. Ya la cosa está muy diferente. Si hubiera sío hase seis meses, pue sel... Pero ahora no.

— Y usté — saltó de súbito nuevamente la muchacha — y usté ¿cómo bino á desilme eso?

(Viendo la tranquilidad, que casi parecía satisfacción, que había reemplazado en el rostro del canario á su primer desesperado aire.)

— Conque esas son las grasias que me se dan por el fabol ¿ no ? — respondió éste, oscureciéndosele de nuevo el semblante.

— ¡ Ah ! ¡ no, no ! — dijo Tera, ya arrepentida. No me haga caso ¡ si estoy como loca ! Y ¿ cuándo bendrá, cuándo ?

— Eso no sé desirle, pero pronto.

Á esta sazón hizo Dª. Rosa un movimiento más pronunciado que los anteriores, y pareció que iba á despertar.

— Pues me voy—dijo bruscamente el visitante al observar aquello. Se dirigió á la puertecilla.

— ¿ Ya se ba? pues oiga : grasias, grasias por la notisia — pronunció Tera tímidamente... — Ya ardía en deseos de comunicársela á su madre ; pero á pesar de toda su alegría sentíase en el fondo grandemente pesarosa por su infeliz y extraño enamorado.

Éste se volvió antes de salir, y su mirada encontró la de Tera, que expresaba conmiseración y bondad. Dió un rugido sordo y apagado el infeliz, quién sabe si de placer ó pena ; luego, dijo con voz más sorda aún, inclinándose para pasar por la puerta :

— No hay de qué. Buenas... y... y grasias también.

Salió y se alejó apresuradamente.

TERCERA PARTE

LA PAZ

Aquella noche tardó en dormirse Tera, y, cuando abrió los ojos, aún no era de día. Echada sobre el montón de paja que le servía de lecho, oyendo el rumor de la respiración cansada de su madre y de las otras mujeres que con ellas vivían y que casi la tocaban con sus cuerpos huesosos, púsose á pensar en lo que le había dicho el repartidor del rancho, en las palabras de fuego de éste, en su extraña declaración, en la noticia inesperada que le había dado. Sobre todo esto y muchas cosas más reflexionaba, viendo al fin cómo eran verdaderas las advertencias de Dª. Rosa, respecto al amor de aquel selvático guerrillero, y encontrando algo raro que, estando éste enamorado de ella, le trajese la noticia de la próxima llegada de su rival, y no pareciera sentirlo gran cosa, á juzgar por su aspecto cuando la daba. Aquello debía de ser, en la opinión de Tera, que él intentaba, siendo bueno para con ella, obtener, ya que no su amor, su simpatía al menos. ¡ Si hasta parecía alegrarse de la venida de Andrés! ¡Vaya con el hombre ! ¿ Quién lo entendía?

Y al fin y al cabo ¿qué? — se dijo, cansada de

meditaciones, la muchacha. No se preocupó más del asunto al venírsele al pensamiento, llenándoselo todo é iluminando á sus ojos la obscuridad y miseria de su aposento y su existencia, el de que iba á venir su novio muy pronto, é iba á tenerlo muy cerca de ella. ¡ Qué bueno ! ¿ Qué tenía que temer ya, estando junto á él ? ¿ Qué podrían hacerla, si hasta la muerte la hubiera arrostrado, estando con él, sin miedo alguno, llegado el caso ? De la causa que producía esta aproximación, como mujer al cabo, no se le importaba gran cosa : caer prisionero no era ninguna deshonra, y no corría peligro Andrés, ni su padre. La cuestión, la gran cuestión era que venían. Ya no estarían solas y sin amparo su madre y ella.

Con esta seguridad y alegría en el alma vió surgir la ahora triste y siempre divina aurora de Cuba, alumbrando la soledad desolada de los campos y las siniestras y míseras multitudes hacinadas en las poblaciones. — Aquel día casi casi le salió á la cara á Tera algo como un destello de su antiguo sonrosado que daba á su color moreno un tinte tan hermoso. Viéronla hasta sonreirse sin tristeza; y cuando fué á tomar su parte de *rancho*, alzó los ojos al ranchero, que le tenía los suyos clavados, y con profunda emoción y sorpresa del infeliz, le dió, envueltos en aquella mirada y una sonrisa amistosa, los buenos días. Le estaba agradecida por la noticia que le había

traído y, como ya no le temía, se arriesgaba á no ponerle tan mal rostro como á los demás.

El pobre Joaquín le entregó la roñosa comida con el pulso tan tembloroso, que en poco estuvo que se derramase toda. Lo cual hubiese dado lugar á una horrible escena entre los que estaban cerca, que se hubieran lanzado en seguida á atrapar, aunque fuera cubierto de polvo y suciedad, un pedazo de la vieja y endurecida carne de lata ó un puñado de no menos endurecidos y avejentados garbanzos.

Pero sí que algo le tocó á algunos, de todos modos. Porque — fuese por distracción, confusión ó de propósito—lo cierto fué que le puso Joaquín ración doble de la acostumbrada, y Tera, por aquella vez, pudo entregar á su regreso á dos ó tres infelices como ella algunos bocados más conque sostenerse é ir engañando el hambre.

Cuando llegó junto á Dª. Rosa pusiéronse á comer las dos, que aquel día estaban solas por casualidad, ávidamente, como lo hacían siempre todos los vecinos. Notó la madre cierto júbilo reflejado en los ojos de Tera, júbilo que no había observado antes porque desde el día anterior había estado en un estado de alelada indiferencia, de inconsciencia casi, en que á menudo se quedaba sumida, y que era el fruto de los golpes recibidos y abstinencias pasadas y presentes, por la anciana y buenísima mujer soportadas.

Habiéndose reanimado algo con la comida,

menos escasa en aquella ocasión que en otras, preguntó á Tera, doblemente alegre ahora por ver aquella reanimación de su pobre madre, á quien cuidaba y procuraba alimentar más y mejor que á sí misma, la causa del contento que se desbordaba en toda la expresión de sus facciones.

La muchacha, que estaba desde el día anterior rabiando por comunicar á alguien su secreto, dándola un beso de cariño se lo refirió todo, y no quedó menos sorprendida Dª. Rosa que ella lo había estado, por más que lo del amor de Joaquín no le extrañaba, porque ya lo conocía, aunque sí la dejó un poco preocupada.

— ¿Y dises que pronto están aquí? — preguntó después.

— Prontico. Hoy ó mañana mismo, quisás yeguen. Qué bueno ¿ eh, mama?

Miróla Dª. Rosa con sus ojos apagados y débiles, y sonrió débilmente.

— Tú no piensas más que en lo que te conbiene.

Calló y pareció reflexionar.

— Pero — prosiguió — lo que no entiendo bien, es el empeño de ese guerriyero en darte la notisia.

— ¡ Si de todos modos lo tenía yo que saber! Y él diría, mejor se la doy de una bes, y así ar menos tienen que agradeserme argo.

— Pue ser, sí, pue ser — repuso, aún algo pen-

sativa, la buena mujer. — Lo que me alegra — añadió cambiando de pensamiento y de tono — es que trairán notisias también de tu padre y de Juaniyo.

En tanto, ardía en el pecho del desgraciado primo de Ángel Pérez una empeñada y devastadora lucha de pasiones buenas y malas, lucha que había tenido alternativas, pero no había cesado desde el día en que se convenció Joaquín finalmente de lo desesperado del amor que en mal hora había concebido. Á veces la rabia ciega de los celos — que era acaso la más fuerte de las partes beligerantes — le susurraba consejos de exterminio y sangrienta venganza que él escuchaba alhagado; pero luego el amor, aquel en él extraño amor, realmente puro y tierno á pesar de lo áspero é inculto del terreno en el cual había echado tan hondas raíces, le refrescaba el alma y aquietaba un poco con pensamientos de adoración y pureza que nunca había tenido...

Entre estas y otras cosas, tumbos y tropiezos, había ido, sin embargo, madurando su plan primitivo, un plan que empezó á concebir en la misma para él infausta noche en que su primo Ángel le comunicara la existencia de un rival correspondido y la imposibilidad completa de serlo él, si es que llegó á abrigar alguna vez tal esperanza. Por algún tiempo había abandonado Joaquín aquel plan, por no ser posible

ejecutarlo. Pero ahora, próxima la llegada de aquel odiado rival, y teniendo en cuenta el carácter del isleño, su estado, sus proyectos arrinconados por inservibles al pronto, pero que podían ser vueltos á sacar de su obscuridad y abandono, sumando todos estos datos podía temerse con algún fundamento que no dieran resultado bueno.

Por lo pronto, no lo habían dado malo, sin embargo. Se había decidido á avisarle á Tera, al recibir la noticia de haber caído prisioneros D. Pancho Torres y su hijo, pensando que ese sería un buen acto de política y diplomacia, y que como vecinos que habían sido, aunque por corto tiempo, no le extrañaría á ella, y probablemente le agradaría mucho, que él la hiciera el servicio de anunciárselo.

Pero no contaba con la huéspeda de su violenta pasión. Al hallarse en presencia del objeto de ésta se le habían agolpado de súbito en la memoria todos los amargos padecimientos y desengaños que había pasado ; y viéndola tan linda aunque desfigurada y mal vestida, tan pura, tan distinta, según él creía, á todas las demás mujeres que había conocido, al oirla preguntarle lo que quería, no había podido contenerse, y, aunque entraba en sus planes que ella no supiese nada de su amor, se lo había dicho todo, alentado quizá por una esperanza loca — tan loca como fué efímera y pasajera.

No obstante, después de haber soltado algo de aquel peso, comunicándoselo á ella, se sintió relativamente más calmado y había podido darle cuenta de lo que se había propuesto decirle. Pero, luego que la dejó, habíanle vuelto con más furia aún sus antiguos celos y desesperaciones, y, lenta, pero seguramente, iban convirtiéndose en su espíritu, los vagos proyectos que hacía algún tiempo acariciaba, en planes fijos y resueltos.

Que venían el padre y el hijo era seguro : así, al menos, se lo había comunicado á Joaquin su compañero, dándole seguridad de ello, y de que vendrían pronto : dentro de tres días á todo tirar. D. Francisco, decía, estaba bastante enfermo, había cogido unas fiebres que no había forma que se le quitaran; había enflaquecido y desmejorado mucho.

Lo que ignoraban los dos prisioneros era que en el pueblo, además de Tera y su madre, había también un tercero que podía ser un tercero en discordia ; que probablemente se tendrían que encontrar ; y sabe Dios lo que de este encuentro resultaría.

Pensando en todo esto, se le pasaron dos días á nuestro fiero enamorado sin que cambiara durante ellos una palabra más con la muchacha, si no eran los *buenos días* y las *buenas tardes*. Lo que más le escocía y más y más lo desazonaba, era el haberle comunicado el secreto de su pasión, ahora que veía que de nada le había

servido, mas que para ponerle en peor posición de la en que estaba, y al descubierto y sin defensa.

Pero poco más habían de durar ya las dudas y cavilaciones de una y otra parte. La columna del coronel Martínez, que era esperada con ansiedad creciente, aunque por diversos motivos, por distintas personas, debía estar para llegar de un día á otro.

Dos más pasaron, no obstante, y no fué hasta la tarde del tercero cuando Tera, que en aquellos momentos salía, para ir al bohío de al lado, por el mezquino agujero que era la puerta del suyo, se vió de pronto á Andrés — el cual había averiguado en seguida dónde estaba ella, y llegaba en aquel instante — á menos de tres pasos. Dió uno atrás, sorprendida y dichosa. Entró él.

— ¡Andrés! — exclamó ella.

Y como si no pudieran creer que estaban al fin, realmente, uno frente al otro, ambos se miraron asombrados.

— ¡Andrés!

— ¡Tera! — pronunció solo, con acento que era un poema de asombro y dolor, el novio.

Quedáronse perplejos un segundo.

— Tera, Tera, ¿eres tú? — No se atrevía á reconocerla en aquel estado.

— Yo soy, sí, Andrés, yo soy; por fin, ¡ay, mi madre! por fin te beo!

Se habían aproximado. Juntáronse sus manos sin saberlo, tras de sus manos sus labios, y allí, en medio del horror del hambre y de la

muerte, su primer beso como que adquirió algo de la solemnidad del dolor que les rodeaba.

Quedaron un momento mudos, cogidos de las manos, sin palabras con que expresar sus sentimientos. Luego se sentaron muy cerca uno de otro.

Él la miró, la miró sin abrir boca, con ojos llenos de lágrimas, de pasión, de piedad indecible...

— ¡ Pobre, pobre Tera ! ¿ Será posible ? ¡ Pobre ! — No sabía decir más.

— Paresco otra ¿ berdá ? — dijo Tera — ayer no comí na ¿ tú sabes ? to se lo dí á la señora esa del otro cuarto, que tiene tres hijitos muriéndosele y no tenía na que darles, por eso. Pero no importa : ahora que estás tú aquí me boy á poner gorda, gorda : era por eso, de tanto pensar. Pero ya no te bas á separal más de mí ¿ no es berdá, Andrés ?

El seguía mirando, sin contestar, inmóvil, atontado por la pena y la sorpresa, aquella boquita consumida, las manecitas huesosas, el cuerpo flaco.

— ¿ Por qué te pusieron así, Tera ? ¿ Por qué te han hecho esto ? ¡ Ah, Dios ! ¿ qué has hecho tú ? — gimió desesperado, casi desvariando.

— Toy muy flaca, sí, muy flaca, de debilidá — Pero hay otras que le dan menos. — ¿ Toy muy fea, Andrés ? — Con los ojos brillantes de ansiedad se le aproximó más, rozándose casi sus caras.

— No, no, fea no, más linda que antes, más linda — Y contemplaba el hermoso rostro de virgen mártir con apasionada y dolorida admiración.

— Pero ¡ qué desmejoraa, que delgaducha, Dios santo ! ¡ Mi pobre Tera ! ¡ Mi bida !

Besóla una mano, como si fuera la de una santa.

— ¡ Ay, Birgen ! — dijo ella — ¡ ay, mi madre ! ¡ Cuánto tiempo padesiendo ! Pero ya estamos juntos otra bes.... ¿ Me quieres, Andrés, me quieres mucho? — preguntó de repente, como antes, en los días en que tenían sol y alegría, y verdura en los campos y *guateques* en el bohío.

— Mucho, mucho, más que nunca. — Miró en derredor. Calló, oprimido, serio.

— ¡ Qué cuarto ! ¡ Qué basura ! Y á Dª. Rosa, también la han metío en esto ?

— También, también. ¡ Ah, tú no sabes ! — respondió ella, contristándole más que su propia infelicidad la mención de la infelicidad de su madre. — ¡ Pobre mamita ! ¡ Á su edá !

Él no maldecía ya, reconcentrada y enmudecida su tribulación.

— ¿ Y aónde está eya ? Aónde ha ido ?

— Aquí ar lao stá, consolando á la señora é los tres hijitos que se le murió uno de debilidá ayer. Esa también tiene er marío en la guerra... ¡ Ah, mírala, aquis tá !

Volvióse Andrés, y vió á Dª. Rosa, hecha una lástima. Se levantó casi tambaleándose.

— ¡ Dª. Rosa, mi madre !

— ¡ Ya llegaste, Andrés ! — débilmente repuso la guajira, demasiado extenuada para poder sorprenderse ya ni excitarse. — Ben acá, hijo, dame un abraso. — Y lo abrazó como si realmente hubiera sido un hijo suyo.

— ¡ Tánto tiempo, tánto, y tántas cosas ! ¡ Ay, Dios ! ¿ Y tu padre ?

— Á la enfemería lo han yebao por ahora. Á mí me han dejao libre entro er pueblo, pero no pueo salir de la sona é curtivo por ahora. Pero aquí no se pue bibir. Esto es desmasiao atrós.

— Desmasiao, hijo, desmasiao. — Hablaba jadeante, medio distraída, cansada. Sentóse, ayudada por los novios.

— ¿ Y tú ? — prosiguió después. — Tú no estás tan cambiao como nosotras.

— En el campo, cuando no se come, se respira aire libre — dijo él.

— ¡ Es berdá, es berdá !

Quedó con la vista errante. Los dos jóvenes quedaron de pie, observándola.

— ¡ Pobre mamita ! — dijo Tera, bajando la voz. — ¡ Cómo la han tratao ! En la guerra no se tiene compasión con nadie, con nadie...

La madre oyó las últimas palabras y tornó los ojos á ellos.

— Y tú, Andrés, — prosiguió después de descansar un momento — y tú ¿ no cuentas na ? Á ber

arrímense, siéntense. ¿ Qué tal están Juaniyo y su padre? ¿ Dónde los dejaste?

Era lo único que hondamente le interesaba ya.

Tera se sentó. Para Andrés no quedaba asiento.

— Buenos — repuso éste — buenos, ayá los dejé : Eyos no saben toabía esto de ustedes. Ojalá que no lo sepan tampoco.

— ¿ Y tienen de too? ¿No les farta na, Andrés?

— No, no farta... cuando hay. ¡ Pa lo que se ocupan ayá de estar bien ó estar mal!

— Y Juaniyo — preguntó Tera — y taita ¿ no han enflaquesío? ¿ No se han desmejorao? ¿Están contentos?

— Ayí en habiendo un puñao é buniatos pa comel y otro puñao é munisiones pa la canana, siempre está uno contento — dijo él, que nunca antes matara una hormiga, con acento natural y convencido.

Callaron los tres.

— Pero aquí, ¡ ah, qué barbaridá! — exclamó Andrés de nuevo, todavía espantado. — ¡ Si yo sé esto!... debían haber benío toos ustés con nosotros!

— Pero — repuso á su vez la anciana — ¿ quién iba á creer entonses que habíamos de yegar á esto?

Tras de un instante de penoso y elocuente silencio,

— Bueno — dijo Dª. Rosa, hablando casi con trabajo — y tú ¿qué piensas hasel?

— ¿Yo? — repuso con vehemencia el muchacho. — Pues largarme de aquí si pueo en cuanto me dejen libre de salir de la sona, pero ustedes tienen que benir también con nosotros, si nos bamos, con taita y yo. Aquí no me quedo, ni las dejo á ustedes ya en cuanto pueda — añadió, poseído de una resolución desesperada.

Dª. Rosa quedóse un momento pensando.

— Habla bajo, hijo, habla bajo, que no estás en Cuba libre y pue haber quien oiga y quien agüeite. En eso que dises había yo pensao mucho, por barios motibos ¿tú sabes? sino que no tengo ánimo pa haser na.

— Pero ¿y á dónde íbamos á ir? — preguntó Tera. — Si casi too está igual...

— Dondequiera. — ¡Quién sabe! Otro pueblo quisás esté argo mejor.

— ¿Y tu padre? — dijo Dª. Rosa.

— Mi padre pue andar, y ér mismo me lo dijo cuando entramos y bió argo de too esto. Díseme: hijo, si no nos bamos pronto de aquí, me muero.

En aquellos momentos un rayo de sol se entró por la gacha puerta del bohío. Era uno de los últimos del sol de aquel día, que ya se ocultaba.

— Mamita, ya es la hora de comer — exclamó Tera.

Se había acostumbrado ya á aquel reloj, que otro no había.

— Yo me boy ahora pal Hospital, donde está taita — dijo Andrés. — Boy á ber cómo está.

— Sí, sí — apoyó la madre. — Bes cuanto antes. Mañana iremos nosotros, que hoy ya no dejan. ¿Y tú bibes ayí en el hospital también?

— Ayí me dejan quedarme por la noche, unas beses dormiré en el suelo, otras en un corchón y otras sin na, y me darán rancho cuando lo haya como á toos. Cúidese, Dª. Rosa; Tera, cuídala bien, y cuídate tú, mi alma!

Unió á la madre y á la hija en un solo abrazo, y, con ojos secos y el corazón empapado en lágrimas de angustia, huyó en dirección al Hospital por entre las estrechas callejuelas, bajando los párpados para no mirar, y sin poder cerrarse los oídos para que no le entrase por ellos el aire mefítico cargado de sollozos, imprecaciones y gemidos.

De repente se sintió detenido.

Alzó la vista, y vió delante de él plantada la figura rústica y fornida de Joaquín, el guerrillero, iluminado el rostro por la llama de ira que le ardía en los ojos pequeñuelos.

— ¿ Pa ónde ba usté? — preguntó el canario, sin saber lo que decía, y queriendo buscar querella de cualquier manera.

Y al mismo tiempo le cerraba el paso, en actitud provocativa y de matón resuelto.

— ¿Que pa ónde boy? — repuso Andrés, lleno de sorpresa y contrariado. — ¿ Y á usté qué le importa?

— Mucho : más de lo que usté se figura. — ¿No me conose?

— ¿ De aónde lo boy á conosel? Baya : ¿ qué es lo que quiere?

Y se quedó también plantado á su vez, decidido á averiguar qué tenía que ver con él aquel hombre á quien nunca había visto, y qué motivo para preguntarle á dónde iba.

Esto era lo que buscaba el otro ; y ambos que-

daron un instante mirándose frente á frente, el uno con irritado asombro, Joaquín con rencor sañudo y concentrado.

— ¿Qué es lo que busca? Bamos, de una bes, ¿por qué me para así, sin más ni más? ¿Yo qué tengo que ber con usté?

— Más de lo que se figura — repitió la voz enronquencida.

— ¿Yo?

Echando hacia atrás la cara con aire impertinente é insultante, dijo entonces el rival:

— ¿Usté es el nobio de una muchacha que le disen Tera?

Al grado más alto del termómetro de su sorpresa subió de un golpe el mercurio en el pecho de Andrés. Pero reponiéndose algo, aunque sin comprender qué tuviera que ver aquel bestia con su Tera, repuso fríamente:

— Sí, señor, yo soy en cuerpo y arma. — ¿Qué se le ofresía?

— Desirle á usté dos palabritas na más — contestó el otro.

— Pues ya las está disiendo.

Quedóse un momento el mocetón confundido al ver la serenidad de Andrés, y un poco sorprendido por la inesperada rapidez con que se le abría la puerta para que saliera sin vacilar por ella á terreno despejado y limpio. Y le aconteció, á pesar de estar tan preparado y decidido, permanecer unos instantes sin saber cómo empezar,

acaso de tantas cosas como hubiera dicho y tanta hiel y amargura como hubiera tenido que sacar con ellas.

Con los ojos solamente, y en un segundo, le dijo á Andrés lo que le pasaba, y de tan claro modo, que bien pudo entenderlo el rival afortunado; pero no lo entendió ó no quiso, y tornó á decir :

— ¡ Baya, ya los ta disiendo, ó me boy!

— Pues ha de saber usté — dijo precipitadamente el otro, como si una de las furiosas olas de contenida rabia que le azotaban el pecho hubiérale subido á la garganta amenazando ahogarlo — pues ha de saber que... yo también la quiero.

Aquí quedó Andrés como quien ve visiones. Jamás se le hubiera ocurrido á él ni á ninguna otra persona, que aquel animalote pudiera enamorarse de nadie. Su primer sentimiento profundo, avasallador, instantáneo, fué, pues, de asombro; de modo que, con voz y expresión de ingenua y profunda extrañeza, que llegó, sin embargo, como la más sangrienta ofensa al alma de aquel á quien la palabra iba dirigida, exclamó mirándolo :

— ¡ Usté!

— ¡ Sí, yo, rayos, yo! ¿ Y qué? ¿ Qué se figura usté? Yo¿ ya lo sabe? Yo mismito, y por eso lo he parao, pa desirle eso y que eya no ha de ser suya sino mía ¿ oye? ¡ mía! *Y si quiere argo, abise.*

Las pasiones más salvajes brillábanle en los inyectados ojos al decir esto. Andrés dió un paso atrás, como si viese una bestia feroz; y reemplazando á la carrera en su corazón la indignación y el coraje á la sorpresa, subióle al rostro una oleada de sangre y, con acento esta vez de indecible, iracundo desprecio, y mirada más desdeñosa todavía,

— ¿De usté? — le dijo — ¿de usté? Es usté desmasiao *ruin* pa que eya lo puea mirar siquiera.

— ¿Ruin? — rugió el isleño, ya loco de rencor é ira. — Pues así, ruín me ba á tener que querer eya, y así, ruín y too no lo considero á usté dino sino pa aplastarlo con la punta er pie. Así, — é hizo ademán de triturarlo bajo la ancha suela de su zapatote de cuero.

— Quisiera berlo — contestó Andrés, casi en el mismo estado de furia que su contrincante.

— Pues cuando quiera se lo pueo probal.

— Pa luego es tarde.

É hizo á su vez ademán de echar mano al machete que aún llevaba pendiente de la cintura.

Pero Joaquín no se movió siquiera. Volvió la cabeza, mirando á un lado y otro. En la oscuridad que ya se había extendido, veíanse cruzar siluetas vagorosas de reconcentrados que se dirigían á ver si atrapaban algo que engullir, y algunos oficiales y soldados que pasaban. El fiero enamorado volvió la vista á Andrés, y con

la aparente calma suya, que á menudo, como entonces, envolvía una tempestad, extendió el brazo y dijo :

— Guárdese eso. Ahora no puedo.

— ¿No puede? — preguntó Andrés, mirándolo con desconfianza, aún sacudido de enojo.

— No pueo pelear aquí, porque si no me prenden y me castigan. Tengo que repartil elrancho: ¡Ojalá que pudiera! Espéreme mañana á la salía er pueblo, al aclaral, si es hombre.

— Argo más que usté — repuso, de nuevo enfurecido, Andrés. —Ya se lo probaré, arrastrao, ya que ahora no quiere. Cuando guste.

— Pues mañana. — Había vuelto á adquirir su extraño dominio de sí mismo : había conseguido ya lo que deseaba. — O usté ó yo — agregó. — Los dos juntos no. O usté, ó yo — añadió aún, alejándose ya.

— Sí, ó usté ó yo, ya lo veremos — repitió el muchacho, envainando el machete. — ¡Ah, canaya! ¡Querer enamorar á Tera!... Pero ¡y taita! ¡Lo había olbidao!

En efecto, no se había acordado de que quizás lo necesitaría y estaría aguardando, ni de que él tenía que comer también, pues apenas había probado bocado. — Apresurando el paso, pronto llegó al Hospital, y se entró en él, en busca de su padre.

Hallábase éste en condición muy distinta, de espíritu y de cuerpo, de aquella en que habitualmente se encontrara antes de enfermarse; aunque fuera satisfactorio casi, aquel su estado, puesto en comparación con el de las tres cuartas partes de los infelices que llenaban el pequeño pueblo. Había enflaquecido bastante Torres, y parecía mucho más viejo, contribuyendo á esto las crecidas barbas y miserables ropas que llevaba y las rudezas y penalidades de la guerra, que había sufrido. Su antiguo carácter chancero y socarrón había cambiado bastante, por más que acaso no fuera radical y definitivo este cambio, sino fruto en sazón ahora, pero de poca vida, de su propia enfermedad, en injerto con sus cavilaciones. Porque D. Pancho parecía haberse vuelto pensativo. Á menudo se ensimismaba, sumido al parecer en tenebrosos pensamientos que le subían al cerebro, y Andrés, aunque no gran observador, había concluido por echar de ver y extrañar algo estas meditaciones cuya causa obstinadamente le ocultaba su padre.

Creía el hijo haber notado también que aquel

cambio de carácter databa de no muy lejana fecha, y de unos misteriosos secreteos que en el campamento había solido tener D. Francisco con Ángel Pérez, su antiguo vecino. El asunto de estos secreteos era un enigma para Andrés.

Lo cierto era que tenía cosas raras su *taita* desde entonces; sobre todo, su afán inesperado y súbito de llegar al pueblo pronto... Y aunque esto ya se podía explicar por Tera y Dª. Rosa que en él estaban, lo curioso del caso era que ni una vez le había preguntado á su vástago por ellas ni se había ocupado para nada de las mismas estando ya cerca de ellas, sino que parecía sumido más y más en un pensamiento fijo y oculto.

Cuando llegó Andrés aquella noche á donde él estaba, lo encontró, no acostado, sino paseándose á un lado y otro enfrente de la cama. Las de ambos lados se hallaban á la sazón vacías de enfermos. El médico no había de venir ya hasta el día siguiente, y D. Pancho, que estaba en aquel momento algo mejor, no *se hallaba* en la cama, y aprovechábase del permiso que tenía, para moverse un poco.

El aposento era bastante sucio y estrecho, de madera con filas de lechos, vacíos muchos de ellos y otros con enfermos, los más ó todos dormidos ó adormilados, y estaba alumbrado escasamente el conjunto por dos faroles de gas colgados del techo. D. Francisco tenía en aquella ocasión el aspecto preocupado é inquieto que ya se iba

haciendo casi habitual en él, y, en cuanto atisbó al muchacho que llegaba, pareció tomar una resolución de decirle algo que tenía guardado; porque se le quedó mirando fijamente, de pie delante de él.

Pero no llegó á abrir la boca; y Andrés, que tenía también por otra parte sus motivos para no estar muy ligero de carga y alegre de corazón, sin reparar en la cara del anciano le preguntó, bajando la voz para no despertar á los dormidos :

— ¿Ya comió?

— Ya — fué la respuesta — ¿y tú?

— Toabía. Á eso boy ahora. Quería ber antes si tenía nesesidá de argo.

— De na en este momento.

— Pues entonses, boy en un sarto y güerbo.

Dió algunos pasos para salir. D. Pancho, que parecía indeciso y como medroso de preguntar algo,

— ¡Ah! Oye, Andrés, bas á comer ahora ¿no? — le preguntó para que retrocediera.

Lo cual hizo en efecto éste.

— ¿No se lo he dicho? Sí. ¿Deseaba argo?

— No, no, na, naitica. Bete á comel.

Fuese de nuevo Andrés, algo extrañado, y el padre quedó midiendo con sus pasos el pavimento de la enfermería.

Cuando retornó el muchacho, aún seguía D. Pancho su paseo, y lo siguió por algunos mi-

nutos más. Tras de los cuales se volvió y preguntó, fingiendo indiferencia :

— ¿Ya comiste? *¿Te dió bastante comida el ranchero?*

— ¿Qué ranchero? ¿El de los reconsentrados? No ; ¿ usté no sabía que yo comía aquí en el Hospital?

— ¿Aquí?... ¡Ah, sí! Entonses... entonses... no conoses al ranchero ¿no? ¿no lo has bisto?

Tan extraña ansiedad se delataba en la voz y el aspecto de D. Francisco al hacer esta simple pregunta, que, lleno de asombro, lo miró Andrés para adivinar por su semblante la intención de su frase. Instantáneamente se le ocurrió al último que su padre se la dirigía por el encuentro que acababa él, Andrés, de tener ; pero en seguida comprendió que no era posible que ya hubiese llegado á su noticia.

— Como conoserlo — repuso, embarazado sin embargo, y no queriendo mentir sin necesidad — como conoserlo, sí lo conosco. ¿Por qué lo dise?

— ¿Yo? Pol na. Una pregunta. ¿Y te ha hablao?

— Sí.

— ¿ Sí? — Y la expresión ansiosa del rostro de Torres subió de punto. Y ¿ qué te ha dicho? ¿Na de particulal?

— Na. ¿ Qué me iba á desil?

Pero el embarazo de Andrés le vendió, ha-

ciendo al padre atribuir aquél á otra causa.

— Bamos, tú me ocurtas argo — dijo arrimándose y poniendo una manaza en el hombro á Andrés, que se había sentado sobre la cama. — Si te ha pasao arguna cosa, cuéntamela, hijo, cuéntamela, que no's ta bien eso de ocultar na á su padre.

Turbóse más Andrés, vacilando en hablar. No estaba acostumbrado á mentir ni engañar jamás á D. Francisco, á quien siempre había comunicado todos sus pensamientos y que era un amigo mayor, experimentado y cariñoso, para su hijo. Dudaba éste, sin embargo, que si le confesaba su reciente conversación con el guerrillero, no fuera á querer impedir que se encontrasen al siguiente día; y este era el único motivo que le sujetaba para no referírselo todo. Por ello permaneció con la cabeza baja, cortado y confuso, y D. Pancho, ansioso y preocupado á su vez, quedó observándole.

— Andrés... — dijo luego.

Y lo sacudió suavemente por los hombros.

Andrés alzó la cabeza.

— Mande.

— Mira, hijo, á tí te ha pasao argo, ya te lo he dicho, no lo has podío ocurtar, con el ranchero. Tú nunca me has ocurtao á mí na, porque sabías bien que yo no te hasía na y siempre te daba consejos pa que hisieras lo que debías hasel en toas las cuestiones. Cuéntame, hijo, cuéntame,

que yo te prometo que, sea lo que sea, no haré más que haser lo que he hecho siempre. Ahora que estamos solos, cuéntamelo.

Andrés parecía hacer esfuerzos y luchar consigo mismo. De súbito pareció tomar una determinación. Sí, no debía engañarlo, y menos, malo como estaba. Y después de todo ¿ qué? él no lo iba á hacer quedar mal de ningún modo: era muy puntilloso en esas cuestiones, siempre le había oído decir acerca de esos asuntos que el padre no debe nunca hacer *quedar mal* al hijo. Se lo contaría, pues, ¿ por qué no? Ya él le había prometido que no haría más que aconsejarlo, fuera lo que fuera, y á él, á Andrés, le quedaba el recurso de hacer otra cosa, si lo creía mejor.

— Pues sí, se lo boy á contar á usté ¡ qué diablos! Ya soy bastante hombre pa saber lo que debo hasel y no me ba á impedir que lo haga, cuando no está bien otra cosa.

— ¡ Claro! — dijo gravemente D. Pancho. — Pero ¿ cuál es la cosa? Á ber, dime.

En la única silla que allí había sentóse, enfrente del que por tanto tiempo había creído ser su único hijo, y Andrés, á su vez sentado sobre el borde del lecho, empezó á contar su visita á Dª. Rosa y Tera, primero, y luego su encuentro con el guerrillero.

D. Pancho Torres no varió de posición, ni pestañeó, ni aun pareció respirar mientras Andrés hablaba. Escuchaba con ansiedad profunda

y creciente, y con terror que también crecía á medida que avanzaba el relato. Sentíase abrumado de pensamientos dolorosos, confundido, anonadado ante aquella complicación, quizás castigo de lo Ignoto por un momento de olvido del deber, que se le venía encima.

Cuando concluyó Andrés, quedó el padre con la cabeza baja, agitados el pecho y la respiración, secos los ojos, la mirada fija. ¡Cómo se precipitaban los acontecimientos, y en qué forma! ¡Santo Dios! ¿Sería posible todo aquello? Sería posible lo que le había contado, lo que le había *probado* Ángel Pérez, y lo que le acababa de contar su hijo? ¡Y él, que aquella noche misma se había decidido, no pudiendo soportar más la carga fatigosa de sus ideas, á preguntar algo á Andrés, aun á riesgo de que pudiese éste entrar en sospechas, no se había figurado que iba á saber más, mucho más de lo que hubiera querido!...

¿Qué hacer? ¿Qué decidir? Nada, nada, nada se le ocurría en aquel amargo trance, encrucijada de su vida en que se cruzaban todos los caminos buenos y malos que había seguido. Tenía el cerebro tan cargado y el corazón tan lleno y el alma tan repleta y afligida, que se maravillaba de que no estallase su ser en aquella hora de expiación y sufrimiento.

Y, en tanto, había olvidado por completo á Andrés, el cual, más maravillado que él, lo contemplaba, como alelado, confundido también,

aunque por causa mucho menos grave, y admirado de aquel silencio y aquella inmovilidad y aquella expresión como de horror que había tomado el rostro de D. Francisco al escuchar su revelación. Para Andrés, la cosa no era para tanto, ni mucho menos; y por más esfuerzos que hacía, ni acertaba á explicársela, ni se atrevía á sacar á su padre de su meditación, alcanzándosele y presintiendo confusamente que á algo más serio y grave obedecía.

Así pasaron ambos cinco minutos colmados, durante los cuales se podía haber oído en la desierta y tenebrosa sala el desigual latir de sus corazones agitados. Las filas de camas parecían hileras de nichos enyesados por fuera, vistas de frente, aunque el silencio que todo el aposento circundaba lo interrumpían algunas veces el crujir de un catre ó el gemido rápido y penoso de algún enfermo al cambiar de posición, á medio dormir, dentro de aquél, que hacían ver que no eran aún cadáveres los que en aquellos simulacros de nichos reposaban.

— ¡ Taita ! — bajito, muy bajito dijo Andrés por último. — ¡ Taita ! ¡ padre !

Torres levantó la frente y le miró con ojos fijos aún y sin expresión, como si no se acordase de nada.

— ¡ Padre ! Conque usté... no me ba á desil na motibao al asunto ¿ no? — prosiguió Andrés algo tímidamente.

Levantó el padre el cuerpo, que tenía inclinado y casi doblado hacia adelante, y dijo bruscamente, sin mirarlo:

— Eso no pue sel.

— ¡ Que no pue sel! ¿ Qué es lo que no pue sel, mi padre? ¿ que yo le enseñe á hablar á ese bruto? ¿ por qué? usté nunca me ha dicho eso.

— No pue sel, no pue sel — repitió con expresión de desvarío D. Pancho. — No, no. ¡ Imposible! ¡ Dios mío!

Impuesto por el tono en que dijo esto su interlocutor, quedó Andrés asustado y presintiendo de nuevo que había algo muy grave también en aquella negativa.

— Pero... ¿ por qué? — preguntó temblando.

— ¿ Por qué? ¿ por qué? ¡ Ah! ¿ por qué? — Quedóse D. Francisco un momento en suspenso y mirándole en los ojos... — Yo te digo que no — añadió después — y que no lo harás, no lo harás, porque, en cuanto que amanezca, le doy palte ar comandante militar yo mismito, pa que los prendan en seguía si se quieren fajal. ¡ Baya! ¿ Ya lo oíste, por qué?

— ¿ Usté? ¿ Usté dar palte? ¡ Pero se ba á figural er canaya ese que yo le he cogío miedo y se lo he dicho á usté por eso! Y usté, ¿ se queda solo? ¿ Y Tera, y Dª. Rosa?

D. Pancho ni se acordaba ya siquiera de lo que había dicho, ni había escuchado la respuesta de Andrés. Hablaba por hablar, como un loco, sin

escuchar contestación alguna, solicitado por cien distintos proyectos que en seguida desechaba. Ya quería, sin poder aguardar más, contárselo todo á su hijo, ya pensaba inútilmente en huir, huir muy lejos, ya en la muerte, para salir de tanto enredo que su cerebro no podía soportar, ya en mil salidas sin acertar con ninguna que fuera de fácil y espacioso franqueo. — Era ya la media noche, y ninguno de los dos pensaba en acostarse.

—Esta misma noche—murmuró el padre—esta noche hemos de desidir esto, de cualquier modo.

— Yo ya lo tengo desidío. Déjeme darle una palisa al puerco der ranchero ese...

— ¡Pero si no puedes, no puedes! — dijo con desesperación D. Pancho.

— ¿No puedo? — lleno de admiración interrogó el muchacho. — Pues he de poder — exclamó después, ya exasperado y lleno de vengativa rabia. Ese no se ba á quedar así, ya lo berá. Ó él me mata, ó lo mato yo.

— ¿Qué dises? — preguntó, desencajado y lívido como un cadáver, D. Francisco. — ¡Matarlo! ¡Matarse ustedes, matarse ustedes! ¡Santo Dios! ¡Como Caín y Abel! — Las ideas se le extraviaban, se le iban.

— ¿Está loco, taita? — con el corazón oprimido y medroso dijo Andrés. — ¿Qué es lo que está hablando? ¿Caín y Abel? ¿Pero qué tiene que ber éso con ésto? ¿Es pariente mío acaso ese guerrivero?

— ¿Pariente tuyo?

Con los ojos como dos ascuas, de la fiebre que ya le devoraba, el pecho convulso, la expresión lastimosa, se le acercó más, bajó más la voz... Ya le ahogaba el secreto, no podía resistir más, le quemaba la garganta... Además, si no se lo decía todo á Andrés, se matarían.

— ¿Pariente tuyo?

Cogióle por la muñeca con la mano helada, y acercó la boca, por la que salía la respiración más helada aún, al oído de Andrés:

— ¡Es, pa que lo sepas de una bes... tu hermano!

Después, acabado de destrozar su organismo enfermo por la excitación y la pena, cayó sobre el lecho sin conocimiento.

. . . .

. . . .

Clareaba el horizonte apenas por el lado de Levante, y el sol, como hábil artista que sabe preparar el espectáculo y los ánimos, estaba todavía detrás de bastidores mientras se hermoseaba la vastísima escena del firmamento con decoraciones maravillosas, y la orquesta de la Naturaleza, colocada debajo, hacía oir sus primeras arrobadoras notas. El maltrecho Joaquín, que acababa de llegar al punto de su cita con Andrés, buscó un asiento donde poder sentarse y proseguir las reflexiones sobre sus malandanzas, que en toda aquella maldecida noche no le habían dejado, y lo halló en una gran piedra que estaba al pie de un flamboyán de los que habían quedado para contar la historia de lágrimas y sangre y ruinas, la increíble historia que casi á la misma sombra de su frondosa copa se había desarrollado en parte.

Tenía ojeras el infeliz isleño, y profundas; y el alma tan llena de hiel y desesperación, que no eran poderosas á endulzársela un instante todas las gracias y lindezas de la alborada aquella, la cual, como niña retozona, y por bella y graciosa

consentida, parecía buscarle los ojos y hacerle fiestas y coqueterías que él con desdén amargo rechazaba.

¡ Y cómo había ansiado, sin embargo, que llegase — creyendo que iba á sacarlo del infierno de sus pensamientos — en aquellas lentas horas de la noche pasada ! ¡ Y qué noche, Cristo, qué noche! En claro se la había pasado, mirando con la mente el triste cuadro de su situación, y sin acertar á vislumbrar un destello de esperanza y luz en la tenebrosa oscuridad que por todas partes le rodeaba. Ni padres tenía con quienes desahogarse y á quienes pedir consejos y consuelo en su tremenda pena, ni amigos verdaderos, ni perspectiva otra que la de empeorar, cualquiera que fuese el resultado del encuentro. Porque si su contrario llevaba en él la mejor parte, sería un héroe después ante la muchacha y más ganaría en el cariño de ésta; y si llevaba la peor, entonces... ¡ ni pensar deseaba en eso! Capaz sería Tera de morirse antes que ser del matador de Andrés.

¡ Pobre Joaquín! — En su angustia sobrenadaba aún, sin embargo, su fiero orgullo que le inducía á aguardar á aquel rival que tan completamente lo derrotaba en el terreno del amor. — ¡ Ya veríamos si sería igual en otro terreno! — Este resto de orgullo lo sostenía; ni odio experimentaba ya, sino una lástima profunda, infinita, inmensa de sí mismo, sólo contenida por su indomable nativa fiereza.

Esta fiereza era lo que le había hecho salir muy temprano del pueblo, aunque aún faltaba un rato para el momento de la cita. Llevaba pendiente de la cintura un machete, arma que ya había aprendido á usar bastante bien, y le latía el corazón de ansiedad y miraba afanosamente hacia el pueblo, creyendo á cada instante distinguir la silueta de su contrincante viniendo á donde él lo aguardaba. El sol iba saliendo poco á poco en tanto, y brillaba el cielo azul, aunque él no lo veía, vuelta la mirada hacia su interior donde todo era negro. Joaquín empezaba á impacientarse. — Al salir el sol — le había dicho Andrés, y dentro de poco estaría aquél de fuera por completo. Aguardó, no obstante, con ansia creciente, hasta otra media hora, casi contando los segundos. ¡ Nada! ¿ Qué era aquello? ¿ no vendría? ¿ Tendría miedo el muchacho? Con júbilo súbito se hizo Joaquín esta pregunta, y con un súbito rayo de esperanza rompiendo al cabo las tinieblas de su desesperación. Si era cierto que no había venido por temor, que le temía, entonces ese era quizás el único recurso que le quedaba á él, Joaquín, para echarlo del pedestal al suelo delante de Tera, *dejarlo mal* á los ojos de ésta, ponerlo en ridículo como cobarde...

Siguió aguardando, empero, confundido y sin atreverse, en el fondo, á atribuir la falta de puntualidad á miedo. La tarde anterior no tenía nada de tímido ni medroso el aspecto de su rival ni

su catadura era de semejante gusto. Sin saber por qué, sin atinar á explicárselo, se figuraba el isleño que algo había en aquella falta, algo en que él quizá tenía mucho que ver. Pero el caso era que Andrés no parecía, y la hora se pasaba. Lo mejor era ponerse en camino para la población, que, en todo caso, si venía el otro retrasado, ya se encontrarían por la carretera.

Echó á andar Joaquín despacio, observando con vista penetrante para ver si descubría á alguien, pero no halló á paisano alguno en todo el camino. El pueblo estaba como siempre y se aproximaba la hora del reparto matinal de alimento, que él había olvidado. Tiró por la calle principal, siguiendo su escrutinio con la vista, y ahora miraba en todas direcciones, sin ver más que rostros casi en esqueleto, miembros flacos asomando por las roturas de mugrientas ropas y miembros monstruosamente hinchados como por burla siniestra del hambre que les daba la apariencia de la robustez y los llenaba de agua y humores asquerosos. Pero con ninguno de los que por diversas razones buscaba pudo dar.

Á Andrés lo tenía que ver, sin embargo, de cualquier modo. Aquello no podía quedar así. Pero ya habría tiempo aquel mismo día, y se propuso aclarar el misterio después del reparto.

La cabeza le era un volcán, de puro ardiente y puro rebullir. ¡ Cristo! había que indagar, había que indagar. Aquella vez ni sabía lo que estaba

haciendo mientras entregaba la comida. Á algunos dió más que de costumbre, para sorpresa agradecida de ellos, y dolor amargo de otros que apenas se quedaron con la ración de un pájaro aquel día. Pero, á pesar de todas sus preocupaciones, aun le quedó atención para fijarse en que Tera no había acudido á recoger la suya y la de Dª. Rosa, como acostumbraba. Esto era lo único que faltaba, si algo, para acabarlo de poner en el potro, de puro perplejo. ¡ No venir! ¡ Cristo! ¿Qué era lo que quería decir todo aquello? ¿Qué manejo se traían? ¿ Qué había ocurrido?

De repente le vino á la cabeza un proyecto que rápidamente echó allí raíces y se posesionó de él por completo. Si no estaban en el bohío las dos mujeres, estaban todos en el Hospital. Allá se iría, sin más pensarlo. Tal vez se había muerto el viejo ó estaba muriéndose... Y al asaltarle este pensamiento, sintió que se le estremecía el cuerpo y le temblaban las piernas sin que él supiera por qué. Recordó entonces que dos ó tres de los antiguos vecinos de D. Pancho le habían preguntado que si era pariente de éste; y una vez que su primo Ángel se le había quedado mirando de hito en hito, había exclamado después :

— ¿ Sabes que eres paresío al padre de... del nobio é tu enamorá?

Todo esto, á que no había puesto grande atención de momento, pero que alguna vez se le había

ocurrido, le vino ahora á la imaginación con extraña claridad y fuerza, aplacando, aún casi á pesar suyo, sus rencores.

Mas no se detuvo á cavilar más. Estaba decidido á enterarse de lo que pasaba, y, apenas concluyó el mísero reparto, poniendo en planta su proyecto, se encaminó al bohío de Dª. Rosa y Tera, el cual estaba vacío, como él esperaba que estaría. Y sin más vacilación ni más pensarlo, cambió de rumbo, y dos minutos después estaba en la puerta de la especie de sala en la que, entre otros, se hallaba el catre del viejo enfermo.

. . . .

Pero á la vista que se le ofreció, aunque en parte él la había anticipado, dió un paso atrás Joaquín y se quedó perplejo é inmóvil.

En derredor del lecho de D. Pancho estaban su hijo Andrés, Tera y su madre, un hombre de uniforme que Joaquín había visto antes y sabía que era médico del Ejército español, y otro hombre, todo afeitado y con cierto aire de humilde gravedad, que era el capellán de uno de los dos regimientos que estaban entonces en el pueblo. Todo esto vió Joaquín á la primera mirada, y la fila siniestra de bajas camas, y los rostros ansiosos y solemnes de los demás enfermos, fijos en el grupo. Y permaneció como petrificado, mudo, sin darse aún entera cuenta de lo que pasaba, ni de lo que sentía : una mezcla de sorpresa, horror y miedo, imposible de describir.

Luego, en los pocos segundos que se siguieron, notó que el silencio casi fúnebre que en toda la habitación reinaba lo interrumpían tan sólo sollozos ahogados de las mujeres y como gemidos sordos que salían del lecho alrededor del cual se hallaban reunidas las personas que él había estado buscando. Y sintió un frío de hielo en las venas, y como que le faltaban de pronto á sus rodillas fuerzas bastantes para sostener el peso

de su cuerpo. Zumbábanle los oídos, latíanle las arterias de las sienes, y un terror atroz, que le hacía desear en el fondo del corazón huir, lo mantenía al propio tiempo clavado al suelo, sin movimiento y casi sin voluntad.

De pronto le pareció oir pronunciar su nombre. Dos ó tres cabezas se volvieron hacia el sitio donde él permanecía como atontado. Después hubo una pequeña pausa, una consulta rápida entre algunos de los que formaban el grupo, y Joaquín vió adelantarse en dirección á él la figura del capellán.

Aguardó aquél con los ojos dilatados por el asombro y el terror del presentimiento. El sacerdote llegó á donde él estaba: Joaquín se estremeció al sentirse tocado en el hombro. Volvióse, y

— ¿Es V. Joaquín Pérez? — preguntó rápidamente el cura, con política y solemne entonación, en voz baja.

— Sí, señor — contestó sordamente.

— ¿Conoce V. al enfermo que está allí?

— No, señor — repuso en el mismo tono, y como un autómata.

— ¿Y á los demás que están con él?

— Sí, señor. Pero ¿á qué biene too esto? ¿Qué papel hago yo aquí? — dijo, reanimándose de súbito momentáneamente, como quien despierta. —¿Qué pasa?

— Pasa — respondió el sacerdote — que en aquella cama se está muriendo un hombre, que

ha estado llamando á V. en su delirio toda la noche; que ese hombre tiene quizá que ver mucho con V., aunque V. no lo conozca; que es tal vez, óigalo V., hasta pariente suyo; que en estos momentos acaba de volver en sí, y ha pedido de nuevo verle á V.; y al observar que, quizás providencialmente, estaba V. aquí, he venido á decirle todo esto y llevarle allí para que cumpla la voluntad de un moribundo; y que...

— Pero Padre, Padre — interrumpió el infeliz, como si el corazón ya le advirtiera que estaba al borde de la gran crisis de su vida — Padre, dígame por Dios ¿pa qué me llama? ¿pa qué me quiere? ¿quién es?

Sin saber por qué, imploraba, acaso por la primera vez en su vida; sentíase conmovido hasta lo más profundo por aquel anuncio, como si fuera á oir su sentencia de muerte. ¿Por qué lo ponía así esto, y no lo habían puesto cosas peores que había presenciado en su vida? No sabía decirlo. Quizá porque estaban allí Tera y Andrés, quizá por lo poco que se lo esperaba y lo desprevenido que le había cogido, quizá...

Pero no era tiempo de pensar. El capellán, notando aquí que algunos del grupo los miraban, inquietos é impacientes, á ambos, aguardando el resultado de la entrevista, repuso:

— Para qué le quiere y todo lo demás, ya lo sabrá ahora. Vamos, dése V. prisa, que lo están esperando. No hay tiempo que perder, que le

puede volver el delirio al enfermo, y no volver á recobrar el conocimiento. ¡Vamos, valor!

¡Valor! Cuando estaba su padre, su propio padre en aquel mismo trance, no había necesitado que le recomendaran que lo tuviese. Y ¿á qué venía aquella agitación al acercarse á la cama de un desconocido? ¡Ni que hubieran estado cambiados los papeles, y el otro fuera el extraño, y éste su padre!...

Con este pensamiento en la mente, se vió, casi arrastrado por el clérigo, caminando hacia el lecho, hasta que llegó hasta donde mismo estaban los que componían el grupo que el susodicho lecho rodeaba.

La aflicción de las dos mujeres y de Andrés era tan grande, que se sobreponía á la impresión que lo inusitado y solemne del caso les produjera. Lloraban las dos primeras inconsolables, y el último, al lado de la cabecera del enfermo, con emoción demasiado profunda para disolverse en lágrimas, hacía esfuerzos — ayudado del médico que estaba á su lado, con el dedo pulgar puesto sobre el pulso del enfermo — por preparar á éste, y calmarle, aunque parecía no necesitarlo mucho, y ser el más tranquilo y decidido de todos los circunstantes, con esa tranquilidad que suele dar la aproximación de la muerte á los que, ya á su borde, miran con serena vista el mundo que dejan detrás, comprendiendo, tan cerca ya del otro, la pequeñez y vanidad de las cosas de aquí abajo.

Estaba Andrés pálido, con una palidez de mármol, como si de la noche á la mañana se hubieran quedado sus venas vacías; y las facciones tenía también marmóreas, inmóviles, cual aquel que, habiendo pasado por algo de lo más tremendo é inesperado, siente ya acercarse las cosas inesperadas y tremendas con menos miedo y vacilación en el ánimo. Tera y Dª. Rosa no estaban aún del todo enteradas de la oculta causa que mataba á D. Francisco, aunque por las palabras del moribundo en su delirio podían haberse casi impuesto del terrible secreto que estaba á punto de salir á luz.

— ¿Está aquí ya? — preguntó D. Pancho al sentir llegar á alguien.

Hubo un brevísimo instante de silencio. — Andrés se inclinó un poco, y con resolución contestó :

— Sí, padre, aquís ta.

— Que se aserque — repuso Torres. — ¿Cómo se yama, Andrés ? ¡Ah, Dios! No saber ni siquiera como se yama el...

— Joaquín — interrumpió el hijo. — Y, volviéndose al canario :

— Joaquín, asérquese aquí que lo quiere ber...

Al hablarle de este modo, de usted, y acordarse de que era su hermano, se le atragantaron las palabras y no supo seguir. Aquello era demasiado nuevo, demasiado atroz. El capellán

empujó al guerrillero junto al lecho, de modo que pudiera verle y hablarle D. Pancho.

— ¡Jesús, misericordia! — exclamó éste súbitamente al mirarlo. — Y se quedó como hipnotizado, con la vista clavada en su hijo recién conocido, perdiendo de golpe toda su tranquilidad, y volviendo á la tierra de pronto, atraído por los recuerdos. Púsose á temblar de pies á cabeza, con dilatados ojos, como si contemplara algún fantasma. — ¡Jesús, si soy yo mismito! ¡Yo, cuando tenía su edá! ¡Jesús!

Hizo un esfuerzo para incorporarse, y volvió á caer sin fuerzas su cabeza sobre la almohada. Andrés, más pálido aún, si era posible estarlo más, le tomó una mano y quiso hablar, pero no pudo. Tera del otro lado tenía la otra; y la madre, sin fuerzas tampoco, estaba en una silla al lado.

— ¡Valor! ¡Valor! — repitieron á un tiempo el médico y el sacerdote. — Y Joaquín, lívido el semblante, escuchaba absorto y aterrado sin comprender bien todavía, pero medio adivinando la verdad en aquellas palabras y en el rostro de los que tenía á los lados.

Al fin, repitió á su vez con voz cambiada y como un maniático:

— Pero ¿qué pasa? ¿qué pasa aquí, Señor? ¿pa qué me quieren?

— ¿No lo comprende V.? — dijo el sacerdote solemnemente. ¿No ha oído V. que ha dicho que

se parece U. á él como si fuera él mismo?...

Madre é hija, la una ya por completo enterada, la otra casi completamente, con asombro que casi igualaba su dolor por el estado de D. Pancho, miraban ahora mudas al mocetón demudado también y confuso.

— ¿Que se parece á mí?— dijo éste con agitación.

— Sí — exclamó el doctor algo rudamente. — Quiere decir que es U. su...

Pero, á una seña muda del cura, se contuvo.

— ¿Su qué? — ansiosamente interrogó Joaquín.

Miró á Andrés con mirada indefinible, miró al médico, miró á los demás y vió á todos callados, pálidos y sin atreverse á hablar.

— Qué es pa lo que me quieren? — tornó á repetir como un loco. — Será acaso mi... mi...

D. Francisco, que yacía sin sentido, abrió los ojos á aquellas palabras, y, como si no tuviera fuerzas para hablar, miró á su vez, alternativamente, á sus dos hijos. Entonces Andrés, entendiendo su deseo, se acercó más á Joaquín, palpitante, tímido, y, sin embargo, casi sonriente, y como pronto á ofrecer el ósculo de paz y el abrazo de reconciliación.

Una luz súbitamente se encendió en la mente del último. El corazón le dió un vuelco terrible: la sangre lo ahogaba. Le parecía que el tremendo secreto de su vida estaba para descubrirse y re-

velarse á sus ojos. De pronto, inesperadamente, lo veía.

— Mi... mi... — dijo balbuceando.

— ¡ Tu padre! — contestó Andrés — el padre de los dos, y yo soy tu hermano. ¿ No habías caído en la cuenta toabía?

Joaquín no intentó entonces explicarse nada. El corazón le decía que era verdad, por más extraño que pudiese parecerle. Una ola inmensa de ternura, de que tan necesitada estaba su alma, le invadió el pecho ; olvidó todo, su rivalidad, su odio, su objeto al ir al Hospital, todo, y viendo los dos brazos que se le tendían y las caras que los miraban sonriendo y llorando á la vez de emoción, lanzó un rugido, estalló en sollozos y se arrojó en aquellos ayer enemigos y hoy fraternales brazos, como á un mar de nueva é infinita frescura se lanza el viajero sediento, jadeante y fatigado.

Y D. Francisco, fervorosamente dando gracias al cielo en el fondo del alma, y reuniendo los escasos alientos que le restaban, con ayuda del médico pudo al cabo incorporrose hasta poner la mano descarnada sobre las dos cabezas que tenía delante. Antes de volver á caer hacia atrás, esta vez para no levantarse, pudo así bendecir á ambas unidas ; y, como última expresión de su gratitud y dolor, de su arrepentimiento supremo, no supo más que pronunciar el nombre que en casos como el suyo viene inconscientemente

á la boca de grandes y de humildes, expresión suprema del gran Misterio y de la grande Esperanza :

— ¡ Ah, Dios mío, Dios mío, — suspiró trabajosamente, con indecible expresión de amargura, remordimiento y pesar infinitos — Dios mío!...

Joaquín pidió explicaciones posteriormente, tan luego como se hubo calmado algo la primera fuerza del dolor y la aflicción de todos, y en seguida que fué posible y conveniente hacerlo sin que la demanda fuese demasiado brutal y poco considerada. Y pidió que le explicasen el inesperado hecho de ser él hermano de su rival, porque, aunque en el fondo, y sin saber por qué, sentíase casi seguro de ello, deseaba convencerse, sin que pudiera quedar resquicio para la duda, de su final infelicidad y desesperanza.

Preguntó, pues, y acabó de convencerse pronto. Eran muchos los que conocían la historia de los amores de D. Francisco con la madre del guerrillero; de la súbita desaparición del supuesto padre del mismo, y de todas las demás circunstancias de la aventura que había dado por resultado su nacimiento. Á todo esto uníase el mal tratamiento que de aquél había recibido Joaquín siempre; y el odio que al parecer siempre le profesara el anciano se explicaba también ahora, clara y sencillamente : el infeliz marido, enfermo y débil, bien sabía, y bien hubo de comprender,

desde antes que naciera el muchacho en Canarias, la verdad del caso; que su desgracia había llegado más lejos de á donde, al salir de Cuba, imaginara él, y que el hijo de su mujer no era su hijo.

Y aún había otra circunstancia que estaba á la vista de todos: el parecido de Joaquín con el difunto D. Francisco Torres, parecido que muchos habían creído notar antes, y que era patente é indiscutible ahora. Todos estos datos, y otras varias deducciones é inferencias que de palabras y hechos pasados se podían sacar y hacer, hubieran persuadido al menos dispuesto á persuadirse de la verdad del parentesco.

Todo esto supo el infortunado isleño. Y, luego que lo supo, no pronunció palabra de queja, ni hizo un gesto ni movió un músculo del rostro; y aun, en el corto espacio de tiempo que todavía pasó junto á su hermano antes de salir á operaciones, apenas si volvió á hablar tampoco con la boca, que parecía muda, ni con los ojos, que parecían muertos y sin brillo.

Pensaba, pensaba, y padecía de un modo que no hubiera podido explicar, y se tragaba su dolor heroicamente mientras sentía desgarrársele el alma, y un desasimiento absoluto é irremediable de todo.

Tera y su madre no se habían marchado del pueblo, ni tampoco Andrés, pues las circunstancias habían variado y ya era menos urgente y

casi innecesaria la ida de todos tres, habiendo desaparecido por manera súbita é inesperada las causas que motivaran el anterior proyecto de retirarse si se podía.

La primordial de estas causas había sido para Dª. Rosa el extraño y peligroso amor de Joaquín, quien no se había ella — ni casi nadie — imaginado nunca que pudiera ser hermano del novio de su hija. Pero luego que supo que lo era, y pasada la primera sorpresa y el estupor, se tranquilizó mucho, y más aún al observar la actitud que desde el día de la muerte del padre de ambos hermanos había tomado el hijo natural, pues no había vuelto á hacer esfuerzo alguno para ver á las mujeres, ni apenas las había visto más de dos veces en aquellos últimos días.

No había estado Andrés mucho tiempo con ellas tampoco, debido esto á una especie de instintiva delicadeza que le impedía contribuir á lacerar aún más las llagas ocultas y enconadas de aquel atormentado espíritu — por más que no sospechaba lo grandes y profundas que aquellas llagas eran, ni lo violento de su escozor despiadado.

En las escasas palabras cambiadas después de su reconciliación, entre uno y otro — que vivían aún separados y como antes, — había dejado entrever Joaquín que su estancia allí en la población no sería larga, aunque Andrés no había querido fijarse en estas rápidas y veladas alu-

siones á lo insólito y violento de la situación en que se hallaban.

Ya aquél no repartía el rancho; y ahora era también éste mucho más abundante y nutritivo, é importado de los Estados Unidos, cuya intervención, pacífica hasta entonces, pero que muy pronto iba á dejar de serlo, había comenzado ya. La guerrilla á que Joaquín pertenecía estaba para salir á operaciones de un día á otro con la columna de que formaba parte; y, habiendo cesado el canario de ser ranchero, debía incorporarse á ella; cosa que en el fondo antes satisfacía que contrariaba á todos, pues que aflojaba, aunque fuera sólo por corto tiempo, la presente casi intolerable tirantez de las relaciones.

Cuando Joaquín oyó sonar por fin la trompeta que tocaba *llamada y tropa*, sintió los latidos de su corazón, por primera vez desde la muerte de su verdadero padre.

El día estaba algo nublado, y él se puso apresuradamente los botones de la guerrera y tomó las armas.

— Andrés — dijo bruscamente á su hermano, el cual había ido á verlo, para despedirle, y estaba acompañándolo mientras se arreglaba. ¿No te parese una cosa?

— ¿Qué quieres? — dijo Andrés.

— ¿No te parese que sería mejor pa toos que yo no gorbiera?

— No digas eso, Joaquín, no seas bobo —

repuso el otro, que estaba aún abatido y triste por la reciente desgracia. ¿ Por qué?

Á lo cual tardó algo en responder el interrogado; tánto hubiera tenido que decir. Pero sólo exclamó :

— Debe de darte bergüensa belme con este uniforme. Tú que eres cubano... Yo soy del otro lao del charco.

El nombre de Tera no se había vuelto á pronunciar entre los dos.

Andrés no dijo nada. Joaquín tampoco volvió á abrir los labios hasta que, reunido con los demás compañeros de la guerrilla, á la vanguardia, montado ya en su caballo y con su hermano al lado, distinguió á Dª. Rosa y su hija entre la multitud, en un lugar algo apartado.

El semblante se le iluminó de súbito; le estaban diciendo ¡ adiós ! con la mano. Pero la orden de marcha iba á darse ya.

— Andrés, — dijo entonces Joaquín, tomándole la mano — adiós.

— Hasta la güerta — contestó Andrés estrechándosela cordial y efusivamente. — ¿ Me prometes que no serás más guerriyero cuando güervas — añadió bajando la voz — y que esta será la úrtima bes que sargas á operasiones en contra é los cubanos?

— ¿ Que si te lo prometo? — respondió el pobre hermano algo sorprendido.

Mas con extraña expresión y sonrisa, y una úl-

tima y no menos extraña mirada á las dos mujeres.

— Sí — agregó con resolución. —Te lo prometo; esta es la úrtima. — Y en el instante en que se ponía en marcha la columna, notando que Andrés no había reparado en la presencia de la madre y la hija, le dijo, partiendo :

— Mía á Dª. Rosa y Tera. Bes pa aya. Quisás te andan buscando... ¡Adiós!

Se alejó, envuelto en la gruesa ola de la columna que avanzaba.

. . . .

Y no volvió.

... ¿Qué fué de él? ¿Murió? ¿Siguió viviendo? Á derechas y á ciencia cierta no se supo; aunque era de presumirse, por las últimas palabras que se le oyeron pronunciar, que no era improbable que hubiera sucedido lo primero.

— Esta es la úrtima bes que sargo. ¡La úrtima!

Y ¡qué resolución le brillaba en los ojos pardos y pequeños al decirlo!

Andrés no se había fijado gran cosa en las palabras ni en la mirada, en aquella ocasión, pues inmediatamente hubo de distraerlo la vista de Tera que se aproximaba con su madre. Pero, más tarde, le parecía acordarse de haberlas observado, y hemos de decir que con pena, con pena sincera y profunda, en la cual había algo de compasión infinita.

Lo único cierto y positivo, sin embargo, era

que Joaquín no había vuelto de operaciones. La guerrilla retornó sin él, y con dos hombres muertos. Habían sido cogidos en una emboscada, según contaban los supervivientes. Á la primera descarga habían caído dos, y se habían esparcido, con la sorpresa, algunos otros. (La guerrilla, cuando esto aconteció, se hallaba separada buen trecho del grueso de la columna.) Pero inmediatamente los demás guerrilleros no esparcidos repelieron el ataque, según la versión de los mismos, y las fuerzas enemigas, según la propia versión, se habían retirado llevándose sus muertos, que debían de ser numerosos á juzgar por los rastros de sangre. Sólo dos ó tres guerrilleros se extraviaron, entre ellos Joaquín, pero pronto volverían.

... Y volvieron todos, menos el pobre Joaquín. Se hicieron averiguaciones, pesquisas, pero no se pudo saber su paradero.

Los acontecimientos, entretanto, se precipitaban con rapidez avasalladora y sorprendente.

Porque es de saberse que aquella columna en que el isleño se fué, formando de ella parte, era de las últimas que habían de salir á operaciones, pues pocos días después declaróse un armisticio de parte de los españoles, aunque no por la de los cubanos, á quienes no se había comunicado la medida ni pedido su opinión acerca de ella, y que estaban, por consecuencia, libres de hacer lo que por conveniente tuvieran en el asunto.

Declarado, sin embargo, parcialmente el armisticio, siguióse un período de calma aparente, y en realidad de profunda conmoción para los ánimos, pues que eran aquellos días acaso los más trascendentales para Cuba en toda su relativamente corta, pero sangrienta y agitada historia. Lo que había sido de esperarse iba á ocurrir: los Estados Unidos parecían resueltos á concluir la guerra, y los perjuicios que ésta les irrogaba.

En el mes de Febrero de aquel año de 1899 había sido volado el *Maine* en la bahía de la Habana; y este hecho, de origen desconocido, y que probablemente lo será por siempre, fué, de cualquier manera la gota de agua que dió lugar á la inundación, pues el río estaba ya crecido y en inminente riesgo de desbordarse. Á poco, el Congreso norteamericano se reunía, y después de borrascosos debates y ansiosa espera del país y en medio de la universal expectación, adoptó por último la resolución que decretaba la libertad é independencia de Cuba y conminaba á España á dejarla independiente y libre.

Claro es que no consiste nuestro objeto en reseñar esta guerra ni sus peripecias, sino — en cuanto tienen relación con esta historia y en cuanto es indispensable hacerlo para dar á conocer el destino final de sus personajes, que tan ligado estaba al desenvolvimiento de aquella lucha, — señalar sencillamente la ocurrencia de la misma, y su terminación rapidísima.

España se negó resueltamente á renunciar á su mejor colonia, y prefirió arrostrar las consecuencias de hacer frente al poder colosal que se lo ordenaba. Así, pues, hízole frente decidida, y estalló el conflicto.

¿Qué fué de nuestros personajes entre tanto? ¿Qué se hacían, qué se hicieron durante el tiempo que duró aquella segunda guerra, rápida casi como una exhalación y de tan duraderos resultados sin embargo? En pocas líneas se puede contestar á estas preguntas; para relatar la suerte que á cada uno de ellos cupo durante aquel período memorable, pocas líneas bastan; pues no ocurrió en sus respectivas vidas incidente alguno digno de narrarse, y apenas varió en nada su situación durante aquellos meses.

Los que de los consabidos personajes estaban *en la manigua*, permanecieron en ella y se convirtieron de actores de la contienda en espectadores forzosos, pues que todos ellos se encontraban, al ser declarada la guerra entre españoles y norteamericanos, en Occidente. Y esta parte de la Isla, en contra de lo que generalmente se esperaba, no llegó á ser la escena principal, ni aún la secundaria, del conflicto, por no haber habido necesidad de que lo fuese. Mientras en la provincia oriental las tropas unidas de Cuba y los Estados Unidos tomaban á Santiago, en el resto de la Isla no había nada que hacer sino aguardar.

Trabajos se pasaron, é incontables y horrendos, en el intermedio, en campiñas y poblados, y hambres y desnudeces y privaciones sin medida : que el acto último del drama sangriento fué acaso el más terrible de todos.

Padecieron, pues, los que en el pueblo estaban y los que estaban en el campo; padecieron horrorosamente hombres y mujeres, y no murieron todas las personas de esta historia... porque el Destino no quiso que murieran.

Pero sí quedó en deplorable estado la mayoría de ellas, aunque por satisfechas y agradecidas tenían que quedar también de haber salido con vida. En cuanto á Joaquín, al infeliz, al bueno de Joaquín, — pues buenísimo fué en el fondo de su cáracter rudo y tras su máscara de brusquedad, — hubo que creer al cabo en su muerte : no se volvió á saber nunca de él.

Su hermano lo sintió con toda la sinceridad de su ingenua naturaleza. No podía pensar en él sin pena y lástima grandes, é hizo todo lo humanamente posible por encontrarle. Pero fué inútil : casual ó voluntariamente, el isleño había desaparecido para siempre.

Tera y su madre llegaron aún á llorar por su suerte infausta. La primera le guardaba gratitud por su constante bondad para con ella, y compasión también por haberle sido imposible corresponder á su pasión malhadada. Además, su instinto femenino le hacía comprender mejor

que nadie lo verdadera y todopoderosa que aquella pasión había sido, y sentía el melancólico y un poquito egoísta enternecimiento del que, sin amar, se siente amado de modo absoluto, sobre todas las cosas creadas...

Al fin se fué, sin embargo, empezando á olvidar poco á poco aquel lamentable incidente, que era para la mayoría corriente y diario, y uno de tantos de la guerra. Algunos supusieron que el isleño había sido muerto, en el encuentro por los cubanos; otros — los más — que, habiendo sido capturado por éstos, en el encuentro, ó después, lo habían sentenciado seguramente á muerte, por su traje. Á haber tenido puesto uno de soldado español, podía haberse visto á Joaquín volver al pueblo. Con el traje de los guerrilleros, no había que esperarlo. No solía perdonarse á los últimos y sí siempre á los primeros: el uniforme, pues, quizá le condenaba.

Y apenas se pensó más, si no era entre sus allegados, que conservaron siempre su memoria, en el desdichado mocetón. De sus dolores, de su pasión tormentosa, pocos sabían nada. De sus hechos y palabras, en pocos también permanecía el recuerdo. Y de su ser quedaban su cuerpo sin vida medio comido ya por las auras en algun rincón ignorado del campo, y su alma... sabe Dios en dónde...

Andrés creyó, y Tera y su madre creyeron, y todas las personas de confianza y fiar á quienes privada y confidencialmente se consultó el asunto fueron también de la misma opinión, que, tal como las cosas se habían puesto, era más conveniente, y hasta útil, la estancia del primero en el poblado que su vuelta á la guerra. Sobre que en Occidente, como se sabe, nada se hacía sino aguardar el fin, el volverse á marchar Andrés, como había sido su intención primero, era cosa rayana de lo imposible: se le vigilaba, si no abierta, constantemente, como prisionero que había sido.

Por otra parte, le trataban con especial consideración, en mucha parte ó en todo por su parentesco, ya público y notorio, con el desaparecido guerrillero. Esta circunstancia del imprevisto parentesco era la causa de que las dos mujeres, sus amigas, estuviesen mejor alimentadas y se fuesen — aunque muy poco á poco — reponiendo un tanto de su prolongada abstinencia forzosa y de sus no exclusivamente devotos ayunos. Andrés mismo les llevaba la comida ahora.

Éste, pues, no teniendo nada que hacer mayormente, ni menormente tampoco, solía pasarse largas horas con Dª. Rosa y Tera, sin que á nadie le extrañara aquello por haber atrapado la segunda en aquellos días las malditas calenturas que á medio pueblo, y á media Isla puede decirse, tenían por entonces en un temblor continuo de falso y traicionero frío, y con la sangre hirviendo de puro calor, ó mejor dicho, de impura y fementida fiebre.

Á Tera no le atacó ésta muy fuertemente, por fortuna. Tenía, sí, destemplanza, adquirida en la atmósfera probablemente, ó acaso originada y animada por las privaciones anteriores, unidas á la agitación de los recientes sucesos ; agitación que en la madre había sido menor, porque la edad y los golpes y las terribles vicisitudes de la guerra hubieron de dejar á la infeliz guajira, como se ha indicado algunos capítulos atrás, poco menos que insensible por completo.

En poco tiempo tantas cosas estupendas había visto, tantos golpes recibido, que no se asombraba ya de nada, por una parte — como si fuera toda una mujer de veinte años de algunas ciudades, — y por otra ya apenas sentía, si no le daban en algún punto muy delicado del corazón, los disciplinazos que pudiera el Destino descargar sobre su grueso y respetable cuerpo.

Así, pues, Andrés pasaba gran parte del tiempo, y con gran satisfacción suya, con las dos mu-

jeres — las cuales vivían ya solas y con más espacio, pues la construcción de nuevos bohíos, y las innumerables muertes ocurridas, habían dejado mayor holgura para los supervivientes de los desventurados que sucumbieron. Era el joven de gran servicio á madre é hija, procurándoles cuanto se les ofrecía y él podía procurarles. Él consiguió con sus artes y maña hasta quinina, lo cual no era poco conseguir en época de epidemia febrífuga. El mismo médico que había asistido á su padre, el difunto y sentido D. Francisco Torres, — y el cual médico era, por cierto, toda una buena persona, aunque con un acento que á Andrés le parecía como el golpe de un martillo sobre un yunque — fué á ver caritativamente á Tera, y dijo que aquello, en efecto, no era nada, que, eso sí, había que cuidarse, porque, una vez arraigadas las fiebres, era una campaña el quitárselas de encima — dijo *encima* acentuando la *c* de una manera que á Andrés, á pesar del respeto y aún cariño que ya le merecía el buen doctor, se le antojó casi insultante — y que no alarmarse, hombre, no alarmarse, que en la gente moza nunca es grave nada.

El joven lo acompañó hasta el Hospital, y le quedó sumamente agradecido, no menos del diagnóstico, ciertamente, que de la desinteresada y generosa visita; y Dª. Rosa sintió también satisfacción, porque uno de los lugares de su ser, aún sensibles á los consabidos y anteriormente men-

cionados golpes de disciplina, era aquel en que atesoraba, en su alma sencilla y bondadosa, el amor de su esposo y de su hija é hijo... É hijos podría decirse, pues como tal miraba á Andrés, lo mismo que á Juanillo, la excelente mujer, por más que el segundo no lo fuera.

Pero, eso sí, lo iba á ser, Dios mediante y no dentro de mucho, por la Ley. Dª. Rosa estaba sin duda llamada, por sí sola si otro caso como ella no había, á poner muy alto el pabellón de las suegras, y á hacer este nombre sinónimo de amor y de ternura, en vez de signo de terror y espanto para los hijos políticos.

Político solamente podía llegar á serlo Andrés de ella, es claro : pero á él tanto se le importaba del nombre del parentesco como de los habitantes de Saturno. Lo que sí sabía y de lo que se cuidaba era que al ser yerno de Dª. Rosa, sería el esposo de Tera, de su Tera, del amor de toda su vida de veintidós años ; y esta idea le daba ganas de romper á llorar de buenas á primeras, de pura alegría, de gritar, ó de echarse á reir como un niño — que es lo que al cabo venía á hacer — al lado del pobre lecho en donde estaba su novia esperando que se le pasaran de una vez las fiebres.

— ¿De qué te ríes así, bobón? — le preguntaba ella, sin poder dejar de sonreirse á su vez.

Con las escaseces pasadas parecía — perdónese la frase si resulta demasiado *romántica* — haberse *espiritualizado*, y era, casi puede decirse, tan sólo huesos y piel... y alma, como toda criatura humana llegada á los límites últimos de la delgadez. El de Dª. Rosa, por el contrario, era uno de esos cuerpos constitucionalmente gruesos, que, aunque pierdan toda fortaleza real y sean presa cogida por la anemia, nunca pierden la apariencia exterior de la robustez.

— ¿De qué me río? — decía Andrés. — ¿De qué me río? ¡ Pues no me boy á reir cuando pienso que bas á ser mi mujel pa siempre dentro é poco!

— ¿Y eso te da risa?

— Risa, no, boba... digo, me río de alegría, ¡mía qué! ¿Beldá, Dª. Rosa, que á beses á uno ba y se le sale pa fuera la alegría, así, cuando es muy grande, sin poderla asujetal, y larga uno la risa cuando no encuentra las palabras apropiás pal ojelto?

— Así mismo — respondía la interpelada. — La infeliz hacía tres años que había olvidado lo que era la risa...

— En cuantico te pongas bien — decía otra vez Andrés — y er doctol dijo que entro é poco estás ar pelo, y en cuantico engordes otra güerta, tienes que empesal á apreprararte pa que cuando benga tu biejo, que ya debe de benil pronto, te encuentre ya apreparaa. ¿ Berdá, Dª. Rosa?

Nueva aquiescencia de la madre.

En efecto, el matrimonio, en las largas horas que pasaban juntos los tres, había sido discutido y comentado con toda amplitud ; y se había convenido desde luego en aguardar la llegada de D. Manuel y Juanillo con los demás amigos, para llevar á efecto aquél. Querían que con la entrada de la paz en la Isla entrara en el hogar, que había de ser común, el diosecillo Amor.

Tera no hablaba mucho, sin embargo. Ultimamente parecía algo así como tristona en ocasiones, efecto, de seguro de su estado débil y febril y que desaparecería con las causas que lo motivaban, la poca fiebre y la debilidad. No hablaba mucho, es verdad, tales veces, pero miraba con inmenso cariño á Andrés, con sus ojos tan grandes y negros, y le decía por ellos muchas cosas, muchas cosas que ella se sabía ; y él comprendía algunas, y, á veces, con la clarividencia del amor, creía sospechar otras á pesar de su rudeza, y regañaba con Tera.

— ¡ Bamos, Tera, no seas asina, polque bamos á tenel que peleal! Ahora que bamos á sel felises ¿ á qué biene pensar en cosas tristes? Esa fiebresita se te quita en un dos por tres, y... ¡ ya berás, ya berás!

Se ponía entonces á referir la vida que iban á llevar, en su bohío nuevecito, que él mismo haría con sus manos, *allí á la orilla er pueblo* para tenerlo todo á mano, con su cama y su salita y sus siembras... *¡ Ya berás, ya berás !* Y acababa por poner también alegre á Tera.

No por nada de lo dicho olvidaban al infortunado y noble Joaquín; ¡ qué habían de olvidarlo! Bien lo recordaban, y con un sentimiento de inmensa y merecida piedad. No habían vuelto á tener noticia suya, por lo que lo daban por muerto, y era en verdad más que probable, seguro, que lo estuviera.

Cuando se promovía esta conversación, solía afectarse Tera, más que ninguno. Verdaderamente, sólo amor y bondad y bendiciones recibió siempre del pobre isleño; y no era desagradecida; y le guardaba lástima y gratitud. Pero los otros dos, al notar que ella se entristecía, *cambiaban el chucho*, como decía Andrés — por más que no era éste el menos conmovido, ni el que menos constante y cariñosamente recordaba á Joaquín, — y dirigían por otras paralelas el tren mixto de la conversación.

. . . .

En esto la guerra, que ya de hecho había terminado, fué oficialmente concluída, y la paz firmada en París. La evacuación del Ejército español había comenzado. El epílogo del drama estaba ya representándose, y el telón próximo á caer.

Algunas semanas después, todo el pueblo estaba de gala y preparándose para recibir á un destacamento de soldados cubanos que iba á hacer su entrada al día siguiente. Eran estos soldados los que habían sido designados para ocupar provisionalmente el puesto de la antigua guarnición española. El día anterior se había marchado la guarnición citada, quedando sin médico el poblado.

Estaba, pues, de gala el pueblo. Nunca se había notado tal animación en él desde antes de la guerra.

Como Tera hacía ya dos días que estaba algo mejor, quiso levantarse el tercero, — la víspera de la gran entrada, — y dar una vueltecita para irse acostumbrando á la calle, y al aire y á la gente. Estaba deseosa, como todos los convalecientes, de disfrutar á todo pulmón del aura vivificadora, y de bañarse en la hermosa luz del sol y de sentir de nuevo la vida con todas sus fuerzas.

Su madre aprobó aquella salida: no veía inconveniente en ello. Andrés, aun la animó... Pero no duró el paseo más de un cuarto de hora: tan

débil se hallaba todavía la pobre Tera que tuvo que volverse en seguida, pues á pesar de ir apoyada en Andrés — y éste más orondo y feliz que un pavo real — las piernas se le doblaban á cada paso, y á milagro y á fuerza de puños de su novio no vino á tierra la aniquilada Tera, antes de llegar al bohío de vuelta del paseo.

Mas no fué eso lo peor, sino que aquella salida vino á ser la causa de una recaída. Á las dos horas estaba Tera con fiebre más alta de la que había tenido nunca. Al llegar la noche le llegó á cuarenta. Comenzó á delirar, á hablar incoherentemente de Andrés, de sus padres, de los libertadores que iban á entrar en el pueblo á la siguiente mañana y del aspecto del pueblo mismo según lo poco que ella había podido ver. El cual estaba todo embanderado, lleno de gente y de alegría con motivo del acontecimiento que se preparaba.

Al día siguiente, muy temprano, ya estaban repicando las campanas de la Iglesita, y todo el que se sentía bueno y con fuerzas, en la calle, y el pueblo animado que era un gusto.

Para la noche estaba preparado un baile con órgano y timbales en la mejor vivienda de la población, en obsequio de los que entraban. El que más y el que menos, todo el mundo llevaba algún distintivo cubano en el sombrero ó en la guayabera. Las mujeres lo llevaban en el corpiño ó sobre el seno. En lo alto del campanario

del pequeño templo ondeaba una bandera cubana nueva y preciosa, hecha por varias jóvenes de la localidad.

¡ Qué alegría ! ¡ Qué animación ! Había muchos reconcentrados todavía tendidos por las calles, lastimosos, cadavéricos, mugrientos; pero tan acostumbrados estaban todos los ojos á aquellos espectáculos, que ya ninguno los extrañaba. Eran consecuencias dolorosas de la guerra. Se les compadecía, sin embargo, á los infelices, y hasta ocurrió el caso de dar uno un centavo á una de aquellas pobres ruinas humanas; pero la mayoría no podía dar centavo alguno aunque quisiera, porque no lo tenía. El hambre, un hambre vieja y terrible, brillaba en los rostros amarillos y en los cuerpos débiles y flacuchos. Trataban, no obstante, de divertirse, porque ¿ qué se saca con entregarse á la tristeza? Y además, se trataba de recibir á los libertadores. Y, naturalmente, tenían empeño en recibir á aquellos héroes de la Patria del mejor modo posible.

Hasta el atardecer, sin embargo, no llegaron. Venían muy estropeados los pobres y muy mal vestidos. Muchos venían descalzos; otros, cubiertos sólo con harapos, y casi todos muy delgados y descoloridos; pero todos alegres, transportados de un júbilo indecible al verse de nuevo entrar en la vida de la paz trás de la dura guerra y haberse portado en ella como hombres, y algunos, no

pocos, como héroes. Música no traían; pero el órgano — única que por entonces había en el pueblo — los fué á aguardar á la entrada del mismo con más de la mitad de la población.

¡Qué entusiasmo á la entrada de los pobres y heroicos soldados! Parte de los cuales eran negros, y de los más conservados y fuertes, debido á su poderosa constitución. Éstos venían satisfechos, mostrando sus inmaculadas dentaduras, con esa risa franca y buena de su raza, que parece indicar un espíritu sano y bien equilibrado. Pardos de todos los matices había también; y blancos. Todos eran conocidos, y algunos tenían sus familias respectivas en el pueblo.

Por junto eran veinticinco, y el jefe era D. Isidro González; quien había alcanzado el grado de Capitán en la Revolución, y mandaba ahora aquella fuerza con lo cual había llegado al colmo de su legítima ambición y dicha.

Los aplausos, vivas, exclamaciones y saludos ensordecían. Los triunfadores contestaban alegremente. Confundíanse pueblo y ejército en un abrazo fraternal. Entre los espectadores, muchos llamaban á algún conocido, al verlo pasar, por su nombre ó apodo.

— ¡Abur, Arturo!

— *Boliche* ¿ya no te acuerdas de mí?

— *Largo*, chico, mía pa acá. ¿Quién soy yo?

— ¿No me conoses?

— ¡Adiós!

— ¡ ¡ Biba Cuba libre ! !

— ¡ ¡ ¡ Biba ! ! !

Los soldados contestaban lo mejor que podían, y continuaban su marcha.

— ¡ Biba el capitán Gonsales ! — gritó uno.

— ¡ ¡ Biba ! !

D. Isidro saludó á su pueblo, y gritó á su vez:

— ¡ Biba er pueblo é los Pinares !

— ¡ Biba ! — respondieron.

El órgano, entretanto, — al cual se le había puesto anticipadamente el hermoso himno de Bayamo — lo tocaba, agitado por el manubrio al que daba vueltas un recio mulato, Juan, organillero habitual de la población, y afortunado poseedor del instrumento.

Adelantó por la calle Real la pequeña columna, y detrás de ella la gente toda al son del himno que entre los gritos y aclamaciones se escuchaba resonar. Las más de las flores de las mujeres fueron arrojadas á los valientes libertadores. Dos hombres llevaban el órgano, uno por cada asidero, mientras Juan, grave y fumando con todas sus fuerzas, lo tocaba.

D. Isidro iba delante, y comenzó á extrañarse de que no hubieran acudido Dª. Rosa y Tera, ni aun Andrés, á recibirle.

— Debe de estar malo alguno — pensó, inquieto.

Y el honrado rostro, radiante con la esperanza

de la próxima vista de su amante familia, se le nubló de súbito.

— Á menos que se haigan marchao, antes, de aquí por cualesquiera causa.

Esta reflexión no logró tranquilizarlo. Llegó inquieto al cuartel. La fuerza tomó posesión de éste en seguida. Se había hecho de noche en tanto.

Parte del pueblo quedó fuera del cuartel, dando vivas, ó aguardando á algún conocido de entre los soldados; otra parte se dispersó por el pueblo, á pasar la noche del mejor modo posible, en el baile. Al local en que éste iba á tener efecto se condujo á poco el órgano.

Apenas dejó D. Isidro arreglada su pequeña tropa en el cuartel, y hubo puesto al mando de la misma á un su teniente, se dispuso á salir para cerciorarse por sí mismo de si su familia estaba ó no en los Pinares. La impaciencia, la ansiedad le consumían. Y no á él solamente. También á su hijo Juanillo, que con él había venido lo mismo que Ángel Pérez; el cual, por cierto, aun no estaba del todo curado de una herida recibida en una pierna, y que por poco se lo lleva definitivamente : cojeaba un poco todavía.

Ambos lo iban á acompañar.

Estaba González muy cambiado. La barba tenía crecida, lo cual le desfiguraba grandemente, pues antes no la gastaba. Sus mejillas estaban hundidas, sus piernas más encorvadas aún que antes y sus espaldas, antes muy derechas, dobladas también ligeramente. La campaña le había dejado su marca en cuerpo y rostro.

Se hallaba en la puerta del pequeño cuartel parado, impacientísimo, aguardando que Ángel y Juanillo acabaran de quitarse el polvo, para salir los tres. Miró maquinalmente la luna, y maquinal-

mente recordó la noche de su conferencia con su amigo D. Francisco Torres. Estaba el astro en creciente como en aquella ocasión. El viento corría tibio, débilmente. Por todas partes resonaban cantos de alegría.

Pero González no oía nada. No tenía más que un pensamiento : su mujer y su hija. Si estaban en el pueblo ¿por qué no habían acudido? Todo su contento, toda su dicha de la tarde había desaparecido. Él no podía gozar de nada hasta que no resolviera aquel problema : ¿ Dónde estaba, y qué era de su familia ?

Con la cabeza caída, olvidado de lo que le rodeaba, experimentaba ahora como un vago presentimiento que trataba de desechar. — ¡ Qué tontería ! ¿ Por qué ponerse así ? ¡ Ya las encontraría ! — De pronto sintió el peso de una mano sobre uno de sus hombros, y oyó pronunciar su nombre :

— ¡ D. Isidro !

Se estremeció el interpelado, de pies á cabeza, y alzó ésta. Ante él estaba Andrés.

— ¡ Andresiyo ! — exclamó el primero. — ¡ Andrés !

Se abrazaron, estrecha, fervorosamente.

— ¡Gracias á Dios, hombre! — prosiguió después D. Isidro, dando un suspiro de alivio. — ¡ Qué asustado me tenían ! ¿Por qué no binieron cuando yo entré? ¿Y Rosa? ¿ Y Tera?... ¿ Qué te pasa? — preguntó, de repente, palideciendo.

Andrés estaba tan cambiado, tenía el semblante tan desencajado que el pobre anciano retrocedió con espanto, volviendo bruscamente en sí de su primer transporte de alegría.

— ¡ Andrés ! — exclamó, poniéndose lívido, de pálido que estaba. —¿ Qué pasa ? dímelo ¿ qué pasa ?

— Benga pronto — dijo Andrés, con voz no menos cambiada que su rostro. — Benga, benga pronto.

D. Isidro, que nunca había temblado ni sentido miedo, temblaba entonces por primera vez. Comprendió que algo tremendo ocurría. Ni de Ángel, ni de su propio hijo se acordó en aquel momento, ni de nada. Como atontado se dejó guiar. Los dos partieron calle abajo.

— Ya comprendo — murmuró González, que casi corría. — Está mala Rosa ¿ berdá ?

Ahora ansiaba saber que era caso de enfermedad, por no averiguar algo peor.

— No — rugió sordamente Andrés, apresurando el paso.

— ¿ Tera entonses ? — silabeó con acento desgarrador el pobre hombre.

— Sí.

— ¿Muy mala, Andrés?

Le castañeteaban los dientes.

— Muy mala, D. Isidro, muy mala. Malísima.

Del viril pecho del anciano se escapó un estertor de verdadera agonía.

— ¡Dios, Dios! — murmuró. — ¡Birgen de la Caridá, sálbala!

De pronto una idea terrible le atravesó la mente.

— Andrés.

— Mande, D. Isidro.

Parecían dos fantasmas que huían por las ahora desiertas calles, murmurando palabras misteriosas.

— Andrés, dime, pero... ¿eh? no... no se ha... no ha habido ninguna desgracia ¿no?

Andrés quedó callado un segundo. Un siglo fué para González.

— No sé — casi sollozó el muchacho.

En efecto, cuando salió Andrés del bohío dejó á Tera en las últimas, con 41 grados de fiebre. Volando había llegado al cuartel, y traía al anciano con la esperanza de que pudiera aún tener tiempo de ver á su hija.

El dolor humano es naturalmente tan egoísta, que ninguno de los dos se había acordado, en aquella hora de aflicción y ansiedad tremendas, del pobre Juanillo que adoraba en su hermana.

Pero éste, que los había visto salir, los seguía á poca distancia, con Ángel, sintiendo también ya, confusamente, que algo horroroso pasaba.

Llegaron por fin los dos que iban delante. Entraron, agachándose.

. . . .

D. Isidro lanzó un grito de angustia suprema,

desgarradora, sobrehumana, la angustia del que naufraga al llegar á la orilla. Dió dos pasos tambaleándose con los brazos extendidos, como si viera abrirse la tierra é intentara asirse á algo. Después cayó desplomado sin conocimiento junto al cuerpo insensible de su hija muerta.

En el suelo, sobre un colchón de paja, estaba el cadáver de Tera. Sentada en un taburete su madre, al lado, hecha un mar de lágrimas, inmóvil, la estatua de la humana desesperación, era asistida por una amiga en medio de la penumbra del bohío. D. Isidro González, reclinado contra la débil pared, atontado por el golpe recibido, parecía hipnotizado mirando el cadáver. Una vela de esperma ardía lastimosamente junto á la cabeza de éste, chisporroteando á ratos.

Parecía el de Tera el cadáver de un niño muerto apenas nacido, según lo consumida que había quedado. Las manecitas tenía cruzadas sobre el seno liso y seco, aquel seno formado para el amor y la maternidad, y ahora esterilizado sin remedio. Los ojos, aún entreabiertos, miraban á lo alto con fijeza, como pidiendo á Dios que, por el sacrificio de su vida, lo que á ella la había matado, aquella opresión secular del hombre por el hombre, que había sido la causa primera de su temprano y lastimoso fin, cesara para siempre.

Á Andrés lo acababan de sacar en aquellos instantes del bohio por un rato, casi á viva fuerza, entre Ángel Pérez y Juanillo. Por su suerte no había podido presenciar D. Isidro, pues estaba á la sazón sin conocimiento, la aflicción desoladora de su hijo al llegar, el cual se había abrazado llorando á Dª. Rosa, ni la desesperación, al principio muda, espantosa, de Andrés.

El cual habíase llevado la mano á los ojos, cerrada y apretada, como avergonzado, y deshecho con rabia los dos lagrimones que á la fuerza se le salían por ellos. Luego se inclinó. Tomó á su exprometida una mano, fría como la nieve y crispada ya por la muerte. La besó, la volvió á besar convulso, conteniendo los sollozos con fuerza sobrehumana. Ángel Pérez al principio, el mismo Juanillo después, bebiéndose sus propias lágrimas, trataron de llevárselo, temiendo sordamente una crisis. Pero él, al ver que querían apartarlo, se abrazó bruscamente al cadáver, rugiente y desesperado; lo estrechó con frenesí, lo besó en los labios descoloridos, y, sin poderse contener ya por más tiempo, estalló en sollozos terribles que lo ahogaban, que le oprimían la garganta y el estómago y le hacían temblar de pies á cabeza como un poseído.

— ¡ Tera ! — rugió sordamente, con voz cambiada y ronca — ¡ Tera ! ¡ Tera !

Hicieron esfuerzos por separarlo.

— ¡ Bamos ! ¡ Sé hombre, Andrés ! ¡ Bamos !

El no oía nada. La miraba, la miraba. Ella seguía mirando al cielo.

Como un gemido que venía de lo más hondo, le salieron á él las palabras :

— ¡ Tera ! ¡ Tera ! ¡ Te mataron !

En aquel mismo instante había vuelto en sí el padre, y sólo oyó la última frase. Al abrir los ojos él é incorporarse, desaparecían los tres jóvenes por la puertecilla de la casuca.

Tembloroso, se levantó entonces como pudo, todo conturbado, y apoyóse contra una pared, sin atreverse ni aun á llamar la atención de su esposa, que parecía estar por completo insensible á todo lo que no fuera su dolor, sin darse cuenta de lo que en derredor suyo ocurría.

Aislado, pues, D. Isidro en sí mismo y en su dolor, quedó mirando á su hija muerta, sin poder llorar, con el corazón lleno hasta los bordes y la cabeza voltijeándole locamente.

La frase escuchada al infeliz Andrés le repercutía sin cesar en las concavidades del cerebro. — ¡ La mataron! — Sí, el sentía, á pesar suyo, aquello también. — Pero ¿ quién? ¿ quiénes? — se preguntaba. — ¡ La mataron!... Y, sin saber por qué, le llenaba de cruel zozobra este pensamiento.

— ¡ Dios! — murmuró el pobre anciano, con la sorda desesperación de su pena infinita.

Las notas del órgano á cuyo son bailaba el

pueblo llegaban á sus oídos entre las sombras de la noche.

... Pero él no oía nada. Miró maquinalmente el pedazo de cielo que al través de la mísera entrada se descubría. Una estrella sola, inmóvil, enigmática, parecía observarle desde allá arriba, parpadeando á intervalos, misteriosamente.

Una idea terrible, terrible por lo nueva, atravesó de súbito el globo de fuego en que pensaba González que se le había convertido la pobre cabeza cansada :

— ¡ Dios! ¿ No habré yo hecho un bien, habré hecho un mal con lo que he hecho? ¿ Seré culpable en parte de la muerte de mi hija? Si no me hubiera ido á la guerra...

Pero una voz recóndita, salida de su honrado y generoso pecho, le contestó en seguida : — No, no eres tú culpable en modo alguno. No lo es tampoco nadie en particular. Dado el estado en que viven los hombres en este mundo, tenía que suceder lo que ha sucedido, y para que un grupo de esos hombres — el grupo á que tú por tu nacimiento perteneces — diera un paso adelante en el camino de la Libertad y la Justicia, fué por desgracia preciso el sacrificio de muchas vidas inocentes. Tú y los que como tú se sacrificaron, merecéis admiración y gratitud. Pero llegará un día en que no habrá más que una sola Patria, un sólo Himno y una sola bandera para todos los seres humanos. Entonces habrá cesado de haber tiranos

á quienes combatir y tierras que libertar, porque todas serán libres; y entonces el amor de la patria no envolverá el odio ni el recelo hacia nadie, *porque no habrá extranjeros*, y será aquel amor como el amor del terruño nativo, supeditado siempre al de la gran Patria humana, la Patria futura. Tú, patriota sencillo y humilde, fuiste un mártir y un héroe; y sin saberlo, como tantos otros, al combatir por la libertad de tu pueblo combatiste por la libertad de los pueblos. Dejaste pedazos de tu corazón, sangre de tu sangre en el camino; mas no será vano tu holocausto. : has contribuido á la grande obra de dar á tu patria una libertad y una dignidad nuevas. Poco á poco irá surgiendo en todos los países el concepto nuevo de la Patria única, entre las ruinas y los muertos amontonados por el antiguo patriotismo, todavía en cierto modo necesario; poco á poco desaparecerán las fronteras, la Humanidad, iluminada, se unirá en un supremo abrazo, y en cada país perdurará la memoria de los que dieron su vida ó su esfuerzo heroico á la emancipación dolorosa y lenta de los hombres...

— ¡ Dios! ¡ Dios! — repitió el infeliz, sin comprender bien claramente todavía la nueva voz que por primera vez hablaba en su conciencia, pero sintiendo que algo muy grande y como divino acababa de nacer en su alma, transfigurada un momento por el dolor.

De nuevo faltáronle las fuerzas. Volvió á mirar

la estrella, que brillaba en el cielo, pura y radiante como un nuevo ideal, y quedó inmóvil.

Tera, inmóvil también sobre su último lecho de paja, seguía mirando á lo alto con fijeza, como pidiendo á Dios que, por el sacrificio de su vida, lo que á ella la había matado, aquella opresión secular del hombre por el hombre, que había sido la causa primera de su temprano y lastimoso fin, cesara para siempre.

De fuera, de la negra noche, seguía llegando tan sólo, á intervalos, la voz lejana del órgano que daba á luz sus notas incoherentes, cómicamente extrañas, burlonas y acerbas como la ironía, incomprensibles al parecer, como la vida...

FIN

IMP. HERBERT CLARKE, 338, RUE SAINT-HONORÉ, PARIS

